



Tapas en
Nueva York

Erina Alcalá



Tapas en Nueva York

Erina Alcalá



Primera edición en ebook: octubre 2019

Título Original: Tapas en Nueva York

©Erina Alcalá, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-54-6

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*A mis futuros lectores, a quienes espero les encantés las novelas de amor y erotismo.
Y sobre todo a mi hija Estrella.*

*Estoy convencido de que en un principio
Dios hizo un mundo distinto para cada hombre,
Y, que es en ese mundo, que está dentro de nosotros mismos,
donde deberíamos intentar vivir.*
Oscar Wilde.

PRÓLOGO

Unos años antes...

El policía la observaba. Tenía, al menos, diez años más que ella. Era muy atractivo, lucía una mirada penetrante y ladeaba su cabeza de una forma sensual al mirarla.

Hacía dos meses que había ido de España a Nueva York, a la aventura y había tenido suerte de encontrar ese trabajo, aunque fuese por un año.

Un año, era mucho para ella y podría ahorrar todo el dinero que pudiese para lograr los objetivos que se había propuesto.

En principio no era el trabajo que ella quería, pero le pagaban muy bien, más que bien. Era remunerada por horas y trabajaba muchas horas, incluso el sábado hasta mediodía.

Si hacía una buena estrategia económica, en unos cuatro años o así, podría intentar montar la empresa de catering que tenía en mente.

Nada más llegar a Nueva York, buscó un apartamento en Brooklyn y encontró un estudio, con un sofá cama en el salón y una pequeña cocina. La segunda estancia era un baño con ducha, de pequeño tamaño, pero para ella era suficiente. Y fue lo suficiente barato porque en ese momento no tenía trabajo. Pero sabía idiomas y eso ya era un plus. Francés, inglés, alemán, italiano, algo de chino, árabe perfectamente y español, cómo no, si era española.

Se le daban bien los idiomas y ahora estaba aprendiendo chino, en el que se defendía. Tenía una capacidad especialmente sobresaliente para aprender y hablarlos. Por lo que no le resultó difícil encontrar un puesto de trabajo, en una comisaría de policía importante en la zona de Brooklyn.

Le asignaron un pequeño despacho y tenía que oír y traducir comunicaciones. Suplía una baja por un año.

Así que era feliz. Sabía que ese dinero le reportaría unos buenos ahorros y que si no fuese por ello, mermarían los que tenían, que eran casi tres mil dólares, porque todo cuanto había ganado en los veranos como estudiante en diversos países había ido a aprender idiomas y al curso superior de cocina que había terminado hacía tres meses.

No quería problemas amorosos, pero ese policía alto, la miraba de una forma especial a través de los cristales de su pequeño despacho.

Entró, llamando a la puerta y se presentó:

—Hola soy Steve. ¿Eres la nueva traductora?

—Sí, me llamo Estrella, encantada.

Él se sentó en su mesa.

—Lo siento tengo trabajo —le dijo.

Se sintió invadida en su espacio y quizá al jefe no le gustaba que estuviese ligando o hablando con un policía. Suerte que lo llamaron y tuvo que salir.

—Nos veremos guapa —le dijo con la seguridad de quien sabe que va a ligar. Y quizá fuese cierto. Una mirada fue más que suficiente para darse cuenta de la química sexual que había entre ellos.

Estrella dudó, pero si había algo, sería sólo sexo. Nada más.

No quería enredos ni problemas.

Una semana más tarde, el guapo policía, la estaba esperando a la salida del trabajo. Anocheceía y Estrella, lo vio.

—Te esperaba —le dijo con una sonrisa—. Te invito a cenar.

—No te conozco apenas Steve.

—Somos compañeros, y trabajamos en la misma comisaría.

—Está bien —cedió Estrella—, pero algo rápido, no me gusta llegar muy de noche a casa.

—Yo te acompañaré al terminar.

Ella vaciló.

—Ya veremos.

Steve la llevó a una cafetería cercana y tomaron unas hamburguesas. Fue una velada agradable y sencilla. Él era divertido y encantador. Se le veía un hombre muy normal y honesto. Y eso a Estrella le gustaba.

Tardó en acostarse con él. Steve había tomado por costumbre esperarla a la salida de la comisaría, luego tomaban algo de cenar y una de esas noches, Estrella lo invitó a pasar a su estudio.

Ya le advirtió que era pequeño, solo una sala y un minúsculo baño, suficiente para ella. El edificio era antiguo, así como sus muebles, menos el sofá, que ella misma compró. Su estudio estaba muy limpio y ordenado.

Estrella no se podía quejar, el sexo con Steve era magnífico. Era un hombre que sabía lo que hacía. Pero era solo eso, sexo, nada más.

En eso no había confusión posible. Estrella fue clara, se lo dijo y él estaba de acuerdo.

Llevaba un mes más o menos saliendo con Steve y se habrían acostado unas cuantas veces, cuando un fin de semana, un domingo, se lo encontró en la calle. Iba abrazando a una mujer por los hombros y llevaba un niño de unos cinco años de la mano.

Sí, entonces supo que tenía familia y la había engañado.

Engañado hasta cierto punto, porque ella no quería una relación con él, pero no se hubiese acostado con ningún hombre de haber sabido que estaba casado o con pareja, y mucho menos hijos.

Él la miró y ella a él. En ese momento Steve supo que todo había acabado y que había actuado como un cabrón. Y es que lo era. Él actuaba así por norma, algo que Estrella supo después.

Estrella no quiso darle mayor importancia, salvo que el lunes siguiente, a la salida del trabajo, él la esperaba. Pero Estrella habló con él y fue clara. No quería seguir acostándose con él. No le reprochaba nada. Cada uno llevaba su vida como quería, pero ella no se acostaba con hombres que tenían pareja o estaban casados. Aunque Steve le insistió, ella fue muy tajante.

Y esa fue la primera relación que tuvo en Nueva York y Steve no tardó en encontrarle una sustituta. No le importó lo más mínimo, si le daba pena algo, eran la mujer y el hijo que no se merecían ese tipo de hombre.

Ella nunca querría un hombre así. Prefería tener una relación de una noche a perder su corazón por esa clase de hombre. Así que, eso fue cuanto le ocurrió sentimentalmente, durante el año que estuvo trabajando para la policía hasta que terminó su trabajo.

Ahorró un buen dinero. Casi 50.000 dólares. Ahorró en gastos, no se compró ropa, salvo ropa interior y nada sexy ni de marca. Solo un conjunto sexy para cuando salía algún día a tomar una copa.

Se acostó con tres hombres diferentes, en tres noches que salió de copas ella sola. Tampoco hizo amistades, pues en la policía y trabajando tantas horas, era muy difícil hacer amigos. Los que conoció en el departamento tenía cada uno su vida y salvo hablar con ellos allí, poco más.

Cuando terminó su sustitución, por fin pudo trabajar en algo que le gustaba. Encontró trabajo en un restaurante de cinco tenedores de Manhattan, con una suerte terrible de chefs. La cocina tenía tres.

Estrella sabía que, si no le hubiera hablado al jefe de policía sobre su pasión por la cocina, jamás hubiera podido trabajar ahí. Él fue quien la recomendó.

Empezó inmediatamente a trabajar. Y dentro de la cocina, subió como la espuma, pues al dueño le gustó mucho ver como trabajaba. Y es que Estrella siempre había sido muy trabajadora, creativa e innovadora.

A pesar de su suerte y ganar un buen sueldo, aunque no tanto como en la policía, no se quiso cambiar de piso a Manhattan. Hacerlo suponía más gastos y no ahorraría tanto para poder cumplir su sueño. Calculó y si seguía al mismo ritmo y hacía sábados y domingos, en tres años, estaría lista para montar su empresa.

Su vida fue monótona y austera: Ahorró, salió poco, compró menos, no viajó a España salvo una vez. Tan solo llamaba a sus padres y a su hermana y poco más.

Así en tres años estaba lista para independizarse.

Iba a montar su empresa de catering que siempre había soñado.

Mientras montaba su empresa seguiría trabajando y cuando la tuviese lista, se despediría del trabajo, muy a su pesar, pues había sido una excelente cocina, donde había aprendido mucho.

Los lunes, como los tenía libres los dedicaba a ir de nuevo a Manhattan. Ver edificios, locales y apartamentos donde ubicar su empresa y mudarse a vivir más adelante, si el negocio funcionaba, se había convertido en su pasatiempo favorito.

Uno de los días en que había salido a la caza del local perfecto, lo vio. Un local grande y precioso en un edificio reformado y que parecía nuevo. Se paró enfrente, embobada. Le encantó.

Tenía una inmejorable ubicación. Se alquilaba y tuvo buenas vibraciones. Tenía que saber cuántos metros cuadrados tenía. Así que ese mismo lunes llamó al dueño.

El alquiler era un poco más caro de lo que había calculado, pero si quería dirigir su negocio a gente rica, debía estar en el mejor lugar.

Y quedó para verlo. Le interesaba, se lo enseñaron y fue perfecto.

Era lo que necesitaba. Lo vio decorado en su mente y su imaginación volaba hacia sus objetivos.

Necesitaba algo de obra en la cocina y los baños, añadir taquillas y un despacho. Así como obtener los permisos necesarios y buscar personal... y ponerse en contacto con los proveedores.

En un principio pensaba seguir trabajando, pero se dio cuenta de que era imposible hacer las dos cosas a la vez. Así que se despidió con gran pesar para todos y el martes firmó su alquiler. Se quedó con el local y se puso manos a la obra con la reforma. Y para su suerte encontró un apartamento en el mismo edificio, con dos dormitorios, en uno acomodó un despacho para trabajar en casa. .

No podía ser más feliz. Y el tiempo pasa rápido cuando una es feliz. En año y medio de trabajo duro, con tan solo 28 años y a punto de cumplir 29, su empresa subía como la espuma entre la gente de las altas esferas.

Su sueño se había hecho realidad. Y había podido devolver gran parte del préstamo que pidió para la reforma.

Era hora de sentirse orgullosa de lo que iba consiguiendo.

CAPÍTULO 1

A las afueras de Nueva York, vivía Carol Santerini, la matriarca de un clan dedicado al sector inmobiliario desde hacía varias generaciones.

Carol era viuda, y como su apellido indicaba, de procedencia italiana. Tenía setenta y nueve años y esa belleza serena que se da en la edad madura. Aún mantenía la belleza de sus rasgos finos y delicados de su piel. Había sido una mujer muy guapa en su juventud, valorada en su círculo: la alta sociedad.

Tenía el pelo rubio claro tintado, los ojos oscuros y algo de peso sin excederse. Pero no era una mujer delgada. Era agradable y sencilla. Le gustaba ir siempre arreglada, maquillada y perfumada. Usaba joyas elegantes, sin ser ostentosas. Las uñas siempre arregladas y pintadas a pesar de su edad. Eso era como el aire que respiraba, lo necesitaba, necesitaba sentirse guapa y verse bien.

En definitiva, Carol Santerini era una presumida de cuidado. Pero un ángel. Una gran señora, educada, culta y muy inteligente, tranquila y con buen trato hacía los demás, esto también se extendía a su personal de servicio, al que consideraba como de la familia.

Carol iba en una silla de ruedas, debido a una caída que tuvo hacía un par de años, la consecuencia fue romperse las dos piernas y quedarse en aquella silla de manera permanente al no tener suficiente fuerza para moverse con libertad, una vez los huesos se soldaron. No había quedado bien de la operación, debido a lo mayor que era y a un par de infecciones que tuvo en el postoperatorio. Ni siquiera con las sesiones de fisioterapia consiguió quedar lo suficientemente bien como para volver a andar por su propio pie.

Claro estaba que aún podía levantarse con ayuda de su enfermero y fisioterapeuta, que vivía con ella. Era Mark, un chico alto, joven y guapo. Era fuerte por lo que la manejaba muy bien, con experiencia en geriatría y fisioterapia. Mark dormía en la casa, en el anexo que tenía en la suite de su habitación. El era el encargado de bañarla, vestirla y darle sus masajes diarios. Pero la propia Carol era la encargada de su maquillaje, cuando su enfermero la sentaba frente al espejo del tocador.

Pero andar sola, y sin ayuda, no podía.

Carol era una mujer extrovertida. Le gustaban las grandes fiestas y estar rodeada de gente. Siempre había sido así y el hecho de estar en la situación en la que estaba, no había menguado su pasión por las fiestas y reuniones. Lo que sí habían cambiado era la forma de celebrarlas. Y es que echaba de menos los tiempos de antaño, cuando aún vivía su marido, el único amor de su vida.

Ahora estaba sola. Con el amor de su vida, tuvo un hijo, Matías. Este se hizo cargo de la Empresa cuando su padre, el marido de Carol, murió de un infarto fulminante a la edad de sesenta años. Ya Matías trabajaba en la empresa familiar, codo con codo con su padre.

Su hijo se había casado con una chica italiana que conoció en la Universidad estudiando Derecho, y que posteriormente se convirtió en una abogada de reconocido prestigio, mientras su marido llevaba el imperio inmobiliario Santerini.

Matías y su mujer Nina, tuvieron un hijo, Ángelo Santerini. El único nieto de Carol Santerini que siguió los pasos de su padre y su abuelo. Al acabar la Universidad en la que estudió Economía de Empresas y Derecho, trabajó unos años aprendiendo duramente cómo llevar el negocio inmobiliario de su familia que había pasado de generación en generación y que se había expandido con cada una de ellas.

Cuando dos años atrás, Ángelo cumplió treinta años, sus padres lo sorprendieron dejándole el imperio inmobiliario familiar que habían construido. Ellos y Carol le cedieron parte de las acciones, con las que vivían una holgada vida.

—Estás listo para tomar las riendas de ella empresa —le dijeron.

Y para sorpresa de la abuela y de Ángelo, sus padres se mudaron la mayor parte del año a vivir entre Palermo, donde montaron un despacho de abogados, y una casona que compraron en Mallorca, España, donde pasaban los veranos.

La vida sonrió a Matís y Nina. Les iba bien y eran felices. Viajaban una vez al año, a veces dos, a ver a abuela y a su hijo, y su hijo también los visitaba, sobre todo porque en Italia, seguían teniendo inversiones.

Así fue cómo Ángelo, el nieto de Carol, se hizo cargo de las empresas e inversiones de la familia, y de su abuela. Disfrutaba con su trabajo y también disfrutaba con las mujeres. Se convirtió en un tiburón de las finanzas que había hecho inversiones fructíferas, las cuales, no habían hecho sino aumentar su imperio, su patrimonio y el de sus familiares. Salía en las revistas financieras y también en las de sociedad, cada vez con una mujer distinta, colgada del brazo. Todas altas y guapas, puras modelos. Y es que a vista de todos se había convertido en un auténtico rompecorazones.

Pero Carol se sentía orgullosa de ser la mujer de su vida. La que lo cuidaba en los momentos de más estrés. Iba a su casa y allí se sentía maravillosamente sereno. Volvía con las pilas cargadas para enfrentarse de nuevo al trabajo.

A veces, Carol Santerini, hacía alguna fiesta, ya cada vez menos, a la que asistían sus amigos y vecinos, gente que conocía de cuando vivía el abuelo. Personas de la alta sociedad con sus mejores galas. Otras veces eran reuniones informales. Pero de todas las fiestas, la que más le gustaba era la de su cumpleaños. Este año cumpliría los ochenta años y debía celebrarse de manera especial.

Todos los años celebraba su cumpleaños en los jardines traseros de la casa y para ella, era fabuloso, porque al menos reunía a su grupo de gente y departía con los amigos y amigas, sobre su vida. Y así, era feliz. Estaba emocionada con ese día.

En esas cavilaciones estaba cuando la visitó su vecina Marian.

El mayordomo la condujo a la salita donde estaba ojeando una revista. Marian se sentó en un sillón cerca de Carol.

—Ya lo tengo todo preparado para mí fiesta de cumpleaños —le dijo a Marian.

—Me alegra escuchar eso.

—Pero me falta el catering.

Mientras se tomaban un te con pastas se pusieron al día y charlaron acerca de la fiesta.

—En Manhattan hay una empresa nueva, española, de catering —le comentó.

Carol prestó atención.

—Está en auge. Y toda la alta sociedad está requiriendo sus servicios. Era comida española y tiene un éxito extraordinario.

—Sigo pensando que nada como nuestra comida —no podía menos que decirlo, ya que era italiana— Pero quizás un cambio sea bueno para sorprender a los invitados.

Marina estuvo de acuerdo.

—¿Tienes la dirección? Me gustaría que vinieran a casa y ver qué pueden ofrecerme.

—Tengo la dirección en casa y también su número de teléfono. Te los hago llegar en cuanto llegue —dijo Miriam—. A todo el mundo le está encantando. Es lo último y está muy de moda. A parte de todo esto, la comida es muy buena. La empresa es de una chica joven, pero su comida es

fabulosa. Y el personal que tiene contratado: estupendo. Trabajan de maravilla.

Marian seguía hablando mientras Carol prestaba atención y su cabeza iba haciendo sus planes.

—Te dejan todo recogido. Yo, ya he probado su cocina, y tiene una gran variedad de canapés y montaditos, como ellos lo llaman en España ¡Y tapas! Unas cazuelitas buenísimas. Todas realizadas con aceite de oliva. Fue en la fiesta de cumpleaños de mi cuñado Oliver y todos quedaron satisfechos. Ya verás, si la contratas, tendrás el éxito asegurado. Te la recomiendo.

Visto así era difícil resistirse.

—Eso tiene que tener buena pinta. Además, podría ser novedoso. Mi nieto no sé si estará enterado, porque no me ha hablado de esa empresa. En fin, espero que luego me des sus datos. Me has convencido para probarla, y veré que tal. Si me gusta, la contrataré para todas las fiestas y se la recomendaré a mi nieto, si no la conoce, para los eventos de la empresa.

Estuvieron una hora más charlando de varios temas: de la familia, de las revistas de sociedad, de la prensa y la política. Por la tarde su amiga Marian, llamó a la casa y le dejó la dirección y el teléfono de la empresa de Estrella Rodríguez, para que Carol pudiera contratar el fabuloso catering.

Fue a la mañana siguiente, el mayordomo de Carol, Peter, llamó por teléfono para ver si el gestor de la empresa podía presentarse en casa de Doña Carol.

—Hay un evento y requerimos de sus servicios —le dijo el mayordomo—, desgraciadamente la señora Santerini no puede desplazarse.

Este le explicó el motivo y Estrella, lo entendió.

—Será un placer presentarme en su casa.

A veces, tenía que desplazarse al lugar de trabajo o casa de sus clientes, para Estrella no era ningún inconveniente. Su empresa se adaptaba a cualquier circunstancia

El mayordomo le dejó la dirección para que se presentara a la mañana siguiente. Y... ¡Estupendo! ¡Ya estaba todo listo!

Estrella Rodríguez tenía veintiocho años, medía uno sesenta y cinco, y tenía unos ojos verdes claros, luminosos, grandes. Y un pelo negro, liso y voluminoso que le caía por la espalda hasta casi la cintura. Raramente se lo dejaba suelto y lo llevaba en una cola de caballo alta, sobre todo por comodidad e higiene para el trabajo.

No era alta, más bien su cuerpo era estilizado, pequeño, pero precioso.

Trabajaba muchas horas, y era tan pulcra como ordenada. Muy profesional y perfeccionista en su trabajo. Todo debía salir a la perfección. Su empresa de catering *Spanish Catering*, se estaba convirtiendo en un referente de servicios y su comida era requerida por la alta sociedad, gente del cine, teatro y grandes empresarios, entre otros.

El local que había abierto, era precioso y ella lo había decorado al estilo español.

En la entrada tenía un recibidor, con recepcionista y más allá, un gran despacho donde ella trabajaba para atender a los clientes con los diseños y fotos de sus productos.

En el fondo del local tenían una gran cocina con varios hornos y una encimera de casi diez metros de largo, frigoríficos, barras para los productos... sin olvidar la despensa y la gran bodega de sus vinos.

Tenía contratados a cinco cocineros, a los que ella misma había enseñado previamente, y un grupo eventual de camareros, según la demanda que necesitara para los eventos. Tenían que ser muy trabajadores, agradables y educados. Los elegía ella misma y se les daba un cursillo intensivo de una semana. Todas las chicas o chicos que tuvieran el pelo largo debían de tenerlos

recogidos, por higiene. Se les pedía estar estrictamente pulcros, oler bien y ser amistosos y dedicados en el trabajo, estar atentos a la falta de bebidas y comida. Y las chicas maquilladas.

Sus uniformes eran negros para los chicos, camisa y pantalón y para las chicas camiseta negra de manga corta o larga, dependiendo de la estación del año, mallas negras y un delantal negro con lunares rojos a juego con las bandejas y servilletas, que era lo que caracterizaba a su empresa. Y zapatos de trabajo negros. El negro con lunares rojos eran un referente diferenciador que daba caché a su empresa. Y a la gente le encantaba.

El logo en la puerta era un abanico negro con lunares rojos, abierto y el nombre inserto de su negocio de catering. Ella lo había planificado así. Eran ideas suyas. Le gustaba el trabajo estructurado y bien hecho. Además, pagaba muy bien. Todos querían trabajar con ella.

Generalmente o eran chicos universitarios o habían terminado la carrera y no tenían trabajo y ella les ayudaba en ese sentido.

Su catering, estaba preparado para servir tanto a eventos grandes como a pequeñas reuniones de trabajo, cenas o negocios, cumpleaños, aniversarios, etc. Excepto bodas, ya que las bodas requerían platos planificados.

Su cocina era española, se basaba en canapés, pinchos, tapas españolas, tanto del norte de España como del sur y todo lo típico español, montaditos, pinchos, cazuelas de paella, salmorejo y otras cazuelitas, jamón ibérico y embutidos ibéricos, queso manchego, etc. Una gran selección de productos españoles que ella había elegido y que daba a elegir a sus clientes, y como postre servía unos pastelitos pequeños buenísimos.

Los precios podían parecer caros porque sus productos eran importados y de buena calidad. Sus clientes pagaban lo que costaba y todos quedaban satisfechos.

Como bebidas, daba a elegir principalmente, vino blanco, rosado y tinto, cerveza con y sin alcohol, refrescos y cava catalán con el postre. Si algún cliente quería otras bebidas o cócteles exclusivos o copas de licores, ella procuraba servirlos.

Estaba muy contenta y satisfecha con su trabajo. No en vano, había planificado todo ello durante seis meses intensivos. Hasta que el banco le concedió un préstamo y se lanzó a su aventura. Y hasta ahora, no se había arrepentido en absoluto, a pesar de trabajar como una mula, incluso los fines de semana. Estos más todavía.

La intención de Estrella era pagar el préstamo y ahorrar para comprar el local que pertenecía al grupo financiero Santerini en un futuro más bien lejano.

Pero eso era soñar demasiado. De momento con tenerlo alquilado, se daba por satisfecha.

Con tanto trabajo la vida social se reducía a cero. Los hombres que conoció desde que llegó a Nueva York, con unos cuantos, se había acostado, pero no le habían satisfecho, sobre todo sexualmente, salvo el policía y estaba casado. Nunca funcionó su vida sexual, y menos la sentimental, porque trabaja mucho y sobre todo los días festivos, y eso era un obstáculo insalvable en las relaciones con los hombres. Porque cuando ellos tenían días libres, ella trabajaba más que nunca. Y tampoco había conocido a nadie interesante, como para plantearse algo, aunque ya iba cumpliendo años.

Parecía que la vida le sonreía. No debería estar triste, al fin y al cabo, había conseguido su sueño. Se había hecho realidad y le iba muy bien en el sentido laboral. Tenía gente eficiente y contenta con su trabajo y su sueldo y los trataba muy bien.

Se dijo que debería salir a veces a tomar una copa, porque en el trabajo, iba a ser difícil que conocer a hombres interesantes y empezó a planteárselo en serio.

Poco sabía que mediante su trabajo iba a conocer a alguien, quien cambiaría su vida por completo.

CAPÍTULO 2

La casa de Carol Santerini era de estilo victoriano y era maravillosa en un lugar incomparable. No le había costado mucho llegar, poco más de media hora, pero estaba relativamente cerca de Nueva York, y fuera de todo el bullicio.

Le abrieron la verja y entró por un camino de gravilla. Aparcó su coche, en la entrada, donde estaba el mayordomo esperándola.

Al salir, se quedó un momento observando los maravillosos jardines delanteros, bien cuidados, enormes, y se enamoró al instante de esa casa y de los jardines.

Miró la casa, y los alrededores exteriores, sus arbustos, sus flores. Era magnífica y grandiosa.

Le encantó, tenía un aire cautivador de años dorados y estaba muy bien conservada. Los jardines serían magníficos para hacer fiestas, pero seguro que en la parte de atrás tenía más jardines donde pensaba celebrarlo, porque en los jardines de la entrada no había sitio suficiente para el evento.

Cogió su maletín del coche, en el que llevaba fotos incluidas en un álbum de sus productos, precios, una pequeña impresora de mano y su pc. Y se dirigió a la entrada.

Iba vestida con un traje de color negro y blusa rosa fucsia, zapatos de tacón con plataforma, negros altos y el pelo recogido en una cola alta.

Maquillada lo normal, le gustaba maquillarse hasta un cierto punto, que pareciese natural y fresca, pero sobre todo profesional. Era una visita profesional e importante.

—¡Buenos días! —Saludó al mayordomo— Soy Estrella Rodríguez, la señora Santerini me está esperando.

—¡Buenos días! —Le contestó el mayordomo— ¡Sígame, por favor!

El mayordomo la condujo por un ancho pasillo que cruzaba toda la casa, a una gran sala con grandes ventanales, que daba a un patio y a un jardín trasero enorme y precioso con algunos árboles, y macetones de flores de todos los colores y hasta un cenador a lo lejos pudo divisar.

Le encantaban los cenadores. Daban un aire romántico a los patios y jardines.

Nunca había visto algo tan precioso y cuidado. Tenía mucha luz y supo que sería una fiesta estupenda.

La sala tenía dos pares de puertas francesas amplias por las que salir fuera, al jardín y que podían permanecer abiertas. Y ella pensó que esa sala sería perfecta para poner sus productos e irlos sacando al patio y al jardín

En ese momento entró una señora mayor en silla de ruedas llevada por un chico joven vestido de enfermero.

La señora iba muy bien vestida y peinada. En sus tiempos debió ser muy guapa, aún conservaba esa belleza de su juventud y Estrella pensó que debía haber sido muy guapa y toda una señora de abolengo.

—¡Buenos días!, tú debes ser la gerente de la empresa de catering.

—¡Buenos días, señora Carol! Me llamo Estrella y soy la gerente y la dueña. Encantada de conocerla y poder ofrecerle nuestros servicios.

Se saludaron afectuosamente. Carol sacó la mejor de sus sonrisas, pues le había caído muy bien Estrella.

—¡Siéntate por favor! —la invitó a sentarse en un cómodo sillón frente a ella, al lado de la mesa de café alta.

Estrella se sentó donde Carol la invitó.

—¡Qué guapa eres y qué joven para tener una empresa tan reconocida!

—Gracias señora Carol. He trabajado mucho en ella. Y antes de ella.

—Me encanta tu pelo. Es negro como el carbón y muy largo y te queda bien la coleta alta. Es elegante— Estrella tuvo que sonreír porque Carol no tenía pelos en la lengua. Lo que pensaba, lo decía. Le gustaba eso en las personas.

—Gracias de nuevo. Su casa es estupenda, me encanta —cambiando de tema— tiene unos jardines maravillosos para celebraciones.

—Ahí vamos a celebrar mi cumpleaños.

—Será estupendo. Si me permite, esta sala, será magnífica para poder poner los productos y dejar las puertas abiertas para que entren y salgan los camareros.

—Tendrás a tu disposición lo que necesites. Van a venir a decorar y poner algunas luces en el jardín un día antes.

—¿A qué hora quiere celebrar su cumpleaños?

—Por la tarde noche. Sobre las siete y media.

—Es muy buena hora. —dijo Estrella, sacando su bloc de notas y apuntando datos.

—Me gustaría que fuese perfecta. Cumplo ochenta años.

—No se preocupe, haremos de su ochenta cumpleaños la mejor fiesta que se haya visto por estos alrededores. Ya verá que le gustará.

Enseguida hubo una buena comunicación con Carol. Desvió la conversación y Carol le habló de su vida, de cuando vino a Nueva York, de cuando se casó y su marido le regaló esa casa por su cumpleaños, de su nieto Ángelo que quería verlo casado antes de morir y quería tener biznietos.

Ella se reía mucho con Carol. Era una mujer excepcional con un gran sentido del humor e ironía. Estaba llena de vida a pesar de estar sola en esa gran casa.

Se ve que eran de buena familia y eran ricos, si no, no estaría en esa casa tan grande. O quizá era por los recuerdos que la mantenían viva.

Carol, pidió a la cocinera que les llevaran un café y pastas y le contó lo que tenía previsto para su cumpleaños. Serían unas sesenta personas.

—Bueno Estrella, antes de que nos pongamos manos a la obra y elija, que en realidad lo que quiero es que me aconsejes, quiero que me cuentes qué haces en Estados Unidos. Sé que eres española. ¿No tienes más familia aquí?

—No señora Carol, me vine hace ya unos años, cuando tenía veintitrés y acabé la carrera y un curso intensivo de un año, de cocina española. Y vine sola y casi sin dinero. Bueno tenía un poco ahorrado de trabajar en otros países en verano en las recepciones de los hoteles. Pero no, no tengo aquí familiares.

—¡Vaya, una chica trabajadora! y ¿cómo es que llegaste a poner en Manhattan una empresa de esa categoría?

—Trabajé para la policía, como intérprete, no siempre, por horas, un año, pero me las pagaban muy bien. Después trabajé como chef en un restaurante de cinco tenedores. A base de eso, de ahorrar mucho y no gastar nada. Y un buen préstamo— y se rio.

—¿Estás casada? —le preguntó con total curiosidad, porque le gustaba Estrella.

—No señora Carol, —dijo sonriendo— ningún hombre tendría la paciencia de salir conmigo. Trabajo más los fines de semana, y esos son los días en que los hombres descansan. Y no quiero relaciones de una noche. No me interesan. Prefiero un compromiso serio. He trabajado mucho por otro lado, para lograr mis objetivos laborales.

—Una buena chica. Independiente y trabajadora. ¡Ojalá te conociera mi nieto Ángelo! y dejara

ya de salir con esas mujeres rubias y altas que ni siquiera le gustan. Lo sé. Sale por salir.

—¿Me está buscando novio, doña Carol?

—Más bien le busco novia a mi nieto. ¿Lo conoces?

—Por las revistas. Todo el mundo lo conoce. Sale siempre con chicas guapísimas, sí. Pero ninguna de mi estilo. A su nieto, le gustan las mujeres espectaculares, altas, como una modelo y yo, soy una trabajadora.

—Es un poco tonto. Se lo digo siempre, que se busque una chica inteligente y guapa, pero no me hace caso, hija. Sin embargo, es un buen hombre, un buen nieto y un trabajador excelente. Al menos eso hay que reconocérselo. Bueno, ya basta de hablar que voy a aburrirte.

—En absoluto, no se preocupe. Me relaja hablar con los clientes. Pero si quiere, empezamos ya.

—Manos a la obra. Hija.

La abuela Carol, quería saberlo todo. Quizá fuese a que estaba sola y le gustaba averiguar la vida de los demás. A ella no le importaba contársela.

Le cayó muy bien la Señora Carol y se sentía muy bien allí, a pesar de todo el trabajo que tenía acumulado en el despacho, quiso relajarse un poco y charlar sobre su vida, también era positivo, ya que hablaba poco con... nadie.

Cuando se tomaron el té con las pastas, la cocinera retiró los platos y limpió la mesa, para que ella le enseñara sus productos a Carol.

Extendió su álbum en la mesa y una libreta con las anotaciones pertinentes, porque si hacían cambios, ella luego en su despacho lo pasaba a su ordenador. Y un bolígrafo.

Estrella le enseñó sus productos de la carta, y eligieron entre lo que aconsejaba Estrella para la cantidad de personas y para la fiesta, que sería de tarde—noche.

Hasta el enfermero Mark, que era más amigo que enfermero de Carol, y que había permanecido callado escuchándolas, dio su opinión.

Llegaron a un acuerdo entre los tres y ella tomó sus notas y le pidió de nuevo la sala en la que estaban sentadas para organizar el catering, poner allí las mesas, y un par de neveras portátiles para mantener frescas las bebidas lo que le daba un buen acceso para sacar las bandejas al jardín, a lo que Carol no se opuso en absoluto y prometió dejarla libre ese día para el mediodía en que llegaría la empresa y prepararían todo para la noche.

Carol le dio un cheque con un anticipo y ella imprimió el contrato en una pequeña impresora que llevaba junto con su pc en el maletín.

Firmaron y Carol, en silla de ruedas, con su enfermero una vez terminado todo, quiso enseñarle los jardines y la parte donde se celebraría su fiesta. Iba a ser maravillosa. Estrella iba tomando nota mentalmente del lugar.

Cuando iba en el coche, tras despedirse de La señora Santerini, supo, que sí, que eran los Santerini a los que ella les tenía alquilado el local y el apartamento. Pero no quiso decírselo a Carol. Tampoco tenía sentido.

Por otro lado, supo que su nieto era ese tal Ángelo que salía en las revistas con tantas chicas diferentes y guapas. La verdad es que era un tipo alto y guapo. ¡A qué mujer no le gustaría un tipo así!

Físicamente sí, a ella también le parecía un hombre guapísimo, pero no le iban ese tipo de hombres que salían con una cada noche. Huía de ellos como del fuego. Ya había tenido unos cuantos y no estaba por la labor nunca más.

Sonrió recordando que su abuela le buscaba novia, la pobre. Ningún tipo de esos buscaba una chica adecuada para tener un compromiso, sencillamente porque ese tipo de hombres no eran de

los que se comprometían.

Así, que la abuela, se iba a quedar con las ganas de tener bisnietos de momento. Le produjo una gran ternura la abuela.

Era una mujer sencilla, tras toda esa fachada de mujer adinerada. No hacía alardes de sus posesiones, pero sí se sentía orgullosa de sus jardines, y si fuesen de ella, también se sentiría así, porque eran una maravilla.

El mes pasó volando y el día del cumpleaños de Carol llegó. Prepararon todo y salieron a mediodía para la casa de Carol, con el furgón cargado de productos y bebidas.

Ella siempre iba en su coche, pues terminaba la última de recoger y le gustaba supervisar todo antes de despedirse de los anfitriones y durante todo el evento. Siempre estaba al pie del trabajo.

Así que se dirigieron a la preciosa casa victoriana de las afueras. Estrella, siempre asistía a los eventos. Le gustaba supervisar todo, que todo estuviera perfecto y si tenía que echar una mano, no se le caían los anillos.

Si tenían más de un evento, elegía a cuál ir ella como supervisora, en función de si le podían salir más eventos o era más o menos importante.

Si la cosa seguía así, tendría que contratar pronto a otra supervisora y enseñarle. Tendría que pensarlo.

Llevaba un traje de chaqueta y pantalón negro y blusa negra con lunares rojos para diferenciarse del resto de los camareros y estaba tanto en la sala habilitada como cocina, como en el lugar del evento, ligeramente retirada, y observaba y controlaba discretamente.

Empezaron a colocar todo y preparar las bandejas. Todo estaba listo para la llegada de los invitados. También llegó la tarta. Y la colocaron en el centro de la mesa.

Y cuando empezó a llenarse de invitados, el jardín y el patio estaban iluminados de manera que daba a la fiesta un aire especial y con los olores de las plantas, era una belleza de la naturaleza lo que habían creado allí.

El catering estaba listo para servir. Esa casa era maravillosa. Y los jardines olían a una fragancia exquisita. Esa casa la había embrujado desde el principio.

Cuando le dieron la orden de que podían empezar a servir, salieron los camareros con sus bandejas de bebidas, canapés, tapas, y embutidos, montaditos y cazuelitas que habían elegido para la fiesta.

Conforme avanzaba la velada, ella miraba los invitados y todos estaban encantados con la comida, para su satisfacción.

En uno de esos momentos, Carol, la llamó y ella se apresuró a ponerse a su lado. Estaba sola con una mesita que se le puso delante al objeto de ponerle la comida allí, ya que ella no podía moverse entre los invitados, sin interrumpirlos.

Así que los invitados, se acercaban a ella, la saludaban, charlaban un rato y llegaban otros y así, transcurría la velada.

Cuando Estrella llegó a su lado, Carol, le dijo:

—Estrella, cariño, tráeme de ese jamoncito tuyo y esos montaditos de solomillo, que están de muerte. Y otra cervecita sin alcohol. Ni mi nieto, ni Mark me dejarían tomar otra bebida con los medicamentos que tomó. —Mirando a Mark, que sonreía.

—Yo misma se los traigo, doña Carol. Espere un segundo.

—No voy a ir a ningún lado. Tranquila.

Estrella se fue sonriendo. Ella misma se encargó de llevarle lo que había pedido y algunas cositas más en un plato más una copa de cerveza. Iba sonriendo cuando le llevaba la comida.

Al llegar la vio con un hombre joven que la besaba. Un hombre imponente, de más de un metro

ochenta y vestido de traje gris impecable, pelo negro, espaldas anchas y estrechas caderas, y cuando ella le puso el plato en la mesa, le vio la cara y olió ese perfume caro que utilizaban los hombres como él.

Era inmoralmente guapo, no debía la naturaleza criar a hombres así de sexys. Los ojos oscuros que te enfocaban, hacía que te sintieras una hormiga.

Lo conoció inmediatamente, pero obvió decir nada. Las revistas, no le hacían justicia. Era más impresionante de cerca.

Su perfume se le metió en todo el cuerpo y hasta se puso un poco nerviosa. Quiso retirarse, pero doña Carol, la tomó de la mano.

—Mira Estrella, este es mi nieto Ángelo, del que te he hablado. Estrella es la que ha sugerido este catering. Es la encargada de estos manjares. Es guapa ¿a que sí Ángelo? y es una chica estupenda y trabajadora. Es española. Latina como nosotros.

—Gracias doña Carol— se puso colorada como un tomate. Las abuelas no tenían pelos en la lengua— encantada señor Santerini. Un placer— dijo educadamente mirándolo.

—Encantada señora...

—Estrella, simplemente — Le dejó a Carol su plato y su bebida en la mesa.

—Ahora vengo, doña Carol— y se retiró sin saber dónde iba poniendo los pies. Porque ese hombre, la había mirado de arriba abajo como una caricia.

—Espero que todo lo que me has hablado sea bueno, abuela. Probaré estas delicias. Si me gustan, contrataré su catering para los eventos de la empresa. Y es muy guapa, sí, pero no estoy por la labor, abuela. No me busques novias. —Y abrazó a su abuela y se marchó con sus invitados.

Él la miró de arriba abajo sin vergüenza alguna otra vez, esta vez, desde lejos, enfocando en ella la vista y le gustó lo que vio.

Ella lo supo al instante, sabía que era un mujeriego, lo había visto en las revistas de sociedad que compraba en sus días libres para entretenerse, aun así se sintió inquieta ante la altura de ese hombre y de la mirada a su cuerpo por dos veces. Pasó por delante de ella y le dijo al oído con una voz seductora, casi rozando su boca...

—Trate bien a mi abuela. Es lo único que tengo de Italia aquí— lo había hecho a propósito. Le hubiese partido la cara a ese entrometido vanidoso si hubiese estado en otro lugar distinto y no lleno de gente como estaba.

En ese momento, se acercó una chica espectacular, rubia y con cuerpo de modelo de escándalo y se llevó a Ángelo como una gata, sin separarse de su brazo y mirarlo como si le hiciera el amor.

Carol llamó de nuevo a Estrella, que se acercó al instante.

—Esa le durará lo que le dura una camisa en un día de trabajo.

Ella rio con ganas ante la broma de Carol y al levantar la mirada, vio como él la estaba observando.

Su mirada era profunda y de interrogación porque sabía que estaban hablando de él.

Durante la velada él la miró varias veces y ella le retiró la mirada. Ese hombre la ponía nerviosa.

Sus miradas eran caricias en su cuerpo dormido desde hacía tiempo. En cosas que no pensaba porque sus objetivos eran otros y porque no había hombres que la intimidaran como aquél. Y no quería que ningún hombre la intimidara.

Estaba en la sala sola, cuando él le dijo pillándola desprevenida:

—¿Tiene una tarjeta de su empresa?

—Perdón, me ha asustado —dando un pequeño respingo— Sí, tengo —Y le dio una del

montoncito que tenían encima de la mesa, por si alguien estaba interesado. De una fiesta, siempre salían un par de ellas más.

Se la entregó... Él la cogió tocándole las manos y ella las retiró enseguida. Ángelo supo que la había turbado y que podría tener a esa mujer y hacer que suspirara de placer. La ponía nerviosa y eso le encantaba. Era un reto para él.

—¿Cuándo podría hablar con su jefe?

—Jefa, soy yo.

—Muy interesante. Una jefa al pie del cañón —se quedó sorprendido.

—Me gusta supervisar mi trabajo. —Le dijo orgullosa—

—Bien, ¿pues cómo lo hacemos? —Ella se puso roja por el juego de palabras— le parecido preciosa cuando la vio por primera vez y ahora, una mujer que se ponía roja dos veces. Era todo un enigma y a él le gustaban los enigmas.

—Cuando quiera. Ahí está la dirección. Llame y le concertamos una cita o bien si no tiene tiempo nos desplazamos al lugar que nos indique y gestionamos el contrato. ¿Tiene algún evento importante?

Mis padres viven en Italia, vendrán en tres semanas y estarán un tiempo. Se quedarán aquí, en casa de la abuela. El caso es que cumplen treinta y cinco años de casados y quiero darles una pequeña fiesta.

—Estupendo. Ahí tiene mi tarjeta con los números. Estamos en contacto.

—¿Este es su móvil personal? —Preguntó incrédulo.

—Es el teléfono del trabajo y abajo está mi número de móvil.

—¿No tiene vida privada? Quiero decir, ¿va dando su móvil a quien sea?

—No, no tengo vida privada. Estoy dedicada al trabajo y usted no es nadie. Es el nieto de mi cliente.

—¿Novio, amigo, amante?

—No, de momento no tengo el gusto de que usted sea alguna de esas tres cosas para mí. Tendría que pensármelo.

—Muy graciosa. Ingeniosa también. Me gusta.

—Ha sido una broma, perdone.

—No tengo nada que perdonar mujer. Ya sabe a qué me refería. ¿No va a contestarme?

—Me parece atrevido y descarado que me pregunte eso sin conocerme. No, nada de eso, pero usted parece que sí, porque vienen a buscarlo.

—La llamaré —le dijo acariciándola con la mirada y molesto por tener que irse.

—De acuerdo.

Y de nuevo la rubia se lo llevó no sin antes echarle una mirada de: “*Es mío*”. Estrella movió la cabeza riéndose.

Y la que sonreía de lejos, era la abuela que siempre estaba pendiente de todo...

Un hombre que intenta ligar con otra cuando lleva una chica a una fiesta. No era de fiar. Pero la había descolocado y eso no le gustaba. No había conocido a un hombre que la impusiera tanto.

La fiesta de cumpleaños fue todo un éxito. Ella se quedó la última, porque Carol ya se había retirado a dormir, no sin antes despedirse de Estrella y darle las gracias por la fiesta. Ella abrazó a la abuela y Ángelo se dio cuenta.

Así que el mayordomo revisaba que todo se quedara en orden. Cuando todo se recogió, los platos, mesas y comida sobrante, se limpió a fondo el salón para dejarlo tal y como estaba.

Se ofreció a ayudar al mayordomo a poner de nuevo los muebles, pero éste le dijo que tenía

órdenes de no dejarla que lo hiciese, que se haría al día siguiente.

Le dio un cheque de parte de Carol por lo que quedaba por pagar. Todo había terminado. Había sido una fiesta maravillosa. Todo había salido perfecto, como le gustaba a ella que salieran sus eventos.

El mayordomo le dijo que al día siguiente la señora en persona la llamaría para darle las gracias. Y ella se sintió muy orgullosa de su trabajo y del trabajo de los suyos.

Otro trabajo bien realizado, pensó. Y cada uno que salía perfecto, era para ella un escalón de subida para sus proyectos.

Ya se habían ido todos los trabajadores y los invitados. Así que echó un último vistazo a la sala y al jardín. Un último repaso. Por si habían quedado vasos, copas o algún cubierto. Pero no había nada.

Sentado en uno de los bancos de piedra, en la oscuridad, estaba Ángelo solo, la llevaba observando un buen rato y al verlo, Estrella se sobresaltó. No esperaba encontrárselo allí.

La había estado observando desde que el personal se había ido, cómo recogía, ayudaba y repasaba con profesionalidad su trabajo.

Era muy trabajadora y perfeccionista y se preguntó si sería así para todas las cuestiones. Y cómo le gustaría comprobarlo por sí mismo.

Le parecía una mujer exótica, con ese pelo moreno, facciones pequeñas en la cara, una nariz pequeña y preciosa y esos ojos verdes claros que atravesaban el alma. Ella, se asustó de nuevo.

—Vaya, ¿dos sustos en una noche es mucho para ti? —Le dijo ironizando.

—Creo que demasiado para mi corazón cansado.

—Aún eres joven y muy guapa.

—Y estoy cansada y sudada. Gracias. Bueno ya debo irme. Esto está terminado.

—¿No te gustaría sentarte un rato conmigo aquí y descansar? — le señaló un sitio en el banco a su lado con la mano a modo de invitación. Veo que ya has terminado.

—No creo que le gustara a su novia. —Pero se sentó a su lado un momento. Estaba cansada y le dolían los pies. Era normal después de horas de pie.

—No es mi novia —dijo en tono tranquilo e indiferente.

—Pues actuaba como si lo fuese— juntando sus manos y sin querer mirarlo directamente a los ojos.

—Pues no lo es... Estrella. Estrella, un nombre para una noche estrellada. Me encanta.

—Señor Ángelo, he de irme ya— haciendo ademán de levantarse, pero él le tomó la muñeca y no la dejó levantarse aún.

—Llámame Ángelo, por favor, soy joven. Espere un momento. Siéntese. No tenga prisa. Si no la espera nadie, qué mejor sitio que estos espectaculares jardines de la abuela para relajarse un poco.

Ella se sentó de nuevo en el banco de piedra. Ángelo se rio por la situación.

—¿Me tiene miedo? No voy a comérmela... aún.

—No me fio de usted —dijo sinceramente.

—Y eso, ¿por qué? —le preguntó y se acercó más a ella, que ya no se movió para que él no creyera que le tenía miedo.

—Un hombre que liga con una mujer en una fiesta mientras trae a otra, no es de fiar. No me gustan ese tipo de hombres. Y lo miró fijamente a los ojos oscuros y profundos. Quizá lo hubiese herido y se equivocó. No tenía por qué reprocharle nada. No eran nada.

Él tocó su coleta y cogiéndola por ella con delicadeza, la atrajo hacía él. Sin esperar un segundo, la besó en la boca.

Estrella, se quedó sin saber qué hacer y él profundizó el beso, recorriendo con su lengua toda su boca y se enzarzaron en un beso húmedo que tardó más de lo debido.

Cuando acabó, Estrella tenía puestas las manos en su pecho y las retiró inmediatamente. La miró lánguidamente y le dijo.

—He deseado hacer esto toda la noche. Ha sido como esperaba. No, mejor. Eres preciosa.

—Tengo que irme, —dijo Estrella que estaba empezando a temblar y no quiso que él lo notara, pero lo notó y sonrió. Y entonces supo cómo hacer callar a esa impertinente pequeña que no tenía pelos en la lengua.

—Hasta pronto pequeña. Te llamaré.

—Bien, Ángelo, buenas noches. Espero su..., tu llamada

Y dando la vuelta se marchó toda temblando sin saber si eran nervios o frío, o ese hombre que la sobresaltaba.

Su aroma se le quedó pegado a su piel. Se despidió del mayordomo, cogió su coche y cuando llegó a su casa estaba tan cansada que se duchó y se lavó el pelo y se quedó dormida en un santiamén.

Le gustaba ponerla nerviosa. Sabía que era un hombre seguro y a esa mujer pequeña la ponía temblando, y se sentía bien.

Tenía algo especial. La había visto trabajar esa noche como uno más, supervisar todo sin que se notara. Y cuando la miró al irse, le gustó su silueta y su cuerpo perfecto de sirena y el contoneo de sus caderas. Había estado bien besarla. Su boca, era dulce como la miel y supo que no la habían besado mucho.

Él tenía el control de la situación y ella lo seguía. Eso era más reto para él y a Ángelo le gustaban los retos.

En cuanto la vio con su abuela, con ese pelo negro exótico y esos ojos verdes como el mar, supo que quería tenerla. Era un conquistador nato.

Pero cuando la besó en el jardín, no era lo que se esperaba, como él dijo. Era algo más.

Fue algo que no se esperó. Su boca era dulce y su lengua le seguía. No se echó a sus brazos como una gatita, como las demás mujeres que él conocía, sino que se quedó quieta y sobresaltada. Como si no tuviera experiencia o hacía tiempo que no había tenido relaciones. Y eso lo iba a averiguar.

Le encantaba ese pelo y pensó que si fuese suya se lo soltaría y caería desparramado entre sus sábanas. Y se excitó rápidamente. ¿Qué le estaba pasando? ¿En qué pensaba? Él no salía con camareras, ni supervisoras de camareras, ni con morenas pequeñas.

Le gustaban las modelos de piernas largas, rubias, morenas o pelirrojas, sin peligro ninguno, ni exigencias. Ni de lenguas afiladas que lo retaban. Y no pequeñas morenas, trabajadoras y sin apenas maquillaje.

Él no llevaba a su casa a las mujeres con las que se acostaba. Las llevaba a un hotel de su imperio inmobiliario, y no se quedaba a pasar la noche. Solo cubría sus necesidades.

Era de sangre caliente y necesitaba sexo, como buen latino que era, pero de momento estaba bien como estaba, soltero y sin problemas de ninguna clase.

Sabía que esa forma de pensar no estaba bien, pero si encontraba mujeres que pensarán lo mismo, les mandaba un ramo de flores por la mañana y ellas también disfrutaban de él. Era puro intercambio. No hacía concesiones de ninguna clase.

Llevaba toda la vida sintiendo eso por las mujeres. No había encontrado ninguna interesante.

En la Universidad tuvo un amago de novia y fue la que más le duró, Kity. Un año entero de universidad, hasta que se fue de vacaciones en verano.

Cuando volvió ya no salieron más juntos. Casi no recordaba por qué fue. Sólo que aquello salió mal y al poco tiempo ella salió con otro chico y a él tampoco le afectó mucho.

Era una época de fiestas y estudios y él salía sin tener en cuenta emociones o sentimientos. Solo satisfacerse físicamente.

Y así, había seguido desde que terminó la Universidad y trabajó duramente todos esos años. No todo había sido sexo y fiesta.

Trabajaba muchas horas al día y tampoco eran tantas mujeres como le asignaban las revistas de prensa rosa ni tantas fiestas.

Algunas veces, sólo salía a cenar con ellas o a alguna fiesta de acompañante y poco más. Siempre se exageraba.

Sin embargo, esa mujer morena, tenía algo que lo incitaba a retarla, a tomarle el pelo, a que le contestara. Era como una molestia para él, pero a la vez lo atraía sexualmente como ninguna mujer que recordase.

Era trabajadora. Era perfeccionista. La estuvo observando. Era también muy estricta, hasta en el apretado de su cola en el pelo. Y el contoneo de sus caderas. Y eso le hacía apetecer quitarle ese estiramiento y poseerla hasta dejarla sin aliento.

Se había sentido superior en el jardín de su abuela cuando la besó, pero sabía que eso no era así, que ella estaba por encima de él.

No tenía el dinero ni la riqueza que él tenía, pero tenía la seguridad de que era una mujer a la que no le importaba las empresas que él tenía.

Sino que era una mujer con valores y que quería un hombre honesto y que la tratara bien y no fuese como él, cada día con una mujer. Y ahí, sí se sintió inferior. Y sintió cierto malestar.

Se sintió inferior para ella, como si ella se mereciera otro tipo de hombre. Las mujeres como ella, eran así, por eso él huía de ellas siempre.

Le hubiese gustado ser en ese momento otro tipo de hombre, pero era tarde. Él, era como era. Pero quería más de ella y si a Ángelo Santerini se le metía una mujer por los ojos, tenía que conseguirla y aunque sabía que Estrella, era diferente, se arriesgaría. Costase lo que costase.

Ángelo sabía que una mujer como esa, podía descuadrar su forma de vida y sus relaciones con las mujeres, pero estar con una distinta del resto, una mujer como Estrella, del tipo del que le gustaría a su abuela como novia para él, si pudiera elegírsela, le podía traer problemas una vez que la conociera.

Puede que en un principio no tuviesen compromiso alguno, pero sabía que ella era de las que se comprometían y él no estaba por la labor.

También podía pasar que ella se enamorara de él, un pensamiento vanidoso tuvo que reconocerse, y eso tampoco lo quería.

Si de algo estaba seguro es de que no quería hacerle daño a una mujer como ella.

¿Y si él se enamoraba de ella? ¿Pero qué tonterías estaba pensando? Él nunca se enamoraba de ninguna mujer. Disfrutaba con ellas, lo pasaba bien y luego volvía a su trabajo, del que sí estaba enamorado.

Si Estrella supiera la cantidad de horas que él le dedicaba al trabajo y no lo viera en las revistas un rato que la cámara lo captaba, cambiaría su opinión sobre él.

Le importaba mucho la opinión que ella pudiese tener sobre él. Pero ya lo sabía, se lo había dicho en el jardín, pero si conseguía salir con ella, le haría cambiar su concepto con respecto a él.

Luego estaba la mujer sexy que él sabía que había bajo ese traje estrecho de trabajo que

marcaba su silueta preciosa. Y esa era la mujer que él quería descubrir y hacer vibrar de placer.

Ese era su objetivo. Salir con ella. Claro que si lo conseguía nada de salir con otras. Estaba seguro de que Estrella no se lo permitiría, ni él lo haría. ¿Para qué necesitaba a otras teniéndola a ella por descubrir?

Bueno, bueno. Su imaginación estaba discurriendo como si hubiera conseguido salir con ella, pero sabía de sus cualidades para conseguir a cualquier mujer que desease, y Estrella no era distinta en cuanto a que le gustase. Lo había comprobado en ese beso.

Era el primer paso. Había sellado a Estrella con su boca y la forma en que fue correspondido, fue sincera, ingenua y le encantó.

No tenía suficiente con un beso. Ni con dos, ni tres... quería su cuerpo bajo el suyo gimiendo su nombre y exigiéndole más. Y se sentía excitado con pensarlo.

No podía dejar pasar su vida sin tenerla. Era su próximo objetivo y estaba seguro de que le iba a encantar y que no tendría suficiente con una noche, ni con dos.

Ya era hora de irse. Se levantó del banco y apagó las luces. Esa noche se quedaba a dormir en la casa de la abuela.

Nunca le había pasado eso, desear una mujer tanto, y la deseó durante toda la fiesta. Quizá porque era distinta a las demás, por cómo lo miraba, por cómo la vio temblar cuando se despidió de él hacía unos momentos. El caso es que ninguna mujer había encendido su deseo como Estrella.

Se sintió como un adolescente y como un hombre seguro de hacerla morir de placer en sus brazos. La deseaba e iba a conseguirla y luego ya vería. Si tenía que salir un tiempo con ella, lo haría, si es que le gustaba tanto como le había gustado esa noche y luego, ya se vería.

Aunque tenía una seguridad aplastante, también tenía cierto temor a salir con una mujer como ella, porque era distinta a las mujeres con las que había salido y sabía que la relación también iba a ser distinta y que una mujer como Estrella, no permitiría, tener sexo y que se fuera. Lo sabía. Lo echaría a patadas la segunda vez que lo hiciera.

Iba a tener que dejar de pensar en ella, al menos esa noche.

Mientras recorría el jardín hasta la casa, dijo en voz alta, sin que ya nadie lo oyera...

—Estrella, Estrella... ¿qué voy a hacer contigo?

CAPÍTULO 3

Ángelo era un hombre de treinta y dos años que había heredado la empresa familiar hacía solo dos, cuando sus padres se mudaron a Italia para montar un despacho de abogados, y le habían dejado a él, las riendas de la empresa.

Su padre ya lo consideró suficientemente preparado y a él todo le pilló de sorpresa, pues jamás pensó que su padre lo dejaría tan joven el control de ese conglomerado inmobiliario familiar.

Desde que tomó las riendas del negocio, había hecho surgir como la espuma la empresa en esos dos años. Era un conglomerado de empresas inmobiliarias que él dirigía con mano de hierro.

Era un tiburón de las finanzas, además se había arriesgado y había invertido en bolsa y otras empresas informáticas y de telecomunicación con bastante acierto. Era un trabajador nato. Su vida era el trabajo, hacer ejercicio por las mañanas para estar en forma y salir con chicas.

Era tan conocido en revistas de finanzas como en revistas de sociedad, siempre con alguna chica rubia o pelirroja tipo modelo.

Vivía en uno de los barrios más caros de Manhattan, Gramercy Park, en un ático enorme, con piscina y jacuzzi. Decorado a la perfección por una decoradora de interiores y con un gran balcón con vistas a la ciudad de Nueva York, al mar y al otro lado de la ciudad.

Le gustaba la ropa cara, el perfume caro, y la vida de lujo que podía permitirse. Para eso trabajaba y era joven y así se consideraba. Su lema además del trabajo, era vivir la vida día a día.

Algunas noches en que llegaba a casa, se duchaba y cenaba algo, que la señora que cuidaba la casa le dejaba en la nevera o en el horno y se sentaba en la terraza a contemplar las vistas mientras cenaba o incluso después de cenar.

No siempre salía, como las revistas hacían parecer. Generalmente, durante la semana, se quedaba en casa y sólo salía si algún evento de importancia era importante para la empresa.

A veces se sentía solo, pero inmediatamente deseaba esa idea. Tenía un ático precioso, las mujeres le sobraban, una gran empresa, trabajadores fieles como su amigo Adam, abogado de la empresa y en el que confiaba como si fuese su hermano, dos coches, que él mismo conducía porque no quería chófer. Le gustaba conducir él mismo.

Uno de los coches era un todoterreno último modelo y el otro lo utilizaba para ir al trabajo, de lunas tintadas, un BMW color gris que aparcaba en dos plazas privadas del parking de su edificio.

La vida le sonreía. Esa noche mientras estaba en la terraza, no tenía prisa por acostarse, era tarde y era viernes.

No tenía que ir al trabajo al día siguiente. Cuando se despertara el sábado, desayunaría y trabajaría algo en casa. Se sentó en la terraza y pensó en ella. No se la pudo quitar del pensamiento en toda la semana. Desde la fiesta de cumpleaños de la abuela.

¿Qué podía tener una mujer como ella que le había calado tan hondo, como para pensar en los movimientos de sus caderas, esos ojos verdes que parecían adivinar qué pensabas?

Esa nariz pequeña y graciosa con algunas pecas que le daban un aire casi infantil cuando sonreía y ese pelo negro azabache, pero sobre todo, le había gustado su lenguaje retador, cómo supervisaba con esmero y esa forma sencilla en que le puso las manos en el pecho cuando la besó. No lo había tocado como el resto de las mujeres.

A su abuela le había encantado. Sabía que si su abuela le eligiera alguna vez esposa, sería

como Estrella.

Ella, no hacía distinciones de clases sociales, a pesar de haber nacido en una familia rica. Le gustaban las mujeres trabajadoras e incansables, amables y simpáticas como Estrella.

Nunca le gustaban las que él solía llevar a las fiestas que organizaba ni las que veía con él en las revistas y siempre se lo decía incansablemente, que se buscara ya una buena chica trabajadora. Quería que se casara y que tuviera hijos, pero él no estaba por la labor y siempre estaba buscándole novia. Era un caso.

Y a él, también le había gustado Estrella como a la abuela, por una vez, habían coincidido. Le había gustado cogerle la cola del pelo, como si fuera un adolescente y atraerla a su boca. Y el temblor de cuerpo y le gustaría contemplar ese temblor cuando la tuviese bajo su cuerpo a esa pequeña protestona.

Tenía aún su sabor en ella, a pesar del vino. Era preciosa. Una muñeca. Cuando pensaba en ella se excitaba, tanto como se había excitado en el banco cuando la besó.

Se terminó de tomar el vino y se fue a la cama. Soñó con una morena de coleta alta, larga y morena.

El sábado pasó rápido para Ángelo. Se acordó de Estrella y decidió llamarla por la tarde e invitarla a cenar.

Estaba deseoso de verla de nuevo y saber quién era, descifrar su enigma, volver a meter la lengua en su boca y recorrerle todos sus territorios. Sabía que era un atrevimiento, pero él había nacido atrevido. Marcó su móvil.

—¿Diga? —Estrella, no conocía el número y le extrañó. Quizá fuese para alguna comida.

—¡Hola guapa! —Le dijo con una voz ronca y sexy. La que empleaba para quedar con las mujeres y que no le fallaba nunca.

—¿Quién eres? —preguntó extrañada, porque no reconoció su voz al principio y le extrañó que la llamasen un sábado.

—Ángelo Santerini, ¿ya no recuerdas mi voz? Vas a herir mi orgullo masculino.

—Lo siento Ángelo, no te he reconocido, además el número no es conocido y los clientes no suelen llamar los fines de semana y menos al móvil personal. Bueno, dime, ¿qué quieres?

—Tan directa... Pensaba invitarte a cenar, si no tienes trabajo hoy.

—Hoy no tengo, pero mañana sí tenemos un cóctel a mediodía que durará hasta bien entrada la tarde. Quería descansar porque ha sido una semana bastante ajetreada, como la semana que viene. Te lo agradezco, pero no me apetece salir. Voy a comer algo en casa.

—Bueno, si no te apetece salir, puedo llevar algo a tu casa y me invitas.

—No suelo invitar a mi casa a hombres.

—Alguna vez tenía que ser el primero, además conoces a mi abuela. Soy de fiar. Y nos besamos la otra noche. Eso tiene que importar algo.

—¿Y su novia? No salgo con hombres casados o comprometidos. Es una norma que tengo. Y lo de la otra anoche, me pillo desprevenida. No volverá a ocurrir.

—Me apena que me digas eso. Vas a herir mi vanidad masculina. Yo estoy deseando que vuelva a ocurrir, Estrella. Me gustó. Y te repito de nuevo que no tengo novia. La chica de esa noche era una amiga.

—Parecía otra cosa —Dijo insegura y nerviosa.

—Nada es lo que parece. Bueno dime, ¿llevo algo para cenar?

—¿No se rinde nunca?

—Me hubiese ido muy mal en los negocios si me hubiese rendido a la primera. Y tutéame. Ya tenemos confianza. No puedes llamarme algunas veces de tú y otras de usted. Me confundes.

—Vale, puedes venir, pero no podrás quedarte muy tarde. Mañana me levanto muy temprano para trabajar. Pero no traigas comida. Tengo algo hecho y podemos compartir.

—¿Llevo vino?

—Tampoco, tengo de todo.

—Dame tu dirección y estaré allí a las siete.

Cuando ella le dio la dirección, se quedó sorprendido pues vivían relativamente cerca. Unas cuantas manzanas, separaban el barrio rico de ella, al de lujo de él.

Aunque le sorprendía que ella, como camarera o por ser supervisora de una empresa de catering, se pudiese permitir vivir allí.

A lo mejor sus padres se lo pagaban, tenía que investigar eso. Cuando algo no le cuadraba, tenía que cerrar el círculo.

Pero lo más importante es que había conseguido una cita con ella. Una cita que iba a aprovechar al máximo.

La besaría de nuevo. Quería saber si besándola otra vez, lo excitaba como el día anterior y si lo atraía como nadie.

A las siete en punto, se presentó en su casa con vaqueros desgastados que le quedaban como un guante, apretados a sus largas piernas y una camiseta azul pegada a su cuerpo, marcando sus músculos de acero. Se notaba que hacía ejercicio.

Aunque vestía informal, se notaba que todo era de marca cara. Olía muy bien. En la mano llevaba un reloj de oro que debía costar tres meses de alquiler de su local y un gran ramo de rosas blancas en señal de amistad.

Ella, le abrió la puerta en vaqueros también, unas sandalias bajas y un top negro. Olía a rosas, pensó él.

—Rosas para una rosa —y le dio el ramo con una sonrisa reluciente, como quien ha conseguido el premio en la tómbola.

Le abrió más la puerta y entró, llenando la estancia con su aroma a colonia cara.

—¡Qué adulator! No me extraña que las mujeres caigan rendidas a tus pies.

—Y yo que pensaba que era por mi gran inteligencia y por todo lo que trabajo...— sonrió Ángelo—

—Muy gracioso. ¡Ponte cómodo! ¿Quieres algo de beber? — le ofreció ella mientras él se sentaba en el sofá

—¿Vino blanco?

—Una copa de vino blanco para el señorito.

Estaba empezando a cogerle la ironía a esa mujer. Le gustaba. No lo trataba como un rey ni con la melosidad de otras mujeres. A ella parecía ser que poco le importara su dinero o su atractivo para ligar.

Sirvió un par de copas de vino y un platito de frutos secos y se sentaron en el sofá a charlar. Miró su casa y le gustó, era bonita y acogedora, no muy grande, pero lo suficiente para ella.

—¿Es tuya o alquilada?

—Es alquilada, cuesta un poco cara, pero tengo el trabajo justo debajo. El local también es alquilado. Y es de tu grupo inmobiliario.

—Lo he visto al subir. Sí, pertenece a nuestro grupo inmobiliario, y estos pisos también. Algunas personas lo han comprado, a otras les gestionamos el alquiler.

—Pues esta es de las segundas. De momento no puedo permitirme comprarla. Tampoco es

importante tener una casa propia para mí. Mañana puedo trabajar en otro lado, no irme bien el negocio, tener que mudarme y sería un problema. No podría permitírmelo.

—Sí, eso sería un problema. Bueno, háblame de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Por Dios, necesitaría veintiocho años que son los que tengo para contarte mi vida.

—Resume mujer, quiero conocerte.

—Bueno, nací en España, en Sevilla.

—¿Eres española? Por eso eres tan guapa, latina como yo.

Mientras tomaban el vino, le contó que su infancia había sido buena, que su familia era de trabajadores normales, no procedía de una familia rica como él. Había estudiado siempre con beca porque sacaba muy buenas notas.

En la Universidad se había graduado en interpretación y traducción y cada verano iba a un país distinto a trabajar para practicar el idioma, que sabía inglés, italiano, árabe, alemán, chapurreaba chino y algo de francés. Y claro está el castellano.

Él la escuchaba embobado, no podía creer que hablara tantos idiomas. No se lo esperaba. Era de las chicas inteligentes. Le gustaba oírla hablar y mirar sus gestos. Le gustaba su voz.

—Tú hablas italiano.

—Por supuesto, italiano, inglés y castellano.

—Bueno, podemos hablar cada día en un idioma diferente —Y se rio. Y su risa le pareció maravillosa, como un soplo de aire fresco— Yo suelo ver programas en la tele de diversos idiomas para que no se me olviden.

—Eres una caja de sorpresas, y ¿cómo te dio por venir a este país?

Me gusta la cocina. Al salir de la Universidad realicé un curso de alta cocina de un año.

Estudié la cocina española de las distintas autonomías y pueblos y conocía distintos distribuidores y me quedé con sus tarjetas, porque mi objetivo era montar una empresa aquí de catering que es lo que más me gusta.

Cuando llegué, trabajé durante unos años, en un restaurante de chef y para la policía de traductora.

Ahorre y pedí un crédito y llamé a los distribuidores españoles y alquilé ese local tuyo y este piso tuyo también y aquí estoy tratando de resurgir y guiar mi negocio. Por eso tengo que trabajar mucho.

—Me dejas impresionado. Pensé que eras una jefa de camareras y eres la dueña de la empresa.

—Sí, soy la dueña. Tengo responsabilidades. Y tengo que trabajar mucho, como tú en tu empresa. ¿Te apetece comer ya?

—Vale. Comamos.

Ella puso la mesa y calentó la tortilla de patatas que había hecho antes de que él viniese. Un plato de embutidos y una ensalada. Puso más vino en la mesa.

—En España la tortilla la tomamos con cerveza. Pero aquí todo el mundo toma más vino que cerveza.

—Pues la tomamos con cerveza. Me apetece. La cerveza de la fiesta de la abuela estaba buenísima.

—Eres buen comensal.

Abrió un par de cervezas y se sentaron y empezaron a comer. Ángelo le dijo que todo estaba buenísimo, que le recordaba a la comida italiana.

—Allí se come más pasta, la verdad.

—¿Y hombres, no tienes tiempo para salir con hombres?—Reconduciendo la conversación por dónde él quería.

—Esa pregunta es personal, pero bueno, no, no tengo tiempo para salir con hombres. Ten en cuenta que trabajo muchos fines de semana, que es cuando los hombres que trabajan, salen a divertirse. Así que no coincidimos. Pero sí, he salido con algunos, poco tiempo. No cuajó ninguna relación o no he conocido a ninguno que me llenase lo suficiente. Tengo un máster en conocer a hombres superficiales de unas noches.

—Has conocido a pocos entonces.

—No creas, para ti serían pocos si me comparo contigo. Pero para mí no es imprescindible en estos momentos tener hombres en mi vida que me desvíen de mis objetivos. Y tú, ¿qué me cuentas? No has hablado nada de ti

—Mi vida es el trabajo, desde que salí de la Universidad. Me licencié en dirección de empresas y derecho y trabajé en la empresa familiar inmediatamente, durante unos años. Cuando mi padre decidió volver con mi madre a Italia, me dejó al cargo y debo decir sin pecar de vanidoso que la empresa ha subido como la espuma.

—Me alegro mucho. De verdad.

—Vivo bien, trabajo mucho y no tengo problemas que me quiten el sueño, salvo el trabajo.

—¿Mujeres? —Él se la quedó mirando— Tú me has preguntado lo mismo.

—Creo que te molestaría. No he tenido relaciones largas, salvo un año con una chica en la Universidad. No te sorprendas, pero mis relaciones se limitan a satisfacer mis necesidades físicas, más que emocionales.

—No tengo por qué molestarme ni sorprenderme, cada uno lleva su vida sexual o romántica como mejor le parece. Te gustan entonces altas, tipo modelo, vestidas de marcas exclusivas. Lo veo en las revistas. —Dijo ella ironizando—

—No te creas todo lo que las revistas dicen de mí.

Ya habían terminado y ella recogía la mesa. Él, se levantó y la estaba ayudando a recoger y llevar los platos a la cocina, cosa que no había hecho en su vida.

—Me parece educado y con eso me basta. ¿Quieres un café?

—Gracias, sí, sólo y sin azúcar.

Una vez sentados en el sofá, ella puso el café y unos pastelitos y él le dio las gracias por la exquisita comida. Hablaron de cosas banales.

Se había sentado muy cerca de ella y en un momento, le cogió la coleta negra y le dijo que le encantaba su pelo.

Fue acercando su boca a la de ella y la besó suavemente, como un hombre experto, como cuando lo hizo noches atrás en el banco de los jardines de casa de su abuela.

La pilló por sorpresa de nuevo, pero no pudo retirarse y como vio que ella no hacía ademán de retirarse tampoco, metió la lengua en su boca y la exploró.

Ella respondió al beso enredada por su aroma varonil. Y él sintió su sexo duro contra el pantalón. Estaba muy excitado.

Su boca sabía a café y miel y tiró de la goma de la cola que llevaba en el pelo. Quería ver su pelo suelto y ella le dejó, sintiéndose toda mojada y húmeda. Hacía tanto que no la besaba un hombre... y dos años al menos que no hacía el amor, que aunque ese hombre era un peligro, ella era libre y necesitaba sexo como cualquier otro ser humano. Pero no podría tenerlo con cualquiera.

Ese hombre era guapo, sexy y estaba allí con ella y sabía lo que hacía. Besaba tan bien... que

ella se derretía con sus besos, cada vez más apasionados. Tocó sus pechos y le bajó el top, mordisqueando sus pezones y estuvo perdida.

Le decía palabras en italiano que ella entendía y le parecían de lo más excitante. No supo en qué momento se encontró en el sofá desnuda y él también se había quitado la ropa y su cuerpo era glorioso, moreno y su sexo se erguía duro y grande para ella. Ahora comprendía porque las mujeres se morían por él.

Podía pasarle a ella. Pero ahora no quería pensar, solo sentir. Tras recorrer su cuerpo, y tocar su sexo húmedo y dispuesto para él, sacó un preservativo y entró en ella más excitado de lo que nunca había estado.

—Pequeña no sé si aguantaré. Estoy muy excitado. Me pones a cien. Eres tan preciosa...

—No te preocupes. Hace mucho tiempo que no...

Y se movió en ella como el viento hacia la costa y ella lo atrapó en sus redes y cuando llegaron juntos al clímax, desatando un sinfín de emociones, Ángelo no había sentido nada igual, ni ella tampoco.

El la besó apasionadamente y fue el baño. Cuando volvió, la encontró en el sofá intentándose tapar con una manta.

—Vamos Estrella, no seas niña. Te he visto desnuda. Me gusta tu cuerpo, tu pelo. Eres especial.

—Gracias, tú también. Ha estado genial.

—¿Solo genial?, me vas a bajar el ego.

—Tú no tienes problemas con tu ego, es más grande que la estatua de la Libertad,— y se atrevió a besarlo.

Le quitó la manta y la abrazó con ternura, algo que nunca había hecho con ninguna mujer. Se volvieron a tumbar en el sofá y la atrajo a su cuerpo. Le gustaba sentirla desnuda contra él.

—Me gusta tenerte así. —Aspirando el aroma de su pelo mientras ella tenía su cara sobre su pecho duro y musculado.

A ella le parecía todo surrealista. Que un hombre como ese se fijara en ella, que era una trabajadora normal... aunque fuera una noche, era suyo.

Ni soñando había tenido un hombre que la amase de esa manera. Era un amante perfecto. Había tenido un orgasmo descomunal y no se acordaba si había gritado

Y sintió celos. Celos de todas las mujeres con las que se había acostado y les había hecho sentir lo que a ella.

Sintió que se excitaba otra vez y lo miró.

—¿Qué quieres?, soy latino y tú la mujer más guapa que he visto.

Y volvió a hacerle el amor, más despacio y apasionado que la primera vez y ella volvió a sentirse una reina por segunda vez esa noche.

Las dos veces que le había hecho el amor, le hablaba en italiano y a ella le parecía el idioma perfecto para hacer el amor.

Eran las seis de la mañana y aún estaban abrazados en el sofá. Se habían quedado dormidos y cuando despertó, sintió una mano grande en sus pechos y un cuerpo duro que la abrazaba por detrás y recordó lo sucedido la noche anterior.

Pero tenía que levantarse a las siete, ducharse, desayunar y bajar al local, porque a las ocho de la mañana empezaba todo el trabajo para el coctel.

Le habló para despertarlo.

—¡Ángelo!, despierta, tienes que irte y yo también tengo que irme a trabajar.

—¡Ummmm! ¿Cuánto nos queda? —Le contestó somnoliento.

—Una hora. Y además tú eres de los que no se quedan a dormir.

—Contigo ha sido diferente. Y Suficiente con una hora para lo que quiero hacerte.

—No seas loco, no quiero llegar tarde.

—No te preocupes, cielo, no llegarás.

—Y empezó a tocarla de nuevo y a hacerle el amor como él sabía. Cuando terminaron, se besaron como si fuesen a despedirse para siempre.

—Me voy a la ducha— le dijo ella toda apurada por el tiempo, pero contenta y excitada por lo que había compartido con él desde la noche.

—Te acompaño. Y se levantó en toda su desnudez.

—Eres un peligro público, ¿no te lo ha dicho nadie?

—Solo tú me dices esas cosas, nadie se atreve— le dijo él con una sonrisa capaz de derretir un iceberg.

Y empezaron a jugar en la ducha, acabando haciendo de nuevo el amor. La levantó a horcajadas y ella abrió sus piernas y él la penetró contra la pared de la ducha hasta que la dejó marcada para siempre.

Desayunaron y salieron juntos del apartamento. Quedaron en que él la llamaría la semana siguiente para que le diera cita y ver la fiesta para sus padres. Iría a su oficina y así se la enseñaba.

Antes de despedirse, en el ascensor, él le dio un beso en la boca.

—Nos vemos pequeña. Te llamaré.

Así, ella volvió al trabajo, cargada de una energía que hacía tiempo que no la tenía. Como una autómatas se preparó para el cóctel, pero en su piel se había grabado a fuego la piel de Ángelo. Sabía que no debía pensar en él en ese sentido.

No era un hombre de relaciones largas, ni siquiera de relaciones cortas. Era de relaciones de unas horas.

Se lo había dicho cuando ella se lo preguntó. Pero no podía evitar sentirse como en una nube.

Nunca se quedaba a dormir con una mujer y sin embargo había dormido con ella en el sofá de su casa toda la noche.

Había roto sus normas. Por eso a ella le dio cierta satisfacción.

Era una romántica empedernida. Ya se le pasaría con el paso de los días. Pero sabía a ciencia cierta que ese hombre era difícil de olvidar y le costaría. Tendría que hacerlo. No le quedaba más remedio.

El domingo pasó y cuando llegó a casa, se duchó, tomó una sopa y cayó rendida en el sofá. Aún conservaba su olor y quiso dormir esa noche allí, con su olor y la mantita.

Para Ángelo, el domingo lo pasó haciendo un poco de ejercicio, nadar en la piscina, comer con su abuela y cuando llegó por la tarde a casa, pidió cena para llevar y pensó en ella con una sonrisa en los labios.

Nunca se había quedado a dormir con una mujer y con ella, sí. Había roto sus normas. Y estaba feliz, porque ella era distinta. Le había gustado tenerla toda la noche en sus brazos.

Había creado con ella un precedente. Él nunca había incumplido sus propias normas con respecto a las mujeres y ahora no sabía qué hacer. Desde luego no se arrepentía y pensaba repetir con ella.

No se había sentido más satisfecho en su vida desde... ni se acordaba. Pero esa pequeña latina que había roto su bonita vida de mujeres de tacones de aguja, lo traía loco. Pensaba en ella y en su cuerpo constantemente y aún no estaba satisfecho sexualmente de ella.

Sabía que algún día se cansaría de ella, pero ahora estaba como un adolescente con zapatos nuevos y estaría con ella hasta que se cansara, llegado el caso. Podría tener una relación larga con ella. Y sería la primera vez.

Le propondría una relación, porque si no lo hacía, ella le diría que no quería verlo más y eso él no estaba dispuesto a consentirlo. Quería seguir con ella.

Le había encantado tenerla toda la noche en sus brazos, su olor a rosas frescas, ese pelo negro, y su cuerpo cálido acurrucado contra el suyo.

Y cuando pensaba en ella, se excitaba y la deseaba como un hombre de sangre caliente. Como era.

Y estaba sola en el país. Era una mujer fuerte a la vez, pero sintió ganas de protegerla y ayudarla.

Iba a investigar cuanto pagaba por el piso, por el local y bajarle el precio. Sabía que se enfadaría, conociéndola como la conocía, pero lo haría. Era una manera de ayudarla y estaba en su mano hacerlo.

Lo haría de una manera que no la ofendiera. Para ello, hablaría al día siguiente con su amigo Adam. Que la investigara de paso. No quería correr riesgos.

Aunque sabía por lo que la conocía que era honesta y buena persona, honrada y guapa a rabiar para él.

Quizá hubiese modelos estiradas, pero ella tenía una belleza especial, natural y fresca, que le encantaba y poca experiencia sexual, lo que le encantaba también, porque él podía enseñarle todos los enigmas del sexo.

Cuando tuviera toda la información de ella y coincidiera con lo que le había dicho, le propondría salir con ella, sin compromisos, pero salir a ver dónde les llevaba eso y con ella, eso quería decir que nada de otras mujeres. Lo sabía.

Él tampoco permitiría que tuviese otros hombres mientras salían juntos. Se pondría celoso.

Y quién le iba a decir a él que era un hombre celoso. Él que no se había sentido celoso en su vida, ahora si pensaba en Estrella con otro, se ponía enfermo y eso que apenas habían hecho cuatro veces el amor.

Lo importante es que la había conseguido, que había sido suya en menos tiempo del que pensaba. Pero es que ella era una mujer libre e independiente y según le dijo no había tenido sexo en dos años. Se quedó pensando en ello...

¿Cómo era posible que una mujer tan guapa no hubiera tenido sexo en dos años? Y con él encajaba a la perfección en su cuerpo.

Era una mujer activa sexualmente y cuando él la tocaba, respondía siempre a sus manos y a sus besos. Y a su sexo. Y respondía sinceramente. Sin fingimientos de ninguna clase.

Quizá no hubiese encontrado a un hombre que le hiciera lo que ella necesitaba sexualmente. Eso debía ser. Se sentía satisfecho de ser él el que le proporcionase tanto placer, porque se lo proporcionaba. Gemía y sentía sus orgasmos. No había fingimiento en ella, de ninguna clase, no sólo sexual.

Le gustaba tanto porque lo miraba y lo conocía. Podía atravesar sus pensamientos y esto era mutuo. Y difícil de encontrar ese tipo de química. Como si se conocieran de toda la vida.

Aun así, cuando le pidiera un compromiso, debía dejarle claro que era un compromiso con fecha de caducidad. Él, no era un romántico, ni se enamoraba, ni en sus planes estaba el matrimonio.

Era un hombre de sangre latina y caliente y que disfrutaba del sexo y de las mujeres y quizá lo suyo no durara más allá de unos meses.

Pudiera ser que fuera la relación más larga que tuviese desde la Universidad o quizá se cansara de ella antes de lo que pensaba.

A su abuela, desde luego le encantaba, pero es que a su abuela le gustaba ese tipo de mujeres trabajadoras y honradas. Que no estuvieran un día con uno y otro día con otro. A él tampoco.

Era machista en ese sentido también y lo reconocía. Si salía con alguna de ellas, era sólo por una noche, pero nada más y con protección.

Ya le gustaría a la abuela verlo casado con una mujer como Estrella. Pobre abuela. Iba a tener que esperar.

Quería a su abuela muchísimo y siempre estaba pendiente de ella, pero en eso no iba a ceder por mucho que su abuela le rogase y tener un hijo... menos todavía. No estaba hecho para tener hijos con nadie.

Él, no tenía reloj biológico como las mujeres y en su vida aún no era necesario ni imprescindible un hijo. Quizá cuando tuviese cuarenta años o así, necesitaría hijos para dejarles su empresa.

Pero ahora, lo que tenía en mente era trabajo y diversión, era joven y tenía treinta y dos años. Estaba en lo mejor de su vida y se sentía con energía suficiente para vivir sin más preocupaciones.

Bastante tenía ya con el trabajo. Ahí no podía fallar. Su empresa era importante para él. Demostrar que era un as en los negocios era primordial para él.

En cuanto a la latina, definitivamente iba a averiguar todo sobre ella, lo que le había contado y todo cuanto no le había contado.

Algunos misterios y secretos, tendría guardados y quería saberlos. No estaba bien y lo sabía, pero no podía evitarlo. Era su forma de actuar con todo y con ella no iba a ser diferente.

Nunca había investigado a una mujer que no tuviera que ver con negocios, pero es que esa mujer era diferente y no quería mujeres que escondieran secretos.

Pensaba en ella y se la imaginaba sincera y honesta, pero ya se había llevado demasiados palos en ese sentido.

Había gente que mentía mucho bajo una máscara de ingenuidad. Y él iba a investigar si esa ingenuidad de Estrella era cierta.

Además estaba interesado en saber más cosas de las que le había contado a él. Quería saberlo todo sobre ella y después descubrir por él mismo el resto.

El lunes se pondría a averiguar sobre esa pequeña española que lo estaba volviendo loco de deseo. Porque la verdad es que no podía dejar de pensar en ella ni un segundo.

Una pena que no pudiese pasar con ella los fines de semana. Pero ella ya se lo había advertido, que ese era su punto flaco a la hora de salir con hombres, pero él no era cualquier hombre.

Adaptaría su horario al de ella para estar el máximo tiempo posible con ella. Para eso era el jefe. Le regalaría flores. Nada de joyas. Ella no era de las que se compraban con joyas. Se ofendería.

Recordó, la noche del sofá y se dio cuenta de que fue la primera vez que la vio con ropa que no fuese de uniforme. Los vaqueros, le quedaban estupendamente y se sorprendió de su ropa interior sexy.

Ni por un momento pensó en que llevaría ropa interior sexy. Ese fue el primer secreto que conoció en ella. Se esperaba una ropa interior de algodón, quizá. Pero no esa tentación que llevaba puesta.

Claro que él estaba acostumbrado a mujeres que vestían ropa interior de diseño y la de ella no lo era, pero a él le excitaba verla y acariciarla íntimamente.

Las veces que la había tocado, estaba mojada y preparada para él. Y eso lo ponía duro como cuando era un adolescente.

Por otra parte, eran muy parecidos. Tenían muchos puntos en común. Estaban solos, aunque él tenía a su abuela, pero habían sacado una empresa adelante. Sobre todo ella.

Él, ya partía de una gran empresa en expansión, pero en dos años había duplicado los beneficios. A base de mucho trabajo y suerte en sus inversiones y el que ella no fuera una mujer florero, sino que persiguiera sus objetivos laborales, le hacía ser una mujer fuerte y trabajadora. No las mujeres ociosas que se dedicaban a su cuerpo solamente.

Quizá no llevara uñas de porcelana largas y pintadas con dibujitos o pestañas postizas o pechos y labios con silicona, ni midiera uno ochenta, o llevara tacones de vértigo. No le hacía falta.

Era una mujer natural. Y eso es a lo que él no estaba acostumbrado, por eso le atraía tanto y la deseaba.

También le gustaba la forma de tratarlo. Normal y a veces con ironías y palabras retadoras que le encantaban.

El resto de las mujeres con las que había salido, lo trataban con un tacto extremo, como si fuera de porcelana, sin querer molestarlo, midiendo las palabras. Y eso le parecía artificial.

Por esas razones lo atraía tanto y quería conocerla. Le encantaban los retos y esa mujer lo retaba verbalmente, era auténtica y no tenía dobleces.

Pero lo iba averiguar por si acaso. Si iba a tener una relación con ella más larga de las que había tenido con otras mujeres, quería saber si era verdad lo que le había contado. Si era tan auténtica como él pensaba. Si era sincera.

—¡Ay Estrella, Estrella! ... ¿Qué me estás haciendo?

CAPÍTULO 4

El lunes por la mañana. Ángelo estaba en su despacho cuando entró su amigo y abogado Adam. Lo había llamado con anterioridad para que acudiera a verlo antes de sumergirse en la vorágine de papeleo que tenía encima de la mesa.

—Buenos díassss. Tengo que hacerte una consulta.

—Y yo tengo otra para ti. Y es urgente e importante. Tienes que investigarme lo que le cobramos a Estrella Rodríguez de este local y de este piso —y le dio la dirección.

—¿Y eso?

—Eso es que quiero cambiar el contrato y bajarle el alquiler.

—Y, ¿desde cuando haces eso tú? —le preguntó con mucha curiosidad su amigo.

—Desde que la conocí en casa de mi abuela y desde que el sábado cené con ella —le dijo todo alegre. Más alegre de lo normal.

—¿Es guapa?

—Es especial, muy guapa e inteligente. Muy trabajadora. Es morena, exótica y es española y no tiene pelos en la lengua.

—Ángelo, eso no va contigo. Me temo lo peor, o lo mejor. ¿Te gusta? —Como no le contestaba —Ya sabía yo que algún día...

—No me compares contigo, el que tú y Tiffany os vayáis a casar no quiere decir que yo haya pensado ni remotamente en ello. No soy un romántico como tú y no me comprometo, ya lo sabes. Es solo que es una mujer distinta a las que conozco y con las que salgo. Y quiero conocerla más. Es encantadora y trabajadora, de las que a mi abuela le gustan para casarme y formar una familia — le dijo sonriendo.

—Me refiero a...

—Ya sé a qué te refieres. ¡Déjalo estar! —No lo dejó terminar— no pienso comprometerme por el momento y por mucho tiempo tampoco. Esta mujer es especial, pero no me va a cambiar. Ninguna mujer cambiará mi forma de pensar ni de ser, ni siquiera de vivir libremente como hasta ahora, amigo.

—Bueno, dime al menos si te gusta o es otra de tus conquistas de un día.

—Me gusta, me gusta mucho, y me da miedo sentir algo por ella. Y no, no es una conquista de un día, pienso pasar muchos días con ella y luego, ya se verá.

—¡Quién lo iba a decir! Tienes que tener cuidado, puedes caer aunque no quieras. Lo que no entiendo es por qué te molesta tanto si te enamoras de alguna buena chica. ¿Qué tiene eso de malo? Ya tienes una edad para formar una familia.

—Es porque me gusta mi vida Adam. Ya veremos, de momento, me guardas el secreto y me investigas eso y si puedes cómo va la empresa, y todo sobre ella. Ahí llevas toda la información, en esa carpeta. Es urgente. No tengo más datos. Espero que con eso tengas suficiente. Trabajé para la policía de intérprete en Brooklyn y en un restaurante de Manhattan de cinco estrellas. No sé cuál es. Lo investigas. No te puedo decir nada más.

—Vale. Espero que con estos datos tenga suficiente para averiguar lo que pueda sobre ella, aunque no sea todo. ¿Ya puedo contarle a lo que he venido?

—Ya puedes. Empecemos.

Estuvieron hablando más de una hora sobre las inversiones en bolsa y otras en las que podían invertir, aparte de algunos inmuebles que podían adquirir a precio de ganga y convertirlos en

pisos de lujo, con grandes locales abajo.

Adam le enseñó los planos y los precios a los que se vendían. Tendrían que hacer un estudio detallado sobre eso para ver si era factible y podían obtener beneficios una vez las obras realizadas.

Cuando Adam salió del despacho, Ángelo llamó a Estrella, estaba deseando oír su voz.

—¡Hola preciosa!, ¿qué tal estás hoy?

—Estoy bien, algo cansada de ayer, pero bien, gracias y ¿tú?

—Pensando en ti a todas horas. Aún no he empezado la ristra de papeles que tengo delante de mí, pero quería oír tu voz antes y darme ánimos. Además, te llamo para ver si te has arrepentido de lo nuestro —y se lo dijo en tono serio.

—No, no me he arrepentido. Me hubiese arrepentido de no haberlo hecho. No siempre tiene una a un hombre alto, rico, sexy y guapo en su sofá —él se rio con ganas—

—Deja que me lo voy a creer, para ser lunes. Tampoco un hombre tiene en sus brazos toda la noche a una mujer preciosa.

—Gracias adulador. Pero así aprovechas y trabajas activamente con tu ego toda la mañana — bromeó con él.

—Yo siempre trabajo activamente... con todo— dándole un doble sentido erótico a la frase—

—Eso lo sé por experiencia propia. Eres bueno.

—Y tú la mujer más graciosa que he conocido. Bueno. Te llamo para que me des una cita para la fiesta de mis padres. La haremos en la casa de la abuela, allí se hospedarán un mes, así que elegiremos uno de los días que no tengas nada en tu agenda.

—Ya lo vemos— y abrió su agenda— ¿Te viene bien quedar el miércoles y le echamos un vistazo? A las once de la mañana tengo libre para atenderte bien. Y así consulto la agenda para el día de la fiesta y vemos los días libres que tengo. A lo mejor te encuentro un viernes o sábado que son mejores días para una fiesta. Esto lo haré por tu abuela, que me cae fenomenal.

—Claro, mi abuela quiere casarme contigo. Por eso la tratas bien.

—No creo que eso sea posible—dijo riendo con ganas— porque no eres de los que se casan. Y lo hago por ella, porque me cae muy bien, no todo es por ti, guapo. Es una gran mujer.

—En eso te doy la razón. La quiero mucho. Es lo único que tengo en Nueva York de familia.

—Por eso y nada más te atenderé bien y porque te quiere mucho— seguía bromeando con él y a Ángelo le encantaba.

—Sé cómo me atiendes.

—Ahora eres tú el gracioso. No juegues con las palabras, bobo.

—Pero si tú no paras de jugar con ellas. Hasta el miércoles, encanto. Estoy deseando verte nena. No trabajes mucho.

—Hasta el miércoles, guapo.

Y se despidió de ella riendo a conciencia. Esa mujer te devolvía los golpes. Se sentía feliz y animado y empezó a trabajar con ahínco. Se le iba a hacer largo hasta verla el miércoles.

Al día siguiente martes, entró Adam en su despacho a última hora de la tarde con la carpeta de Estrella en la mano y se la puso delante.

—Primero, los precios que le cobramos por el local y el apartamento son los normales, que cobramos, Ángelo. No se le está cobrando de más. Y en cuanto a su empresa, le da beneficios. No son excesivos, pero los suficientes como para vivir bastante bien. Ella no gasta mucho, ni compra ropa de marca ni joyas, ni tiene aires de grandeza. Es sencilla y lleva una vida humilde. No ha tenido vacaciones desde que llegó. No se le conocen hombres desde hace dos años, es trabajadora y perfeccionista y muy independiente. Los que trabajan con ella, están bien pagados y hablan de

ella con adoración. Se ve que alquiló el piso, porque estaba debajo el local y ahorrar tiempo. Lo que te contó de España, es cierto también, así que es una chica trabajadora e inteligente y es guapa, ¿eh?

O sea que no le había mentido y todo era verdad. Le iba gustando cada vez más. Era una chica sincera. Lo sabía.

—Gracias Adam. Quiero que redactes dos nuevos contratos. Le rebajes el piso y el local. El local le rebajas dos mil dólares y del piso quinientos.

—¿Te has acostado con ella?— como no tuvo contestación, afirmó— ¡te has acostado con ella! Angelo, ten cuidado, puede que se ofenda y crea que le estás pagando. Tienes que tener mucho tacto al hacer esto con una mujer como ella. Piensa cómo hacerlo. Yo redacto los contratos, pero elige bien las palabras. No lo estropees. Si no piensas salir más con ella, no lo hagas. Es un consejo de amigo. También puedes esperar por si sales con ella en plan serio. Sería lo más inteligente. Espera un poco. No seas tan impulsivo. No hay prisa por nada. Yo te recomiendo que esperes a ver qué tal va la relación y luego actúas en consecuencia. Bueno, me voy, que he quedado en recoger a Tiffany en el trabajo.

—Hasta mañana —dijo Angelo— y gracias por el trabajo y el consejo.

—De nada amigo.

Pensó en las palabras que su amigo le había dicho, y en ella. Puede que se ofendiera si le bajaba el precio y no seguía saliendo con ella, pues iba a creer que le estaba pagando un favor y sentirse mal.

Iba a esperar de momento a ver qué pasaba. Pero sabía que esa mujer era íntegra, pagaba cuando le correspondía y no tenía problemas con nadie.

Sus clientes quedaban totalmente satisfechos y era inteligente y trabajadora, y necesitaba estar dentro de ella cuando recordaba la noche del sábado.

Cuando estaba con otras mujeres, se acostaba con ellas y se terminaba ahí, pero con Estrella, necesitaba volver a repetir, poseerla una y otra vez y sentir su cuerpo pequeño bajo el suyo, hablar con ella, acariciar su piel, olerla, tener una conversación interesante... Pero sobre todo tenerla de nuevo dentro de su cuerpo.

Puede que si volvían a repetir, se la sacase de la cabeza y no siguiera pensando en ella continuamente.

El miércoles a las once estaba en su despacho, vestido con un traje gris, caro y a medida, camisa gris de seda y corbata roja. Estaba impecable.

La secretaria lo anunció y entró en su despacho dejando el olor de su colonia cara en él. Estrella se levantó a modo de saludo, pero él rodeó la mesa del despacho, la cogió en volandas y la besó apasionadamente.

Ella le correspondió. No se lo esperaba. Creía que todo había terminado aquella noche.

—Bájame, que puede entrar alguien y vernos —toda azorada, pero contenta.

—Que entre —sin importarle nada.

—Tengo una reputación que conservar y no me gustaría perderla. Anda siéntate y hablamos del tema.

Llegaron a un acuerdo al cabo de una hora de presentarle los productos. Él le dio un anticipo y firmaron el contrato.

Sus padres volvían de Italia al cabo de una semana y la fiesta sería un viernes en dos semanas. Habría cerca de cien personas.

Iba a ser un trabajo arduo, pues habría mucha gente y tendría que empezar a preparar la comida el viernes casi de madrugada.

—¿Cómo tienes la agenda esta semana?— cambiando de tema para poder verla.

—Tengo el domingo libre solamente y me levantaré tarde supongo, ya que tenemos una fiesta el sábado por la noche.

—¿Quieres que vayamos a comer y demos un paseo? Si quieres podemos ir a Central Park.

—¿Quieres quedar de nuevo conmigo? Eres el hombre que no sale más de una vez con una chica.

—Tú, no eres una chica, eres una mujer especial, ¿qué me dices?

—Está bien, ¿quedamos sobre la una?

—Te recojo en tu casa, comemos por Manhattan y luego vamos al parque.

—Estupendo. Me gusta el plan. ¿Podemos echarles comida a los patos?

—Guasona...

Cuando se fue hizo igual que cuando entró, la tomó en sus brazos, la besó apasionadamente, y se fue sonriendo, cerrando la puerta y dejándola anonadada.

Era un enigma para ella. No sabía qué pensar. Creyó que sólo iba a tener con Ángelo la noche del sofá y nada más, pero por lo visto, se equivocaba.

Él estaba dispuesto a seguir saliendo con ella. Y eso le animó el día, porque se sintió distinta a las otras mujeres.

La semana pasó rápida, tuvieron cuatro eventos y una cena y el sábado llegó a casa a las tres de la mañana, después de que dejaran todo recogido para el martes volver a empezar.

Durmió hasta bien entrada la mañana del domingo. Cuando se levantó, limpió un poco la casa, hizo la colada y sobre las doce se duchó, se lavó el pelo y cuando tenía el albornoz puesto, abrió el armario, pensando qué ponerse.

En una hora llegaría Ángelo y tenía que elegir entre su guardarropa. Ahora que tenía más ropa, tampoco sabía qué ponerse. Y eso que tenía lleno el armario.

Llamaron a la puerta. Era demasiado pronto para que fuese él. Miró por la mirilla y allí estaba, una hora antes y ella aún en bata sin nada debajo. Abrió la puerta:

—¿No habíamos quedado a las una?— preguntó confundida.

—Quería encontrarte así. Cerró la puerta y la tomó por la cintura. Echó su pelo hacia atrás y le dijo al oído, mientras ella temblaba:

—No tiembles, dime qué llevas debajo.

—Nada. No me ha dado tiempo. Estaba abriendo el armario...

—Por eso me he adelantado.

Y metió la mano por la bata, tocando su sexo húmedo, abriendo sus pliegues y besando sus pezones a través de la bata.

La tomó en brazos abriéndole las piernas. Con una mano la sujetaba por la cintura contra la pared y con otra se bajaba los pantalones y se ponía un preservativo. Entró en ella con un empujón rápido y profundo y ella gritó de placer.

Entraba en ella como un hombre perdido buscando su camino. Sus movimientos eran rápidos y profundos y sus respiraciones iban a mil por hora jadeando, hasta estallar de placer. Arrimó su cabeza a la de ella y la besó una y otra vez.

Cuando se recuperaron, él se vistió.

—Si llego a saber que me ibas a dar esa bienvenida me hubiera puesto algo más sexy, pero no

he tenido tiempo —dijo ella satisfecha.

—Más sexy que desnuda no hay nada, nena. Ya casi es la una y no estás vestida —le reprochó

—De quién será la culpa...

—¿Tienes alguna queja?

—Ninguna, de momento, guapo.

—Me gusta que me llames guapo.

—¡Ay Señor!

Ángelo llevaba puesto unos pantalones de vestir grises estrechos de corte italiano y una camisa también gris.

Así que ella se puso un vestido estrecho hasta la rodilla de color verde esmeralda de punto y unos zapatos de tacón no muy alto con plataforma para estar más cómoda. Tomó el bolso y se dejó el pelo suelto. Se maquilló como siempre, natura

Le pareció una mujer preciosa con un brillo en los ojos que era por el momento que habían compartido y se sintió vanidoso.

Se había dejado el pelo suelto para él. No llevaba ropa de marca, pero no la necesitaba. La tomó de la mano y antes de salir, la besó.

—¡Estás guapísima! Me gusta cómo vistes.

—Gracias.

—Te voy a llevar a mi sitio favorito a comer. Ya verás que te gustará.

—No será muy caro, ¿no?

—No te preocupes. De eso me encargo yo.

—Lo digo porque no quiero desentonar con este vestido. Puedo cambiarme.

—No quiero que se fije nadie en ti, solo yo. Así estás muy bien.

—Vaya, vaya con el italiano.

—Me encanta mi española.

No la soltó de la mano en todo el camino. Él era mucho más alto que ella incluso con tacones le llegaba a los hombros.

Ángelo se sentía feliz con ella y Estrella no quería despertar de ese sueño maravilloso que estaba viviendo con él. Era sorprendente, atento, bromista y educado.

Apasionado como nadie que hubiese conocido, parecía saber qué le gustaba sexualmente y no quería nada más por ahora. Sólo vivir el momento. No le pedía promesas que él no podía cumplir. Sabía que eso iba a durar quizá unas semanas, pero no le importaba.

Solo le daba miedo enamorarse de ese hombre, porque ella era una romántica. Y porque si se enamoraba, iba a sufrir mucho y no podía permitirse ese lujo con su empresa en plena expansión de llevar los temas emocionales al trabajo, ni que estos influyeran en el mismo. Hasta ahora, había estado centrada en su empresa y no quería que eso cambiase un ápice.

La llevó a un restaurante italiano íntimo y acogedor. El dueño, lo conocía, lo saludó y le indicó una mesa para dos en un rinconcito al lado de una ventana donde podían ver la calle.

—Me gusta la luz y las mesas al lado de la ventana — Se sintió emocionada. El sitio era precioso.

—Pues entonces he dado en el clavo.

—Sí. Me encanta. Gracias por invitarme.

—No seas tonta. Tenía ganas de salir fuera contigo. Vamos a pedir —dijo Ángelo tomando la carta.

—Te dejo la elección a ti. Me gusta toda la comida italiana. Pero no pidas espaguetis. Dicen que en una primera cita no se pueden comer espaguetis.

—¿Qué cosas tienes mujer!... Vamos a pedir, menos espaguetis— dijo riéndose con sus cosas. Pidieron lasaña al horno y ensalada. De postre tarta de chocolate. Él se pidió un vino y ella una cerveza. No le gustaba para anda el vino.

Y decidieron tomar el café más tarde cerca del parque. Quisieron ir andando dando un paseo hasta llegar al parque.

Lo recorrieron un rato y cuando encontraron un sitio bonito, se sentaron en un banco. Él le echó el brazo por encima y contemplaron la gente que pasaba.

De vez en cuando la besaba en el pelo o en la boca. No solía hacer eso casi nunca. Parecía un adolescente.

Se estaba bien allí con ella. No recordaba cuándo se había sentado en un banco de un parque y menos con una mujer que tenía la cabeza sobre su pecho.

Como mucho trabajaba y salía a cenar con ellas. Iban a sitios caros en su deportivo o a tiendas en las que ellas admiraban en los escaparates de la Quinta Avenida las joyas o vestidos.

Pero él no regalaba joyas ni nada caro a ninguna mujer, nada que no fuesen flores o bombones. Era rico, pero cada uno debía pagarse sus caprichos.

Era una norma que también tenía con las mujeres. No dejaba que pagasen nada, las invitaba a cenar o a comer, pero no compraba nada que fuese un capricho caro como joyas.

Con ella, sentado en el banco del parque al lado del lago, mirando los patos, se sentía como un adolescente.

—¿Traes aquí a algunas chicas?

—No, para nada, dijo riendo mientras la miraba a los ojos.

—¿Y eso es, por qué, no les gusta el parque y la tranquilidad o es que son más exclusivas?

—Lo segundo— besándole el pelo mientras miraba la lejanía.

—Vaya, a ti tampoco te gusta y yo te he traído.

—No he encontrado hasta ahora con quien venir. Si vengo es solo a correr algunos fines de semana temprano. Pero no sufras estoy muy bien aquí contigo mirando los patos.

—¿Y me subirás a los toboganes?

—Calla anda, no seas tonta. Eres una chica irónica.

—¿En serio estás bien?

—Sí no lo estuviese no te habría llamado. Me encanta estar así contigo.

—Ya sabes que no nos debemos nada.

—Lo sé. Nadie me ha obligado a nada. No te subestimes y no le des tantas vueltas. Disfruta de este día.

—Vale, no lo haré.

—No quiero oír eso más, eres una mujer con valores y me gustas— y la besó y quedaron un rato en silencio. Y ella se quedó más tranquila.

—Mira Ángelo, helados, ¿quieres uno? Le dijo toda emocionada porque vio un hombre con un carrito de helados que le recordaron su infancia.

—No te muevas, yo voy.

—Si me da igual. Yo puedo ir también.

—No te dejaría. ¿De chocolate?

—¿Qué bien me conoces! Y de cucurucho.

¡Qué cabezota es!— Pensó ella —no le dejaba pagar nada y eso la hacía sentirse incómoda, pero era parte de él hacerlo.

Mientras iba a por el helado se quedó sola en el banco mirando cómo le gustaba su forma de andar elegante y segura.

Era un hombre seguro de sí mismo, con un cuerpo espectacular y una boca de infarto. Ese pelo negro como el carbón. Cada vez le gustaba más. Cuando lo estaba mirando, se paró un chico joven a su lado y se sentó en el banco.

—¡Hola!, parece que estás muy sola. Me llamo Jonás.

—No, no estoy sola, mi novio ha ido a por un helado— señalándolo—Encantada, me llamo Estrella.

—Qué pena, me hubiese gustado conocerte. Me gusta tu pelo. Me gustan las morenas de pelo largo y tú eres muy guapa. Tienes un pelo precioso.

—Gracias, y lo siento mucho, en otra vida, será...

Mientras el chico le hablaba, eso sí educadamente pero adulándola, vio por el rabillo del ojo cómo venía Ángelo con dos helados y ella se rio por un comentario del chico joven, pero él venía con cara de pocos amigos.

—¡Hola! ¿No te importa dejarnos a solas? Es mi novia.—

—Tienes suerte. Es preciosa. He llegado tarde. Encantado Estrella.

—Adiós Jonás, suerte.

Cuando se hubo ido, él le dio el helado y ella le dio un buen lametón.

—¡Ummm, qué rico! Y le dio un beso en la boca a Ángelo.

—¿Estabas ligando? ¿Me voy un minuto y ligas con chicos jóvenes?

—Sí. Era guapo, ¿verdad? —Juguetona.

—Eres muy mala, ¿lo sabes?

—Y tú muy tontillo. ¿Por qué le has dicho que soy tu novia? Me ha hecho gracia. Estabas celoso...

—No me hizo gracia verte con otro.

—Pero si el chico era muy educado y estaba sola. ¡Ven tonto, dame un beso!

La tomó posesivamente y la sentó en su regazo, y la beso tan apasionadamente que le faltaba la respiración. Era un hombre apasionado, de sangre caliente, como decía él.

—Creo que estás un poco loco —le dijo sonriéndole.

—No te muevas mucho, que me estás excitando y no voy a poder andar.

—Eres de lo que no hay.

—Te deseo. No tengo la culpa de eso. Te haría el amor sin parar durante días.

—Además exagerado.

—No te rías de mí, Estrella, que es cierto, toca si quieres....

—Estás loco, ¿cómo voy a tocarte aquí entre la gente?

—Sería erótico ¿no?

—Sería escandaloso y nos echarían del parque.

—Venga si es sólo un poquito. O...

—¿O qué?

—O te las verás conmigo.

Se levantó corriendo mientras él la perseguía por el parque hasta darle alcance. La echó sobre la hierba y jugaron y reían como adolescentes hasta que le dolía la tripa.

—Por favor, para, parecemos adolescentes —dijo Estrella que ya no podía reírse más.

—Me gusta este momento contigo. Mientras la aplastaba con su cuerpo.

Para Ángelo, algo tan simple como pasar la tarde en el parque y pasear con ella, estar sentados en un banco, jugar y luego ir a tomar un café, abrazarla y besarla, cogerla de la mano o del brazo, le hizo sentirse como un chico joven. Se sintió vivo, como hacía tiempo que no se sentía.

Quería llevarla a su casa y enseñársela. Le propuso llevarse comida de camino y cenar allí. Como estaban algo lejos, tomaron un taxi, compraron comida china y fueron a casa de él.

Cuando ella entró en ese inmenso ático, lo que más le gustó fue la terraza, con piscina, jacuzzi y con plantas preciosas que daban un olor maravilloso. Desde allí se veía el río Hudson.

—¿Comemos en la terraza?— le dijo a ella que estaba anonadada mirando la gran terraza con esas espectaculares vistas.

Él sabía que esa parte de su ático era la que más le iba a gustar y le gustaba que ella mirara todos los rincones de su casa. Era curiosa.

Es enorme. Podrías perderte tú solo aquí, niño.

—Si me perdiera contigo, no me importaría.

—Tontorrón —y lo besó.

El dormitorio era más grande que su apartamento y era maravillosamente blanco y azul. Pulcro e impecable. Se miraron y pensaron lo mismo. Él la abrazó por la cintura.

—Primero comamos o tendré que comerte ahora mismo.

—Italiano loco...

La cena fue maravillosa, con la brisa que daba a la terraza. Luego él sugirió darse un baño en la piscina, que aunque no era muy grande, era lo suficiente como para dar unas cuantas brazadas.

Se metieron desnudos, la sensación era exquisita y él estaba excitado cuando ella se acercó a él. En ese momento se sentó en el borde y Estrella se acercó a su centro y fue consciente del poder que tenía sobre ese hombre guapo y sexy. Tocó su sexo y fue bajando su pequeña cabeza y metió su sexo en la boca.

Ángelo no se lo esperaba y sintió que se moría. Ella lo amaba de aquella manera como nadie.

Su sexo aterciopelado grande y duro, se rendía a los movimientos de la boca de ella, la sujetaba por la cabeza y echando la suya atrás y gimiendo, gritó su nombre y se rindió totalmente a ella.

—Dios, nena —mientras recobraba la respiración.

Luego le tocó el turno a Ángelo, pero la llevó al jacuzzi y lamió su sexo y chupó hasta que ella alcanzó un orgasmo que la dejó sin respiración.

Jugaron un poco en el agua y se abrazaban. La cogía y la tiraba al agua. Ella era muy divertida.

No entendía cómo no tenía mil hombres a su lado. Como pareja, era divertida, graciosa, irónica y además tenía inteligencia. Y estaba muy bien. Y sobre todo, lo más importante, nunca se había quejado por nada. Y era una luchadora.

Y no lo acosaba a llamadas. Al contrario, le dejaba su espacio y la iniciativa. Quizá el que una mujer no lo persiguiera, hacía que le gustara ser él, el que anduviera tras sus huesos.

Salieron del jacuzzi y arropándola con una toalla, la secó y la llevó a su cama, en la que nunca había dormido ninguna mujer. Le pareció lo más normal del mundo en ese momento y allí le hizo el amor hasta caer rendidos.

Cuando se recuperaron, era ya muy tarde y ella dijo que se iba que tenía que madrugar.

Él insistió en acompañarla.

Ella le dijo que tomaría un taxi, pero no la dejó. Cogieron su coche y la dejó en la puerta del edificio, dándole un gran beso.

—Te llamaré.

Salió del coche y se metió en el edificio. Ella sabía que por su parte no lo llamaría. Los pasos los tenía que dar él. Ella no quería ser pesada, ni que pensara cosas que no eran.

No era como las demás mujeres que acosaban a llamadas a los hombres. Se mantenía en su sitio

Era anticuada en ese sentido y le gustaba que el hombre tomara la iniciativa y la buscara a ella.

Además, con Ángelo, nunca se sabía si te iba a llamar o no. Y no pondría su corazón a prueba ni esperaba a que la llamara. Vivía al día, pero claro que quería que la llamara, ¡siempre!

Ese día habían compartido tantas cosas, que ella también se sintió una niña. Se sentía orgullosa de tener un hombre como él. Tenía una vena latina y caliente que le gustaba mucho. Eso la excitaba.

Le excitaba su cuerpo, sus ojos oscuros, y su cuerpo perfecto. Tenía un sexo grande que la llenaba por completo y cubría la piel de su sexo como si estuviese hecho para ella.

Era una pena que no terminaran en una relación larga. Lo sabía. Sabía que él cualquier día se cansaría de ella y buscaría otras mujeres.

Era como una premonición. Y sintió dolor.

No sabía si había hecho bien en abrirle las puertas de su casa y de su corazón. Era un hombre que llevaba en la frente: *problemas. Sin compromiso*. Sin embargo, no podía dejarlo si él la seguía llamando. Era una droga para ella.

Era un hombre con experiencia en el sexo y ella era una alumna aplicada que lo seguía y respondía a su cuerpo como él la enseñaba. Con una naturalidad tremenda.

Tampoco quería dejarlo. Apenas habían salido un par de días y no habían dicho nada de compromisos, salir ni nada por el estilo.

Habían sido dos citas más bien. Dos citas sexuales, las mejores citas que había tenido en su vida con el mejor hombre que había conocido en su vida.

Iba a esperar que él volviera a llamarla. Se lo había dicho y ya verían. Lo veía ilusionado y ella también lo estaba y lo pasaba bien con ella.

No debería pensar tanto y disfrutar más de lo que la vida le ponía en bandeja, como él le dijo en el parque. Debía de dejar de dar tantas vueltas a la cabeza y vivir los momentos. Si pudiera, claro, porque ella, era así, siempre protegiendo su corazón para no salir lastimada. Y eso no podía evitarlo.

Pero, lo intentaría. Debería dejarse de tonterías y pasar el mayor tiempo posible con Ángelo. Con ella se portaba bien. Ella no podía reprocharle nada. Tenía una vida y ella tenía la suya y mientras estaba con ella, no lo había visto con otra que ella supiera.

Ese era otro tema. Si se acostaba con ella, no quería pensar por un momento que compartía la cama con otras mujeres cuando no podía salir con ella.

Y eso sí que tenía que dejárselo claro si seguían saliendo así. Compromisos no, pero compartir mujeres, tampoco. Ella no era una de esas mujeres.

Cuando estuviera con ella, debería serle fiel. Y si no estaba de acuerdo en eso, lo dejaría sin ningún miramiento.

Por eso no pasaría. Bastante doloroso le resultaba ya que la historia fuese a tener un final, como para que la historia fuese de más de dos protagonistas. Así que debía hablar con él en serio y pedirle al menos fidelidad si eso seguía así, si iba a su casa de vez en cuando, no iba a ser solo a tener sexo cada vez que Ángelo le pareciera. Ella no estaba dispuesta a eso.

No le pediría una relación, pero sí fidelidad el tiempo que estuvieran juntos, sí, o en último caso, qué pretendía con ella.

Ella era una chica seria en cuestión de relaciones. No pretendía llegar más lejos, si llegaba, estupendo, pero no se conformaría con una sesión de una noche y cuando quieras me llamas guapo.

Estrella no era de esas, ni de las que él tenía a mano cuando quería. Ni de las que él llamaba amiga. No se sentía a gusto con ese tipo de hombres ni de relaciones de una noche, por eso,

algunas veces Ángelo, la desazonaba, porque no habían hablado del tema. Tampoco había pasado el tiempo suficiente para ello.

Lo más seguro era que él estuviera probando algunos días a ver qué tal le iba con ella, pero el hecho de que nunca ninguna mujer había dormido en su cama, ni se había quedado a dormir con mujeres, le hacía ilusionarse en pensar que ella era diferente al resto y que podía llegar a gustarle.

A ella, le gustaba Ángelo. A veces, fijaba sus ojos profundos en la lejanía y le gustaría saber qué pensaba, pero le dejaba su espacio.

Nunca le gustaba llamar a los hombres o agobiarlos. Nunca lo había hecho, eran ellos, los que la habían llamado siempre. Quería esa independencia.

Pero cuando pensaba en Ángelo, sabía que si eso duraba un poco más iba a enamorarse de él irremediamente y lo iba a pasar mal, porque nunca jamás tendrían una relación que llegase a buen puerto. Y era puro fuego en su cuerpo. Nunca había sentido una química como la que tenía con Ángelo

Se lo había dejado claro y ella, no le pedía más, pero su intuición, se lo decía. Algún día, se cansaría de llamarla y se quedaría sola y perdida. Sin embargo, no iba a dejar de vivir los momentos que la vida le ofrecía con ese hombre. No solo por su cuerpo.

Era divertido, entendía su ironía y era cariñoso y apasionado. Quería que ella viera cosas que no había podido disfrutar y sentía que a veces la protegía, aunque ella no lo necesitara. Nunca lo había necesitado, pero le gustaba su hombro para descansar su soledad.

Era una trabajadora y no quería desviarse de sus propósitos por cuatro noches alternadas de sexo, aunque el sexo fuese bueno, no, le gustaban los compromisos, algún tipo de ellos.

No pedía anillos de compromiso, pero sí una relación seria, durara lo que durara. Respeto y fidelidad. Y si él no estaba dispuesto, mejor que no la llamase. Ella también tenía normas, como todo el mundo, como Ángelo y no pensaba saltárselas.

Ya había probado lo bueno que era en la cama y con eso, aunque ella sabía que no era suficiente y que lo deseaba, tendría que olvidarse de ese hombre sexy, por más que lo sintiera. Y lo iba a sentir, pero más sentiría no ser consecuente con sus ideas.

CAPÍTULO 5

La semana pasó rápido. La llamaba por teléfono a diario por la noche y hablaban hasta cansarse, bromeaban o se contaban cosas del trabajo, de su vida, anécdotas juveniles o de la Universidad.

Le mandaba mensajes al mediodía y hasta un día recibió un ramo de flores, esta vez rosas rojas. En uno de los mensajes le comunicó que sus padres ya habían llegado de Italia y se alojaban en la casa victoriana de la abuela.

Él pasaba a diario después del trabajo a cenar con ellos y luego, o volvía a casa o si se le hacía tarde o estaba cansado, se quedaba a dormir en casa de la abuela.

El fin de semana no pudieron quedar pues ella tenía eventos y cenas desde el jueves al domingo. El lunes lo tenía libre por fin para descansar.

Era normal cuando trabajaban todos los fines de semana. El lunes sólo estaba en la empresa, la secretaria y recepcionista para tomar notas o dar citas. El resto del personal, no iban hasta el martes, a no ser que los lunes tuvieran eventos. Entonces se reunía el personal y ella dejaba al menos un día libre en la agenda para el descanso, e iba alternando a los trabajadores para que todos tuvieran dos días libres a la semana, menos ella, que sólo se tomaba uno o dos según el trabajo.

Si el domingo no trabajaba, entonces iba algunos lunes al despacho para adelantar trabajo, o se quedaba en casa si estaba muy cansada y se levantaba tarde. Si iba, era solo por la mañana y descansaba por la tarde.

Y el martes, empezaban la semana con recibir los pedidos y hacerlos también y limpieza a fondo y preparativos para la semana.

No tenían una agenda fija, todo dependía del trabajo. Pero todo lo llevaba estructurado a la perfección en un cuadrante, que colgaba semanalmente para la semana siguiente, de lo que había que hacer y del personal de esa semana, y esto último se lo enviaba por mensajes a los implicados, por si tenía que hacer cambios.

Los cocineros que tenía contratados eran eficientes y limpios que era lo que ella exigió siempre. Si venía algún cliente o alguna inspección, no quería problemas.

Aparte tenía una persona que ayudara a tener la cocina siempre limpia, porque sabía que los cocinero, tenían mucho trabajo.

Algunas veces tuvo unas entrevistas de revistas de cocina y tuvo que atenderlas y enseñarles su trabajo y las cocinas y le hicieron fotos. Era una promoción y una publicidad estupenda para ella y para su empresa.

Angelo se tomó la tarde del lunes libre para estar con ella, ya que llevaba casi una semana sin verla y la echaba de menos. Quería hacerle el amor hasta hacerla enloquecer de placer. Solo de pensarlo se excitaba. Y quería abrazarla y besarla y acariciarla y sobre todo verla.

Y una semana sin verla y sin sexo, era mucho tiempo para él, pero no buscaría a otra que no fuese ella. Además no era de los hombres que estaban con más de una a la vez aunque ella podría pensar que sí. Una cosa era que saliera con muchas mujeres, pero a la vez nunca.

Y menos con Estrella. Se merecía un respeto y lo que era más importante, ni le apetecía ni pensaba en estar con otras mujeres. Y eso lo sorprendía por primera vez en su vida y no se reconocía.

Pasaron la tarde sin salir de casa de ella haciendo el amor de mil formas distintas.

—Eres incansable, me vas a matar. Entre la empresa y tú, voy a tener que tomarme un mes de

vacaciones en la playa sin nadie.

—Es tu cuerpo el que va a matarme. Te he echado de menos y no me canso de ti. Deja que descansa un poco y te demuestre mi aguante. No me reconozco, en serio, Estrella, nunca he echado de menos a nadie como a ti. Y no nos hemos visto en una semana. Esto no es vida.

—Primero necesito comer algo, italiano, o no tendré fuerzas para nada más. Llevo una semana de trabajo estresante y tengo cansancio para un mes seguido.

Preparó la cena y cenaron en ropa interior. Era terrible, terriblemente guapo y bromista. De pronto lo miró y supo que se había enamorado de Ángelo como una tonta loca y romántica. Pero no pensaba decirle nada, nunca. Ese sería su secreto, porque sabía que si se lo decía, lo perdería para siempre y no estaba preparada para ello aún.

Lo que no quería que pasara, había pasado y luego sufriría, lo sabía bien. No sabía cuánto iba a durar eso. Menos de lo que pensaba, seguro. ¡Dios!, y ¿qué iba a hacer cuando él la dejara?

Tendría que seguir adelante con su vida. No había más. Ya era una mujer, no una adolescente. Pero entonces, ¿por qué se había enamorado como una tonta? Por más que se lo propuso, había pasado. No había podido evitar ser inmune a Ángelo.

No quería que aquello acabara jamás. O al menos por ahora. No quería dejar de verlo, ni de hacer el amor con él, ni de jugar o bromear, de compartir sus problemas y su vida con él. Lo necesitaba. Necesitaba sus manos, sus charlas al teléfono y los días libres que tenían.

Había traído un aire fresco y vida a su vida. Y le costaría dejarlo libre. Tendría que hacerse a la idea de que terminaría algún día, esa relación o lo que tuvieran, porque no le habían puesto nombre y no sería ella la que se lo pusiera.

Se quedó a dormir con ella esa noche también y se levantó temprano el martes para pasar por su casa e irse a la oficina. Ella, durmió un poco más con el olor de él entre las sábanas. Y nunca le diría lo que tanto ansiaba decirle. Ella no se mordía la lengua nunca.

Era sincera y franca y afrontaba cualquier problema, menos ese problema emocional que no sabía manejarlo y lo mejor si uno no sabía, era dejarlo tal cual estaba.

Cuando llegó el viernes, el día de la fiesta para los padres de Ángelo, llegaron a la casa victoriana como la vez anterior, al mediodía para colocar todos los productos y dejarlos preparados para la hora de servir.

Saludó a Carla efusivamente y con un gran abrazo.

—¡Hola Estrella! ¡Cuántas ganas de verte!, ¡qué guapa estás!

—Gracias señora Carol, usted también como siempre.

—Ven, que voy a presentarte a mi hijo y a mi nuera, ya que la fiesta es por su aniversario.

Y les presentó a los padres de Ángelo.

Intercambió una conversación con ellos en italiano, para sorpresa de sus padres, que eran encantadores y que estaban encantados de hablar en su idioma con alguna persona que pudiera hablarlo y que no fuese simplemente su familia.

Y quedaron muy contentos con Estrella. La abuela les dijo que sería una chica estupenda para Ángelo, pero los padres le dijeron que ya tenían una novia a la vista para él, guapísima y educada y con saber estar en Italia. Era hija de unos amigos. Y la abuela se quedó un tanto triste, porque sabía que sería una chica de la alta sociedad y ella quería para su nieto una mujer trabajadora. En eso era testaruda y le gustaba tanto Estrella...

Menos mal que Estrella no escuchó esta conversación, si no, se hubiese desmoronado. No porque supiera que iba a ser el hombre de su vida, que lo era de momento, ni tampoco iba a ser el padre de sus hijos o su marido, pero ahora que estaba tan feliz, escuchar esa conversación no hubiese sido lo mejor para su autoestima.

La abuela se desanimó un poco, porque sabía que le escogerían una novia de la alta sociedad. De las que a ella no le gustaban, pero seguro a su nieto sí.

Y a ella le gustaban más las mujeres normales y trabajadoras que hicieran feliz a su nieto, miraran por du dinero y fuesen trabajadoras y buenas.

Pero su hijo y su nuera eran más estirados y llevaban las normas sociales como una bandera.

Los trabajadores de Estrella, se dispusieron a preparar la misma sala que habían ocupado en la fiesta anterior y que daba al jardín.

Esta vez había más invitados y habían colocado un par de mesas más para los canapés, tapas, cazuelitas y pinchos que no se habían puesto en la del cumpleaños de la abuela.

Todo y todos estaban preparados para recibir a los invitados y en una media hora aquello era un hervidero de gente recorriendo el patio y los jardines. Todo estaba listo.

Empezaron a servir cuando la abuela dio su consentimiento y todos los invitados estaban encantados, saludando a los anfitriones. En un momento vio llegar a Ángelo con una pareja joven también como él.

Estaba en la sala y se acercaron y se los presentó. Su amigo Adam le dijo que era muy guapa, que su amigo había tenido mucha suerte y ella reía y compartió por unos instantes las bromas.

La novia de Adam era una chica rubia muy guapa, muy agradable y cariñosa. Adam, era tan alto como Ángelo, tenía el pelo castaño y era muy elegante y atractivo. De ojos verdes oscuros, atraía también a las mujeres.

Sin embargo, era muy distinto a Ángelo. Era cariñoso y amigable y a ella, se lo demostró.

Enseguida empatizó con él. Le cayó bien. Era el mejor amigo de Ángelo, pero era una persona adorable.

Una vez que Ángelo, Adam y su novia se integraron con el grupo de invitados y saludaron a todos, ella continuó con su trabajo. Supervisando todo, atendiendo a la abuela con su mesita particular que ya se había hecho usual en los eventos.

A Carol, que le tenía mucho cariño, la supervisaba para que nada le faltase, siempre estaba pendiente de que su mesa no estuviese vacía de surtidos.

Y la abuela, se lo agradecía y aprovechaba para hablar con ella y reírse de esto o lo otro. Le decía lo encantada que estaba con toda la comida y que era un éxito la fiesta.

Iba camino de la sala para revisar la comida de nuevo, cuando la rubia de la fiesta anterior que estuvo todo el tiempo enganchada como una lapa a Ángelo, le interceptó el paso. No la había visto antes.

—¡Hola camarera!, ¿me sirves una copa de vino blanco? —le dijo con indiferencia mirándola de arriba abajo con cierto asco desde su altura de zapatos de tacón de aguja y que le hicieron parecer una enana a su lado. Pero eso no iba a asustarla. A ella, no.

—Perdone, señorita, pero no soy camarera. —Le dijo con una gran sonrisa educadamente, pero queriéndole dar una patada en la boca— Y no sirvo a nadie. Las bebidas las están sirviendo los camareros y las camareras sirven la comida. Yo soy la supervisora, nada más —Le contestó educadamente.

—¿Te crees muy lista eh? He visto cómo lo miras, pero es mío. Salimos todas las noches, me llama constantemente y nos acostamos juntos. La última vez, anoche.

—No sé a qué se refiere señorita. Si me deja pasar— le dijo con modales elegantes y una sonrisa en la boca y con ganas de darle un buen guantazo a aquella engreída.

—Lo sabes muy bien, ¡Déjalo en paz si sabes lo que te conviene! —con un tono amenazante que no le gustó nada.

—Si sabes lo que te conviene, me vas a dejar pasar a hacer mi trabajo o te daré un puñetazo

en toda la boca. ¿Quién te crees que eres? Si fuese tuyo, no tendrías que venir a recordarme a mi nada. Estarías segura de que es tu hombre. Yo lo estaría si fuese mío un hombre como ese.

No quería que los nervios la traicionaran, pero lo que le dijo la rubia, le hizo daño. Si fuese verdad eso que le dijo, lo suyo con Ángelo se habría acabado antes de empezar.

Mientras hablaban Estrella sonreía y la rubia estaba iracunda.

Ángelo miró como conversaban y sabía lo dañina que podía ser Miranda. Algo le estaba diciendo a Estrella y sabía que se avecinaba tormenta.

Conocía a Estrella un poco y sabía que estaba enfadada o lo peor, dolida. Pero tenía un saber estar que envidiaba. Ya lo quisiera él para su carácter impulsivo.

No dejaba de mirarla. Estaba encantadora con todo el mundo. La rubia no se apartaba de Ángelo y pasó toda la noche toqueteándolo. Y él no hacía amago de apartarse o eso le pareció a Estrella, y eso sí que le dolía.

Si hubiese sido ella, hubiese puesto en su lugar a cualquier hombre, de forma directa y en un segundo y no creía que a Ángelo esa situación le gustase y sin embargo ella tuvo que aguantarla toda la noche.

Por otro lado, ella no era nadie para reprocharle nada a Ángelo, pero sí que tenía que poner algunas cartas boca arriba y sería la próxima vez que se vieran. Ya había tardado demasiado en hablar con él.

Una cosa es que ella no le pidiera nada y otra que lo compartiera con otra mujer. Por ahí no estaba dispuesta a pasar con nadie, ni siquiera con él por muy enamorada que estuviese.

Y menos con un niño rico y playboy que dejaba que una mujer lo tocara delante de otra con la que se estaba acostando. Lo veía con sus propios ojos y eso sí era real. Y no le gustaba nada.

La noche fue espantosa para ella. La rubia le había amargado la noche por más que ella intentaba ser positiva. Pero había gente tóxica que envenenaba con sus toxicidades y ella no era inmune al veneno.

Deseó que todo acabara pronto, aunque tuvo que poner su mejor cara y el único consuelo que tuvo fueron los momentos que pasó con Carol.

Cuando terminó todo y recogieron, recibió su cheque de la parte que le quedaba por cobrar, de parte de la abuela.

Se la dio el mayordomo, como la última vez ya que tanto la abuela como toda la gente, se había retirado y solo quedaba ella, echando un último vistazo, como solía hacer habitualmente antes de irse y cuando los trabajadores habían recogido y se habían ido. Incluso Ángelo había desaparecido y le había dejado el cheque al mayordomo. Bien. No le gustó tampoco que no se despidiera de ella. O que no se quedara a esperarla y acompañarla a casa.

Él sabía que ella se quedaba hasta que todo estaba recogido y repasaba su trabajo. Bien, pues nada. Adiós Ángelo. Pásalo bien con la rubia.

Hasta ahí pensaba por un momento que habían llegado. Eso le pasaba por salir con quien no debía. Si ya lo había visto en las revistas, ¿qué esperaba? Nada.

Ya sabía de antemano como era, caprichoso y engreído como todos los hombres de su estilo, pero eso ya se acabó. Bueno habían sido unos momentos estupendos.

Con eso le bastaba, si no se ponía en contacto con ella, nada había que reprochar, si lo hacía, había que poner algunos puntos sobre las íes.

El sábado tuvieron que servir una comida familiar para veinte personas y una cena en una galería de arte para unas cincuenta personas.

Fue algo más ligero, pero al ser dos turnos, estaba relativamente cansada. Él no la llamó. Sabía que trabajaba el sábado y el domingo descansaba. Sabía su turno.

El domingo, a la una de la tarde la llamó. No quiso contestarle. No le cogió las llamadas en toda la tarde para desesperación de Ángelo. Recibió al menos quince llamadas.

Pero no tenía ganas un domingo de aguantar a niños ricos, por muy enamorada que estuviese.

Así que se dedicó a limpiar su casa, hacer la colada y dedicarse a su cuerpo y a descansar.

Se había llevado comida del catering y tomó algo y una cerveza y se echó por la tarde en el sofá dispuesta a ver una película romántica o echarse una siesta y estar tumbada. Sin pensar ni querer saber nada de él ni de nadie, ni pensar siquiera en nada. Estaba agotada emocionalmente y físicamente también.

A las ocho de la noche llamaron a la puerta. Sabía que era él. Le abrió la puerta en pijama y lo dejó pasar.

Entró como un huracán y era la primera vez que lo veía así de enfadado. Pero ella no pensaba echarse atrás. Tendrían que solucionar algunos puntos.

—¡No has contestado a mis llamadas!— pasándose la mano por el pelo y parado en medio del salón mirándola fijamente y en tono de reproche.

—No tenía ganas. Estoy cansada esta semana. Me duele todo el cuerpo y no me apetecía ver a nadie. Quería estar sola y tampoco me apetecía verte, la verdad.

—¿No quieres verme? ¿Es por Miranda?— le pilló desprevenido que ella le dijese que no quería verlo.

—¿Quién es Miranda?, ¿la rubia con la que sales por las noches cuando no estás conmigo y te acuestas cuando no te acuestas conmigo? —No, no es por ella. Pero no me gusta que ninguna mujer con la que hayas salido venga a mangonearme, ni a amenazarme mientras realizo mi trabajo.

—No me acuesto con ella. Ni he salido con ella. Sólo salí una noche y fue una semana antes de conocerte. Luego ella quiso ir a la fiesta de mi abuela. No sé cómo se enteró, porque yo no la he invitado ninguna de las dos veces y por educación no la eché. Pero no he vuelto a tener contacto con ella. Sabía que te había dicho algo en la fiesta de mis padres. La vi hablando contigo. ¿Qué te dijo?

Ella se permaneció en silencio mirándolo a los ojos, adivinando si era cierto o estaba mintiendo.

—Ya sé, te dijo que salíamos y que me había acostado con ella. ¿Cómo puedes creer eso! Estamos juntos y estamos muy bien.

—¿Estamos juntos?— dijo Estrella muy enojada.

—¡Maldita sea Estrella! Deja ahora el sarcasmo. Sabes que no suelo hacer esto.

—Sí, ya sé que no sales más de una vez con una mujer ni te acuestas más de una vez con ella, ni te quedas a dormir con ellas. Te doy las gracias por ser la primera que tiene el honor de acostarse más de dos veces con Ángelo Santerini y haber pasado dos noches con él.

—Todo esto por una mentira que te has creído. ¡Estás enfadada! Sé que te dijo algo que te enfadó. ¡No puedes creerla! Sólo salí a cenar una noche, ni siquiera me he acostado con ella. Luego se enteró de la fiesta de mi abuela y acudió sin ser invitada. ¿Cómo quieres que te lo diga? Seguro que te dijo algo. La vi hablando contigo, ¿Qué te dijo?

—Sí, me dijo que te habías acostado con ella la noche anterior y que salís juntos.

—Sabes que no es cierto. Yo, no me acostaría con una mujer saliendo con otra ¿Qué le dijiste?

—No sabía que estuviésemos saliendo juntos, Ángelo. Nunca me lo has pedido.

—Lo daba por hecho. No hacen falta a veces palabras. Hablamos casi todos los días y en cuanto tienes un día libre, me tienes aquí como un perro faldero. Me excitas todo el tiempo y solo pienso en ti. Y en hacerte mía. Y eso no me ha pasado con ninguna mujer.

—No estaba segura, la verdad. Tienes una forma de actuar con las mujeres y a mí, eso me confunde.

—Pues no te confundas. De momento salimos juntos. Ya veremos, más adelante. ¿Te parece bien así?

—Sí, así sabré a qué atenerme. No te pido nada más. Ya lo sabes, porque sé cómo eres y lo nuestro acabará cualquier día.

—No pienses en eso ahora, por favor, Estrella. ¡Perdóname si te he hecho daño! Es lo que nunca querría hacerte —Acercándose a ella y tomando sus manos.

—Y la besó apasionadamente y ella le respondió sabiendo a qué atenerse con él. Eso la dejaba tranquila. Menos el beso.

Cuando la besaba, perdía toda noción del tiempo y del espacio. Era arrollador, apasionado, seductoramente sexy.

—Y ahora, pequeña, vas a decirme qué le dijiste a Miranda, la rubia.

—Que o se apartaba o que le daba un puñetazo en toda la boca. Que a mí no me amenazaba nadie.

—¡No me lo puedo creer!— dijo riendo— Ven aquí, preciosa y dime qué te pasa. No me gusta verte así. No quiero que nos enfademos por una mentira.

La cogió en brazos y la sentó en el sofá. La besó apasionadamente de nuevo, explorando su boca con la lengua. Fue un beso en el que no había lugar a dudas de que estaba con ella y con nadie más. Era tranquilizador.

—Dime que estamos bien —le suplicaba.

—Estamos bien. Sólo me molestó una cosa. Que no la apartaras de tu lado cuando te estaba manoseando todo el rato.

—Fue más por educación, pero te juro que no le hice caso por mi parte. Y ahora vamos a hacer las paces. Me gustan las reconciliaciones. Y con una chica que saca las uñas más todavía. Tienes carácter y me encanta.

Hicieron las paces haciendo el amor en el sofá. El sofá se iba a hacer costumbre. Cuando terminaron, mientras estaban tumbados desnudos, él tenía los ojos cerrados disfrutando del momento de tenerla en sus brazos sintiendo su piel contra la suya. Ella le dijo:

—Ángelo...

—Dime guapa.

—Quería decirte que sólo me he enfadado porque creía que merecía un respeto, no porque quiera atarte de algún modo. Nunca te pediré nada salvo respeto. Cuando tú o yo consideremos que no queremos salir más el uno con el otro, seremos sinceros y cada uno se irá por su lado y tú podrás si quieres volver a tu vida de siempre o lo que quieras hacer y yo volveré a la mía.

—Ahora no quiero pensar en eso, estoy muy bien contigo. Me gusta sentirte así, pero deberíamos probar tu cama. Soy un hombre grande y el sofá está muy bien, pero necesito espacio para lo que quiero hacerte.

—Latino incansable.

—Es que nos vemos tan poco que tenemos que dejar trabajo hecho para cinco días. Contigo nunca me canso. Pero has sido mala y no me has contestado a las llamadas y ahora te lo voy a hacer pagar.

—Bueno, pues tendré que hacerlo a menudo, si esa es la forma de vengarte, guapo.

Y la tomó en brazos como si pesase una pluma y se la llevó al dormitorio. La tiró en la cama y se echó encima de ella, empezando por sus pechos, mordisqueando sus pezones mientras ella suspiraba y gemía y se daba a él en cuerpo y alma.

Ángelo que saboreaba su cuerpo y su sexo y ella se entregaba en un glorioso orgasmo. Sin dejarla reponerse, se puso un preservativo y entró en ella muy excitado, la cogió por las caderas elevándola un poco y la poseía como un loco, hasta que terminaron saciados y con los corazones a mil revoluciones.

El tiempo transcurría y estuvieron saliendo cinco meses más, cinco maravillosos meses en los que se veían y hacían el amor cuando ella tenía libre. Unas veces iban al ático de él, otras al apartamento de ella.

El día que tenían libre los dos, iban a cenar, al parque. Una noche la invitó a un evento y ella se puso uno de los vestidos largos que se compró y estaba preciosa.

Con él, estrenó todo su guardarropa, todo lo que se había comprado y más que se compró, porque quería que la viera guapa y bella y ella misma se sentía así para él.

La estaba transformando en todos los sentidos y él también había cambiado. Siempre estaba pendiente de ella, le llevaba flores y bombones. Y la trataba como a una reina.

En la cama era insaciable y ella, no podía ser más feliz. Siete meses duró la relación y fue la relación más larga que tuvo con una mujer.

Pero una de las noches, después de hacer el amor, él le dijo:

—Tengo que contarte algo, pequeña.

—Me estás asustando— le dijo ella preocupada, tocando su pecho y mirándolo. Estaba embobada con él—

—Tengo que ir a Italia, por trabajo. Estaré quizá un par de meses. Adam se hará cargo de la empresa. Quizá tarde más de dos meses, no sé. Vamos a hacer un gran edificio y gestionar algunos inmuebles. Vamos a expandir la empresa de Palermo a Roma también.

—Y... ¿Qué voy a hacer sin ti, guapo? Tres meses es mucho tiempo y voy a echarte mucho de menos. ¿Quieres que terminemos la relación?

—No, no quiero. Solo quería decírtelo. Es algo que tengo que hacer. Y yo también te voy a echar de menos. Pero tengo miedo de que si esto se alarga, lo nuestro se enfríe.

—Quizá sea mejor que lo dejemos cuando te vayas y puede que nos venga bien y pensemos en esta relación. Si lo superamos, bien y si no, pues habrá sido una bonita historia —dijo Estrella casi con lágrimas en los ojos.

—Estrella, no me gustaría que lo nuestro se acabara. No sé qué va a pasar y ¿si no hacemos nada y hablamos por teléfono? El tiempo dirá lo que tenga que decir. No quiero cortar así contigo ni dejar esto. No quiero que estés triste. A mí me afecta igual que a ti. Llevo más tiempo saliendo contigo que con ninguna mujer. Pero es algo que debo hacer. Es una oportunidad en el trabajo que no puedo dejar pasar, intentaré estar lo menos posible.

—Ya lo sé, tienes que hacerlo y no sé si estoy de acuerdo en dejar que esto siga su curso.

—Pues venga guapa, quiero que te animes.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó preocupada.

—En un par de semanas. Aprovecharemos esta semana para pasarla juntos. Me vendré a dormir todas las noches contigo, aunque vuelvas tarde.

En ese momento sintió que lo que se habían dicho anteriormente, no tenía ningún sentido, pues todo había terminado antes de empezar. Y se sintió, triste y desdichada y con ganas de llorar. En el fondo sabía y tenía el presentimiento de que todo se habría terminado cuando se fuese.

—Eso cambia las cosas, ¿no te das cuenta? Tres meses o más, es mucho tiempo. Para mí no, pero sí para ti. Podemos dejarlo y a tu vuelta, ya veremos. No tenemos ningún compromiso.

—¿Eso quieres? —Le dijo él preocupado.

—No es lo que yo quiera, es que quiero que seas libre. No me debes nada.

—Eres una mujer muy especial. ¿Lo sabes? Pero te llamaré. No quiero que acabemos así. Tres meses no es mucho tiempo. Si hablamos todos los días se nos hará más llevadero.

—No creo que eso sea posible, de verdad.

—No seas bobita, ya veremos qué pasa. Ya estoy preparando todo para dejarlo en manos de Adam. Hay otra cosa que quiero decirte, y es que quiero que firmes un par de contratos antes de irme. Ya están redactados.

—¿Contratos de qué? —preguntó ella intrigada sin saber con qué iba a salirle ahora.

—Hemos rebajado el alquiler del local y el de tu apartamento.

—No lo puedo consentir —dijo negándose rotundamente.

—Quiero que lo hagas y lo harás o rescindiremos el contrato. Le afirmó con total seriedad.

—No puedes hacer eso Ángelo. Eso es chantaje.

—Prueba y verás. No es chantaje. Es un regalo de un amigo que quiere ayudarte en tu empresa. No es otra cosa ni quiero que pienses en nada distinto. Acéptalo. Quiero ayudarte.

—¡Estás loco! Pero si quieres perder dinero...

—No quiero que te vayas a ofender ni lo tomes como un pago por nada. Quiero que lo tomes como un amigo que te ayuda.

—Está bien, gracias. Si es así, lo aceptaré. No me queda más remedio...

Se vieron lo que quedaba de tiempo antes de partir, todas las noches, incluso las que ella trabajaba hasta tarde. Hacían el amor y se divertían mucho.

Decidieron que dormirían en casa de ella. A ella le parecía que el tiempo volaba, y voló... y sabía que cuando él volara a Italia todo habría acabado.

Lo presentía. Y tendría que recomponer los pedazos de su corazón como caracolas abandonadas en la playa.

La última noche, hicieron el amor de forma distinta y Estrella lo notó como un fin a su relación. Ya lo sabía de antes.

Tuvo la premonición de que ya no lo vería más, al menos en sentido sentimental o lo que fuera que tuviesen.

Pero se despidieron, como cuando se conocieron, sin promesas de ninguna clase y eso era ya suficiente señal para ella.

Esa última noche, después de la despedida. Él se fue a dormir a su casa, pues debía recoger el equipaje e ir temprano al aeropuerto rumbo a Italia.

Ángelo sentía un gran vacío sin ella. Intentaría estar el menor tiempo posible y solucionar todos los asuntos para volver lo antes posible a Nueva York y a Estrella.

Se le había pegado en la piel. Ninguna mujer le había respondido como ella. Nunca le había pedido ni exigido nada y eso a él le animaba a darle todo.

Era una mujer generosa en todos los sentidos y había sido la relación más larga que había tenido y seguiría teniendo si no fuese por el trabajo, verbalmente ironizaba como nadie, era graciosa y especial. Una maravillosa mujer. Y sintió celos al dejarla sola y que pudiese conocer a otro hombre y sintió miedo por primera vez en su vida de perderla.

Se entendía con ella a la perfección, no en vano habían salido casi ocho meses, todo un record, casi un año siendo fiel a una mujer de la que no se cansaba. Pero sabía que la echaría de menos porque para él había sido demasiado tiempo.

Estaba inquieto. Sabía que era egoísta por su parte, pero no quería que ella saliera con ningún hombre.

Que le hiciera lo que él le hacía o le respondiera como le respondía a él. Se sentía enfurecido al pensar que algún otro podía tocarla.

No le había pedido nada, pero él tampoco le había prometido nada a ella. Eran completamente libres.

Ella, sin embargo, se pasó la noche en un mar de lágrimas. Sabía que había vivido una historia maravillosa y que como todas las historias, terminan y se quedaría con la parte positiva de haber conocido a un hombre maravilloso. Se había quedado sola.

Y sabía que lo estaría por mucho tiempo. Sola y enamorada. Un hombre como Ángelo iba a ser muy difícil olvidarlo.

Pero... ¿qué iba a hacer sin él, sin su sentido del humor, sin sus besos, o su forma de hacer el amor, su olor? Sobrevivir. No le quedaba más remedio.

Tenía que recomponerse y luchar por una empresa que estaba levantando sola y eso era lo que iba a hacer, trabajar como una loca para olvidarlo.

Al día siguiente de irse Ángelo, vino Adam a su despacho con los contratos de la rebaja de alquileres. La secretaria lo hizo pasar al despacho.

—¡Hola Estrella!, ¿cómo estás?

—Triste, no voy a mentirte. Lo echo de menos.

—Ya verás que vuelve pronto mujer. Nunca en mi vida y somos amigos desde el instituto, lo he visto más feliz que contigo. Y nunca ha salido tanto tiempo con nadie.

—Gracias, es un consuelo para mí que digas eso. Pero no quiero promesas. Es libre y no sé cuánto tiempo puede estar en Italia. Nos hemos dado libertad total. Siempre la hemos tenido. No quiero que haga su vida dependiendo de mí. Ya sabes cómo es. Es un pájaro libre. En esa cuestión somos completamente distintos. He salido con él porque es muy especial pero sabía que cualquier día volvería a su vida y volverá. Tengo esa sensación.

—Vamos Estrella, sé positiva. Todos cambiamos en cuanto encontramos a la mujer ideal.

—No sé Adam. Él será como siempre ha sido, lo presiento. Yo he sido sólo un paréntesis en su vida. Pero bueno... Hablando de otro tema, ¿has venido por los contratos?

—Por eso mismo. Tienes que firmarlos. Tómalos como una ayuda de Ángelo. De vez en cuando hace estas cosas.

—Así me lo tomaré. No quiero pensar que sea un pago por mis servicios.

—De ninguna manera. Eso sí me consta que él nunca lo haría. Pongo la mano en el fuego por él. Nunca ha regalado joyas a ninguna mujer. Ni regalos caros, salvo flores o bombones, nada. Pero sí que es generoso y le gusta ayudar a la gente.

—Está bien. Lo creo. Por amistad me lo tomo. Le daré las gracias de nuevo, si me llama.

Adam, sentía de verdad, verla tan triste. Era una mujer estupenda y Ángelo no iba a encontrar una mujer mejor en su vida ni que la buscara con pinzas.

Y firmaron los contratos. Por lo que a partir de ahora podría ahorrar un dinero que le vendría muy bien para el negocio y pagar los préstamos.

Había sido generoso con ella. Así le tomó ese descuento en los alquileres. No podía pensar otra cosa. Eran amigos ante todo.

—Bueno, Estrella, me voy. Te dejo mi teléfono por lo que necesites. No dudes en llamar.

—Gracias Adam. Dale besos a Tiffany.

—De tu parte. Adiós Estrella. Ya sabes, lo dicho.

—Adiós Adam.

—Le dio un abrazo y se despidieron.

—Cuando se fue Adam, cerró su despacho y durante media hora no contestó llamadas ni a

nadie. Le dijo a su secretaria recepcionista que no la molestase nadie. Que se encargara ella de todo.

Se encontraba decaída y triste y lloró, hasta que no le quedaron lágrimas. Soltó toda la congoja que la embargaba y la tristeza que le aplastaba el pecho.

Cuando pasó más de media hora, cerró su despacho y salió a dar un paseo. No tenía citas y le dijo a la secretaria que tenía que salir.

Si llamaban ya sabría ésta atenderla. Fue al parque y se sentó durante mucho tiempo en el banco, en el que habían estado aquél primer día Ángelo y ella.

Recordó cuando se comieron el helado y él se puso celoso del chico que se sentó en el banco con ella.

Incluso vio al hombre de los helados y las lágrimas le caían sin poder evitarlo.

Había sido bastante tiempo el que había salido con él, nunca había tenido ella tampoco un romance tan largo, pero para colmo, para ella había sido intenso, porque él, era intenso.

Era como un luto que tenía que sobrellevar, e intentaría llevarlo lo mejor posible, pero su corazón abatido, sabía que no eran tres meses sin verlo, serían muchos meses más.

Esos trabajos, siempre se retrasaban y Ángelo era un hombre de sangre caliente, y ella, no había sido más que otra mujer que había pasado por su vida.

Pero para ella, no era otro más. Era el hombre de su vida, que nunca sería el hombre de su vida.

Recordó entre la vida que pasaba delante de ella en el parque, si alguna otra vez, se había sentido así por algún hombre y recordó a Alberto, el primer amor que tuvo, que fue en el Instituto, el último año y con el que con diecisiete años, tuvo su primera relación sexual.

Alberto era otro chico guapo y alto al que gustaban todas las chicas. Su primera relación fue...

Tuvo que reírse, porque aquello fue fatal. Luego con las siguientes relaciones, ella empezó a tener orgasmos y a sentir y se enamoró de él. Fue el primer y el último chico del que se enamoró. Hasta Ángelo.

Pero lo de Ángelo era muy distinto, era un hombre, no un joven adolescente. Claro que no podía comparar un chico adolescente con un hombre experimentado y seguro de sí mismo. Y Alberto, había sido un compañero.

Era raro recordar la adolescencia y las relaciones sexuales de esa etapa y compararlas con esta. Ni ella era la misma, ni las relaciones tampoco.

En la Universidad también había tenido una relación con otro chico que estudiaba Telecomunicaciones, pero aquello no funcionó y estuvo dos meses con él.

Cuando llegó a Nueva York, sólo tuvo relaciones con un policía que posteriormente supo que estaba casado y lo dejó de inmediato. Apenas se habían acostado un par de veces. Sin más importancia

Y una noche que salió y conoció a un chico que estaba de paso por Nueva York. Y otro más una noche que salió de copas.

A eso, se reducían sus relaciones sexuales. Nunca le había durado más de unos pocos meses la relación más larga. Y así seguía.

Con Ángelo había pasado casi ocho meses y entre el trabajo que ella tenía, debía desquitar tiempo.

Pero había sido la relación más intensa y bonita de su vida. Ángelo era inigualable. Era un dios haciéndole el amor y era todo cuanto ella pedía en un hombre, exceptuando sus asuntos con las mujeres. Pero cada uno llevaba sus relaciones como le parecía. Cuando estaba con ella, aquello se acabó.

Y ahí estaba ella, hecha un flan, llorando por un hombre al que no volvería a ver más, al menos de la forma en que habían estado. Lo sabía con total seguridad.

Lloraría todo lo que tuviese que llorar y empezaría de nuevo a vivir. El trabajo no esperaba y tenía que seguir con su empresa en pleno auge. Y eso requería positividad y energía

Le había calado hondo, pero ella ya no era una adolescente, sino una mujer madura y había luchado en su vida para conseguir todo lo que había conseguido.

Todo no iba a ser perfecto, pero con él lo había sido, porque Ángelo había sido como un ciclón entrando en su vida, caliente y sexy, arrasador, impulsivo.

Había conseguido despertar en ella todos sus sentidos, y a veces, se había sentido celosa de todas las mujeres que habían pasado por su vida, sobre todo por lo que había sentido por él y que otras también podían haber sentido.

Eso era indudable. Pero a ella, las demás no le importaban, le importaba ahora mismo su soledad más desolada. El vacío sin él, sus lágrimas, las noches sin sus brazos, las caricias vacías, su olor que desaparecería con el tiempo.

Él no ser aun hombre que pudiese estar sin sexo semanas, cuanto menos meses, además, podrían ser bastantes meses los que estuviese fuera y ella sí que podía esperarlo, además su trabaja se lo permitía, porque trabajaba mucho.

El también, pero necesitaba sexo, ella lo sabía y pronto tendría una sustituta y ella ya sufría por eso.

No sabía cómo ni de qué manera se había enamorado de él, pero lo que no debía haber pasado, había pasado como un rayo atravesándole el corazón.

A pesar de todas las cualidades y todos los defectos, había caído en sus redes tanto como había caído en sus brazos.

Quizá el destino fuese buena con ella y al estar lejos, lo podría olvidar más fácilmente, aunque su casa estaba llena de él. Lo veía en cada rincón, en sus sábanas, en el sofá...

Tenía que ser fuerte, dedicarse a sacar su trabajo adelante y seguir adelante también con su vida.

Guardarlo en su corazón como una bella historia y no aferrarse a nada ni a nadie porque de lo contrario iba a sufrir lo inevitable, y eso le quitaría tiempo de sus objetivos laborales y no podía permitirse también perder su negocio, lo que le había costado tanto tiempo crear, mientras él se divertía con otras. Eso ella no se lo podía permitir.

Podía tener suerte si de verdad pasaba en Italia un par de meses o tres. Eso podían sobrellevarlo, pero si se retrasaba muchos meses, estaba segura de que Ángelo, se olvidaría de ella o se cansaría de una relación a distancia. Encontraría a otra y la cambiaría por ella.

Era un hombre que necesitaba sexo o una mujer y ella eso no lo perdonaba si volvía al cabo de poco tiempo.

Sin embargo, ella era distinta y podría esperarlo incluso si tardaba un año, jamás lo dejaría ni estaría con otro, pero tenía el presentimiento de que las cosas no saldrían como ella le gustaría que saliesen.

Había soñado muchas veces que se casaba con él y tenían una familia, que ya era soñar demasiado, pero era una romántica y desde que supo con seguridad de que se había enamorado de ese hombre de pelo negro y ojos oscuros que la amaba como nadie y que congeniaban tan bien, se le habían pasado miles de historias románticas por la cabeza.

Debería dejar de leer las novelas románticas esas que leía y bajar los pies al suelo.

Lo que ocurriría es que eso se acabaría y Ángelo volvería a las revistas del corazón como siempre y ella sólo había sido unos meses en sus brazos.

Por su parte Ángelo, se encontraba en Italia desanimado, pensando en ella, en todos los meses que pasó con esa belleza que lo volvía loco. Habían sido los mejores meses de su vida con una mujer, pero cuando llegó a Palermo y se dio cuenta de la cantidad de trabajo que había allí, supo que no serían dos ni tres meses, sino que serían dos o tres años y eso ni lo iba a aguantar él ni a Estrella podía decirle que lo esperase y verla una vez o dos veces al año en los que fuese a Nueva York.

Así, que aquello con Estrella, debía terminar. Para colmo sus padres le tenían preparado un compromiso con una amiga de la infancia. Ambos padres eran amigos y la chica era hija de un banquero rico de Palermo.

Todo eran complicaciones, tener que estar al tanto de los negocios de Nueva York, aunque allí tenía su mano derecha Adam, en el que confiaba plenamente y que lo ponía semanalmente al tanto de las operaciones, o si había algún problema, lo llamaba inmediatamente. Por otro lado tenía toda esa cantidad de trabajo en Palermo y Roma, la encerrona de sus padres con la hija del banquero y Estrella.

Estrella, era la que más le preocupaba. Nunca quiso hacerle daño. En cierto modo, en un principio iba a volver pronto, pero tenía que haber aceptado romper la relación con ella, cuando ella lo propuso y no alargar esa agonía, de la que ahora no sabía cómo iba a salir sin dañarla.

Quizá lo mejor fuese, ir dejando las conversaciones, espaciándolas y dejarlas del todo. O eso o se iba a volver loco. No quería decirle las cosas de sopetón y por teléfono, aunque eso quizá Estrella lo prefiera por su forma de ser, pero es que él no estaba aún listo para dejarla.

Y por primera vez en su vida, se sintió impotente y débil y quiso tirar todo por la borda y dar un puñetazo a alguien de rabia.

CAPÍTULO 6

Al principio, Ángelo, la llamaba cada dos días y hablaban largo y tendido de sus cosas, de que la extrañaba, del trabajo.

Ella le contaba también, sus sentimientos, cómo le había ido el día. Cómo iba el negocio, que la empresa crecía, que tenía que contratar más camareros y otra supervisora con el tiempo, porque las fiestas eran cada vez más grandes.

Compartían un momento en la noche para seguir en contacto. Y él le decía palabras hermosas y que no se preocupase, que nada había cambiado, que en cuanto volvieran seguirían como siempre.

Conforme iba pasando el tiempo, más se espaciaban las llamadas. Lo hacía a propósito, y Estrella lo sabía. Y estas casi desaparecieron con el tiempo.

En dos meses, casi ni se llamaban. Lo cierto es que ella, no lo llamaba nunca, como solía hacer y Ángelo, dejó de hacerlo y Estrella supo que de verdad era el final.

Ya se lo había dicho cuando se fue, pero él no quiso dejarlo y ahora tenía que sufrir doblemente si había pensado por un momento que quedaba un resquicio en la relación.

Si él no llamaba, ella, no quería molestarlo, pues no sabía si podía estar en una reunión de negocios o en alguna fiesta por la noche. Y luego estaba el cambio de hora.

Pero ella eso ya se lo imaginaba, no eran reuniones ni trabajo. Era lo que había esperado. El final.

Eran las noches lo más duro, sobre todo cuando ella no tenía trabajo y el teléfono no sonaba. Ella siempre le dejaba a él la iniciativa. Ya le había dicho antes de irse que lo dejaran y él se empeñó en no dejarlo.

O quizá pensó que era mejor ir dejándolo de esa forma, pero esa forma la desarmaba a ella y algún día cortaría de forma radical.

Que llamara él, más por ese motivo que por otro, porque por ganas, ella lo llamaría siempre que estaba libre. Pero se contenía y no lo hacía.

Y sufría.

Se había propuesto no sufrir, pero al final estaba sufriendo y o tomaba una determinación o influiría en su trabajo y no quería que una simple “no llamada” le trastocara toda su vida y su rutina y todo por lo que había luchado en la vida, mientras a él parecía ser que no le afectaba.

Era realista. Y romántica. Tenía sentimientos encontrados, pero no podía seguir así. No tuvo que tomar la iniciativa. Su aventura, tal como vino, se fue.

Lo que sí, que tomó fueron medidas para ese sufrimiento y momentos de angustia que no le llevaban a ningún lado salvo a al estrés que no podía permitirse.

Hubo un momento en que a ella, le pareció frío y cansado cuando la llamó al cabo de varios días sin tener noticias de él, decidió no cogerle el teléfono más.

No lo iba a obligar a nada. Parecía que ya no tenían nada que decirse. Y menos con esa desgana de no tener que contarse nada.

Dio por terminada la relación o lo que quiera que hubiesen tenido y seguiría con su vida.

Ya lo sabía, algún día llegaría el momento de dejarlo y ese momento había llegado. Ya no volvió a cogerle más el teléfono, claro que sonó poco y eso que se evitó.

Dos meses más después de irse, ya no recibía llamadas y ella no las hacía tampoco. Bien sea

dicho, que ella no lo llamaba, porque él sabía que de noche ella estaba disponible durante la semana.

Si no la llamaba, era porque no quería. Había sido precioso, pero como todo, tenía su fin. A ella le daba mucha pena que algo tan bello, finalizara.

Algunas lágrimas, derramó por las noches de nuevo, es como si pasara por dos pérdidas, ahora y cuando se fue y era cuando más sola se sentía. Pero se acabó. No pensaba llorar más ni pensar más en Ángelo.

Sabía desde un principio cómo era, que le gustaban las fiestas y las mujeres y seguro que él lo estaba pasando estupendamente y ella como una tonta pensando en él.

Por su parte Ángelo, estaba muy ocupado con las nuevas construcciones que habían adquirido en Roma. Terminaba tarde y su único consuelo era hablar con Estrella ese rato que tenían en común. La echaba de menos. Era la mujer con la que más tiempo había salido en su vida.

Echaba de menos su cuerpo frágil y pequeño y su pelo largo y negro, su sonrisa y sus caricias. La mujer que era en realidad.

Pero cuando llegó a Roma, y vio el trabajo que allí había, sabía que no se trataba de dos o tres meses sino de dos o tres años y no quería que ella lo esperase ese tiempo. Iría algunas veces a Nueva York, de acuerdo, pero ir un par de veces al año, no iba a solucionar su relación con ella.

Si ella no tuviese trabajo, se la llevaría con él, pero ella tenía un negocio propio y próspero, en constante auge y tuvo que tomar una determinación.

Estrella era inolvidable para él, pero tenía que dejarla hacer su vida. No la podía atar dos años, ni siquiera uno.

Las relaciones a distancia en todo caso, no las llevaba bien. Así que tomó la decisión de ir espaciando las llamadas, aunque le dolía, sabía que era lo mejor para ambos, porque además no se habían prometido nada. Y tuvo que hacer de tripas corazón y le costó mucho porque sabía que ella lo iba a pasar muy mal, mucho más que él, porque la conocía bien.

Lo que él no sabía era lo hondo que le había calado Estrella y que la compararía con cada mujer que tuviera después.

Por otro lado estaban sus padres. Sabían qué pretendían cuando al mes de estar allí hicieron una pequeña fiesta con sus amigos y la hija de estos. Querían que se comprometiera con la hija de un banquero.

Ángelo la conocía desde pequeños y a pesar de ser una chica guapísima, ellos se habían llevado como amigos siempre. Pero parece ser que los padres querían boda entre los dos.

Pasaron tres meses desde que él se fue, cuando Estrella se enteró de que estaba embarazada. Había tenido tres faltas, pero no quiso en principio darle importancia, ya que se encontraba bien y lo achacó al disgusto por lo de Ángelo, por lo que lloraba a solas en casa, que nadie sabía, a los disgustos que ella misma se cogía, porque tenía que reconocer que se había enamorado de Ángelo y ahora tenía que desenamorarse.

Y eso era más duro.

Era lo más duro que le había tocado hacer en la vida. También lo achacó al estrés de tener más trabajo. No era eso. Era algo más grande. Un hijo.

Eso, unido al shock del embarazo, le hizo tener un bajón emocional. Primero compró un test de embarazo que dio positivo en toda regla.

Fue a confirmarlo a su ginecólogo y oyó el corazón de su hijo. Tenía que asimilar la noticia. Pero se emocionó tanto que lloró en la consulta.

Todo iba bien. Y ahora ¿qué? ¿Lo llamaba, y se lo decía o esperaba que volviese de Italia?

Todo esto cambiaba radicalmente su vida. Hasta su cuerpo iba cambiando. Estaba más sensible y más vulnerable.

Se sentía más cansada y con sueño. Sin embargo no tuvo vómitos ni mareos. Algo positivo debía tener en su vida, después de esos meses. Al menos podía ir al trabajo, aunque fuese arrastrándose. Le faltaba energía.

Para colmo, la empresa estaba en constante auge y requería un esfuerzo extra y el mes anterior había tenido que contratar a una supervisora, porque tenían muchas demandas y cuando coincidían los eventos, necesitaba a otra persona que supervisara, aparte de más personal.

Pero en estos momentos de su vida, tenía que cuidarse, hacer lo que el ginecólogo le había prescrito, tomar vitaminas, caminar y tener una vida tranquila.

Tendría que reubicar el apartamento y sacar el despacho a un rincón del salón y dejar la otra habitación que tenía la casa, lista para el bebé.

O coger otro apartamento de una habitación más. Pero esta se la habían rebajado y con ella se las apañaría y con ese dinero extra, podría mantener mejor a su hijo. Todo lo que pudiese ahorrar, bienvenido sería.

Tenía mucho que hacer, pero sobre todo iba a ser madre. Se tocó el vientre y le dijo a su hijo que ella cuidaría de él, que no le faltaría nada.

Que no necesitaban a nadie. Tenía un trabajo que era suyo propio, que daba beneficios suficientes y ya no tenía deudas porque con la rebaja que le había hecho Ángelo del apartamento y del local, terminó de pagar la furgoneta, que era lo que le quedaba por pagar.

Por lo que podría alimentar y educar a su hijo de la mejor manera posible, sin que le faltase nada.

Pensó en llamar a Ángelo y decírselo. Lo pensó mucho. Sopesó pros y contras. De todas formas, él volvería un día y se enteraría antes o después. Dejó que el tiempo hiciera lo tuviera que hacer.

Ella no sabía cuánto tiempo estaría en Roma. Decírselo tendría que hacerlo, pero ella esperaría el momento adecuado.

Todo transcurría como un laberinto que la llevaba. Pero ella podía con todo de momento y así lo hizo. Tuvo que hacerse a la idea de ser madre soltera y al final, estaba encantada.

Supero el bache emocional. Tenía veintinueve años e iba a ser madre. En cuanto al padre, buscaría un momento adecuado por la noche para llamarlo. No quería ni podía dejarlo más.

Ángelo tenía derecho a saber que iba a ser padre, aunque ellos no tuvieran ninguna relación. Y lo llamaría esa misma noche.

Casi quince días después de haberse enterado de que estaba embarazada, estaba ya de tres meses y medio y no tenía noticias de él, de que hubiese vuelto, desde hacía casi dos.

Cuando llegó del trabajo a casa esa noche, se armó de valor y marcó su número. Contestó una mujer. Ella, le preguntó si estaba Ángelo:

—Ángelo, mi amore, ti stanno chiamando per telefono...

Y colgó. Estaba con otra mujer que le decía amor y ella no iba a interrumpirlo. Decidió que si volvía al país se lo diría. En caso contrario, no. No iba a exponer ni su corazón ni la de su hijo de nuevo para sufrir.

Pero se sintió dolida y furiosa. La había cambiado por otra en menos que uno se cambia de chaqueta. En tres meses la había cambiado por otra y se sintió miserable y humillada. Y seguro que se la llevaría a Nueva York y pasársela por la cara.

No iba a entrometerse en su vida. No lo haría. Pero tampoco se merecía saber que iba a tener

un hijo. Cuando volviera a Nueva York, algún día, lo sabría. Pero desde luego, no quería nada de él ni para ella, ni para el hijo que iba a tener.

Era independiente y fuerte, y económicamente estaba muy bien, ya que ella gastaba poco y era muy ahorrativa.

Cuando contaba cinco meses de embarazo, se enteró de que Ángelo había vuelto a Nueva York con una mujer que las revistas llamaban su prometida.

Estrella compró la revista y lo vio con una chica alta, de las de su tipo de mujeres, colgados del brazo, o besándose en el teatro o en alguna fiesta.

En algunos de ellos, era su catering el que los servía, pero ella no iba. Mandaba a su supervisora. Pronto tendría que contratar a otra más o a otras dos, mientras se tomaba unos meses de maternidad.

Contaba con un personal estupendo. Le dio instrucciones a su secretaria de que si él preguntaba por ella, le dijera que estaba en España. Pero nadie preguntó por ella y él tampoco.

Ángelo volvió a Nueva York, con su prometida, la que sus padres habían aprobado, la hija de sus amigos.

Volvió para resolver problemas con algunos negocios y revisar los suyos propios. No podía estar tanto tiempo sin hacerlo.

Visitó a la abuela Carol. Y cómo no: recordó a Estrella.

La visualizó en los jardines, revisando en las fiestas de cumpleaños de la abuela o en la de su padre. Y supo que tenía que romper ese compromiso con su amiga. Ninguno de los dos estaban enamorados y mucho menos él, porque... no se enamoraba nunca.

Tenía que poner punto y final a eso. En cuanto llegaran a Roma rompería el compromiso y acabaría con esa farsa.

No iba a verla mientras estuviese allí con su prometida, no quería hacerle daño, pero en los dos eventos que tuvieron en la empresa y contrataron el catering de Estrella, le hubiese gustado verla, pero ella mandó a otra supervisora. Y Ángelo estaba seguro de que era para no verlo.

Seguro que era para no verlo. Estaría enterada de que estaba comprometido y él no podía decirle nada en esos momentos porque parecería que le estaba tomando el pelo.

Le dolía tanto no verla como verla. No la había olvidado. Era difícil olvidarla. A pesar de los meses que habían pasado, la seguía recordando.

En su cuerpo, a pesar de haberse acostado con su prometida no había tenido las sensaciones que tuvo con esa pequeña. Le iba a resultar difícil olvidarla y sabía que ella había mandado a otra persona a supervisar las fiestas que dio porque le dolería verlo con otra.

La conocía y se sentía culpable por cambiarla por otra en tan poco tiempo. Le dolía haberle hecho daño. Le debía una explicación, pero no podía dársela porque aún le quedaba mucho tiempo en Italia y aunque vendría a veces, seguía teniendo la misma forma de pensar. No quería que dejara de hacer su vida y él tampoco.

Cuando volviera de nuevo al terminar el trabajo, ya vería qué hacer con Estrella. Si es que ella no estaba comprometida con otro.

Esa ida no le gustaba. Sin embargo... él lo estaba.

Por las noticias, Estrella se enteró un día de que estaba en Italia de nuevo y que, en unos meses, se casaría con la chica alta, que había visto en las revistas. Al parecer era hija de un banquero importante.

Para ese tiempo, Estrella estaba ya casi de ocho meses.

No podía permitirse dejar de trabajar y seguiría haciéndolo, hasta casi el momento del parto, además se había encontrado perfectamente durante todo el embarazo.

Una mañana, la llamó la abuela de Ángelo. Quería que la visitara ella en persona en la casa victoriana. Por mucho que quiso mandarle a su ayudante, la abuela no lo consintió y precisó para que fuera ella en persona quien fuera a verla.

No le quedaba más remedio que ir.

La última vez que acudió, hacía cuatro meses y aún no se le notaba el embarazo y le hizo una fiesta para sus amigos.

Ahora tendría que acudir con un embarazo en su última etapa. Quedó en ir por fin el jueves.

A las doce en punto del día acordado, Estrella estaba entrando en la casa victoriana, que le traía algunos recuerdos, que le encantaba y le parecía preciosa, y la abuela de Ángelo la estaba esperando. Entró en la sala en la que siempre la recibía Carol.

Cuando esta la vio, se sorprendió mucho al verla embarazada.

—¿Pero chica, qué has hecho? —le dijo mirando su vientre bastante abultado ya.

—Ya ve, nada bueno, o sí... —Y se rieron

—¿Dime de cuánto estás? ¿Te has casado?

—Casi de ocho meses, señora Carol. Y no, soy madre soltera.

—Y ¿quién es el padre?

—Es un secreto, señora Carol.

—Vamos Estrella, estoy aquí —señalando la casa— encerrada día y noche todos los días y todas las noches. No salgo y no cuento secretos. Pero me encanta enterarme de ellos. La última vez que estuviste aquí, no se te notaba nada. Así que dime...

—Se lo diría, pero de verdad que no puedo.

—¿Tiene mi nieto algo que ver con esto? Dime.

Ella bajó la cabeza a su vientre, dando por sentado para Carol que sí.

—Lo sabía. Sabía que mi nieto alguna vez haría algo así.

—Cómo sabe... —Se quedó tan sorprendida de que la abuela lo supiera que no daba crédito a sus ojos.

—Tengo ojos en la cara y en las dos fiestas vi cómo te miraba y mi nieto no ha mirado a nadie como a ti, ni siquiera a la rubia que me ha traído de Italia como transacción comercial. ¿Lo sabe él?

—No y no quiero que lo sepa, quiero que haga su vida.

—Ahora mismo me vas a contar todo. ¡Siéntate!

Le pidió al mayordomo que le sirvieran un café con unos dulces y estuvieron hablando de la relación que había tenido con su nieto, la llamada, etc.

Ella lloró un poco, en parte porque estaba vulnerable y sola en un país sin apoyo de nadie. Carol la consoló y la abrazó.

—Vamos, no te preocupes, si no quieres que mi nieto lo sepa, no saldrá de mi boca nada, pero yo no pienso renunciar a ver a mi bisnieto.

—Bisnieta.

—Una niña, ¡que preciosidad! Aquí todos los Santerinis han sido hijos desde que yo nací, y ahora una niña. ¡Estoy encantada! Que sepas que desde ahora estaremos en contacto y quiero saberlo todo de mi bisnieta. No tendrá padre de momento, pero tendrá una bisabuela que mire por ella y por ti también, Estrella. No te preocupes por nada.

—Gracias, doña Carol.

—¿Qué nombre vas a ponerle? —le preguntó interesada.

—No tenía pensado ningún nombre aun, la verdad. Con tanto trabajo, no había pensado en ello. Podría llamarla Carol, como su bisabuela. Bueno, si usted quiere. A mí, me encanta el nombre. Y ha sido la primera en enterarse.

Ahora fue la abuela la que se emocionó.

—Vamos, señora Carol, no llore. Es su primera bisnieta. No he venido para hacerle llorar, sino para hacerle una fiesta. Esto ha sido una casualidad. Por eso no quería venir. Es decir, le tengo mucho afecto, pero sé que es la mujer más inteligente que conozco y no quería que adivinara esto. Sabía que si venía lo haría tarde o temprano. Pero ya es tarde.

—Llámame Carol, por favor. Está bien, no es momento de llorar. Pero me llamas Carol o abuela. Somos familia ahora. Abuela me gusta más. Y tú, serás mi nieta. Aunque el terco de mi nieto me traiga otra distinta. Tú, siempre serás la primera.

—Gracias, abuela. Es usted muy especial y una gran mujer.

—Quiero que cuando des a luz te vengas a casa — ya estaba Carol haciendo planes. En ese sentido, era como su nieto. Tenía algo en qué pensar y eso iba dándole vida. Estrella vio cómo le brillaban los ojos— Te cuidaremos hasta que estés bien, no quiero verte sola en casa. Me preocuparía demasiado y no estaría tranquila. Dime que sí. No quiero un no por respuesta.

—Si es lo que quiere, nos vendremos unos días aquí. Esto es precioso.

—Tú no te preocupes. Todo estará preparado para cuando vengas del hospital y quiero que me llames cuando estés de parto y todos los días hablaremos, así que ya me das el teléfono móvil, quiero saber cómo estás cada noche. Una bisnieta... ¡Qué ilusión! Eres la mejor madre para la pequeña Carol, que lo sepas. Me has gustado desde la primera vez que te vi entrando por esa puerta— señalando la puerta con el dedo—

—Gracias. Muchas gracias, no sé cómo agradecerse.

—Y ahora, hablemos de negocios y después daremos un paseo por los jardines que te vendrá bien. Del resto, me ocupo yo.

A partir de ese momento, Carol mantuvo su promesa de no llamar a su nieto para decirle nada acerca de la niña, pero hablaba todos los días con Estrella por teléfono, se preocupaba por ella y pasaban juntas en su casa, los días en que ella tenía libre en el trabajo.

Se levantaba, desayunaba fuera y se iba a casa de Carol hasta el atardecer. Allí comían juntas y charlaban, paseaba por los jardines, echaba la siesta en una hamaca del jardín a la sombra. Le encantaba. Tomaban el té. Se encontraba arropada y como en casa.

Una tarde, Carol le propuso que se quedara en casa con ella, porque se acercaba el momento del parto.

Podía dejar su apartamento y vivir con ella. Tan sólo había una media hora al trabajo. Se ahorraría el dinero del apartamento, para el bebé, aunque Carol sabía que era una excusa para que se mudara con ella, porque estaba sola y se estaba acostumbrando a tenerla allí.

Y cuando naciera la pequeña, la casa se llenaría de luz. Era tan insistente que tuvo que dejar su apartamento y mudarse con ella.

Carol le dijo que cuando ella muriera, entonces viviera de nuevo en la ciudad, pero que no pensaba morirse, sino ver crecer a su bisnieta feliz.

Miraba a Carol y veía lo feliz que era y hasta el enfermero decía que se encontraba cada día mejor, que eso le daba vida, que hacía planes y que estaba en un momento emocional álgido y que con ella era más feliz que en toda su vida, desde que muriera su marido.

No le quedó más remedio que cambiarse y dejar su apartamento. Cuando Carol quería,

conseguía sus propósitos.

Le había preparado una gran suite en la planta de arriba con una habitación anexa totalmente equipada para el bebé, su propio cuarto de baño y un dormitorio, con vistas al jardín que a ella tanto le gustaba.

Como no tenía muebles, sólo tuvo que llevarse sus enseres personales y lo que había comprado para el bebé. Y su despacho, que lo puso en su habitación en uno de los rincones con vistas al jardín.

Y se acostumbró a estar en la casa victoriana. Hablaba con Carol, le contaba todo, la empresa, la niña.

Tomaban el té en el jardín y ella besaba y abrazaba mucho a Carol, porque ella era así, de cariñosa. Se hicieron muy amigas, a pesar de la diferencia de edad entre ellas.

Y Carol, le tocaba todos los días el vientre, esperando ver ya a su bisnieta, que se llamaría como ella y la llenaba de orgullo.

Tenía una familia y todos estaban encantados con Estrella, porque era genial. Trataba muy bien al servicio, como si fueran familia. Y era muy feliz en esa casa.

A veces le leía a Carol en el cenador, que a ella también le encantaba, cuando tenía días libres y disfrutaban o iban a algún sitio con el fisioterapeuta a tomar café a algún bar o a dar un paseo en coche para que saliera.

Iba y venía a la ciudad y aunque tardaba más de la cuenta, pronto se acostumbró. Ya se sentía cansada y pesada. Le quedaban pocos días para el parto.

Y no tenía ninguna noticia de Ángelo. Su abuela ni lo nombraba, aunque sabía que hablaba con su familia, había mantenido su promesa.

Ni siquiera había visto al amigo de Ángelo. Adam, que estaba al cargo de las empresas. Gracias que no lo encontró en ningún catering y cuando la empresa hacía fiestas o eventos, ella no acudía, mandaba a la otra supervisora, por no encontrarse con Adam y viera su embarazo, porque entonces sumaría dos y dos y se enteraría Ángelo en menos que canta un gallo y eso no es lo que ella quería.

Una de las tardes en que Carol se había echado una siesta, ella tomó una revista de la mesita y allí estaba él.

Decían que había roto su compromiso con la hija del banquero y se le veía con distintas mujeres.

Como siempre —se dijo— había vuelto a su vida de siempre. Trabajar mucho y tener una fila de mujeres tras él. No había cambiado nada. Y ella supo que eso sería así siempre.

¿Cómo pudo haberse enamorado de un tipo así? Debió estar loca, sabiendo cómo era ella. No eran compatibles, salvo en la cama.

De acuerdo que no se habían hecho promesas, pero, era el típico hombre del que ella siempre había huido y del que se había enamorado. No era justo.

Y además, para más inri, era el padre de su hija. Y ni siquiera se había enterado el padre. Lo sabía.

En una de las entrevistas que le hacían en el interior de la revista, decía que pronto volvería a Nueva York, sobre todo por ver a su abuela y mantener activa su empresa, pero que al menos le quedaban dos años en Italia y luego ya volvería para quedarse definitivamente en Estados Unidos.

Sintió miedo, pues el que volviera y viera a su abuela suponía un problema y tendría que irse cuando él volviera. Ya vería que podían hacer en el momento adecuado.

Al levantarse de la hamaca donde estaba leyendo las noticias sobre Ángelo, rompió aguas y llamó al servicio y todo fueron carreras.

Se llamó a emergencias y fue trasladada al hospital con una chica de servicio contratada previamente por Carol, Emily, para hacerse cargo del bebé y para acompañarla.

El parto fue muy rápido y fácil y la niña era preciosa.

Tuvo una lista enorme de visitas con flores y bombones en el hospital, los trabajadores de su empresa y hasta Carol se animó a salir de la casa para visitarla en el hospital.

Al cabo de tres días y sin complicaciones, le dieron el alta y la llevaron a casa. Tener una chica que cuidara a la bebé supuso que ella pudiese descansar. Carol, la tenía en brazos todo el tiempo que podía. Había rejuvenecido.

—Me la vas a malcriar, abuela —le decía Estrella.

—No cariño, te la estoy queriendo —Y ella se reía, porque la veía feliz.

—Es tan pequeña, ¿verdad abuela?

—Es igual que mi nieto, morena y con los ojos oscuros. Es una Santerini auténtica —decía con orgullo.

—Abuela, algo he hecho yo también.

—Sí, tener la niña más bonita del mundo. ¡Qué pena que mi nieto se pierda esto! Es un cabeza hueca en cuestión de mujeres. Si fuese igual de inteligente para las mujeres como para los negocios, estaría aquí con su familia. Ya sabía yo que eso de la banquera no iba a ningún lado.

—Abuela, no quiero que pienses en cosas que no son. Ángelo es así, es un ser libre y le gustan las mujeres. Yo, me enamoré de él, porque parecía distinto conmigo y era especial. Yo, al menos conocí a ese Ángelo divertido y encantador.

—Creo que si nos viera ahora, vendría galopando. Un hijo haría cambiar a mi nieto, te lo aseguro. Estoy convencida.

—No voy a decirle nada hasta que el azar nos encuentre, abuela. ¡Déjalo disfrutar de la vida! Él lo ha elegido y yo lo respeto.

—Eres demasiado buena Estrella.

—Ya veremos más adelante cuando vuelva definitivamente, mientras, estamos muy bien así.

—Sí, mira qué bonita, se ha quedado dormida. Déjala aquí a mi lado un rato a la sombra.

Y la chica la acostó en el cochecito y la dejó al lado de Carol, mientras ella trabajaba en el despacho un rato, ya que aunque aún no había empezado a trabajar, le mandaban por fax y por email, trabajos y facturas que iba repasando para ponerse al día, sin cansarse demasiado.

Carol sentía una paz tremenda en momentos como ese. Y pensaba en su nieto y en lo que se estaba perdiendo... pasaba todo el tiempo que podía con su bisnieta.

El tiempo avanzaba veloz y Estrella se recuperó muy pronto. Y a los dos meses de dar a luz se reincorporó al trabajo, porque se encontraba muy bien.

Mantuvo a la chica que había contratado como supervisora, porque la empresa tenía cada vez más pedidos y se había hecho un nombre y todo el mundo la solicitaba.

Se dedicó durante un par de meses a revisar pedidos y facturas y todo cuanto tenía atrasado de cuando no había podido trabajar.

Todo estaba en orden y en cinco meses ya había recuperado la figura y de nuevo estaba trabajando al cien por cien.

Estaban cenando una noche cuando Carol, le comentó que el fin de semana venía su nieto por un par de semanas y luego volvía de nuevo a Italia.

Acordaron que esas dos semanas ella con la chica que se ocupaba de la pequeña Carol, se fueran a un hotel cerca del trabajo, hasta que Ángelo se fuera.

Le pedía que cerrara esa habitación y no quedara un resquicio de que por ahí había estado una niña pequeña. Y así lo hicieron.

Por un momento, pensó que Ángelo, que ahora no estaba comprometido, la llamaría o pasara por su apartamento vacío. Pero las dos semanas pasaron y no se dignó a llamarla. Y volvió a Italia.

Ángelo volvió a Estados Unidos por dos semanas. Tendría mucho que tratar con Adam de la empresa y debía visitar a su abuela y pasar por su ático que estaba cuidado por la señora de la limpieza que pasaba una vez a la semana cuando no estaba.

Se encargaba de llamar al mantenimiento de la piscina y la terraza para que estuvieran en buenas condiciones.

Pensó en ella una noche a solas en su terraza. En Estrella. Había pasado ya más de un año y no había hablado con ella ni la había vuelto a ver las veces que había vuelto a Nueva York.

Le preguntó a Adam y éste le dijo que no la había visto ni sabía nada de ella y que en los eventos y fiestas que la empresa había hecho, no había acudido ella como supervisora, había ido otra chica.

Y eso que sí que sabía que su empresa era puntera en catering y cada vez más apreciada.

Le hubiese gustado verla, le gustaría verla y contarle las muchas cosas que habían pasado por su vida.

Y saber de ella, de lo que había sido de su vida. Y sintió cierta melancolía, porque era una mujer única.

Ahora que estaba solo y allí, la echó de menos, su cuerpo, su risa, y su pelo negro y esos ojos grandes que lo miraban a veces de forma ingenua. Se sintió un imbécil por haberla dejado.

Estrella había sido distinta para él, no como las demás y sin embargo, allí estaba, como siempre, del brazo de mujeres vacías, y más solo que la una pensando en su olor y en su cuerpo, en su piel, que recordaba como si el tiempo no hubiese pasado.

Y no encontraba a ninguna otra que remotamente se le pareciera ni había sentido con ninguna lo que sintió con Estrella cuando él hacía el amor y cuando no lo hacía.

Estuvo a punto de llamarla tres o cuatro veces, pero a última hora, no marcaba los números.

No había conocido a nadie como ella, sin embargo, sabía que había perdido una oportunidad con Estrella.

Y podría estar con otro y él no podría hacer nada al respecto ni tampoco podía hacerle daño. Porque él había estado con su prometida de barro y con algunas mujeres más. Se sintió imbécil.

Debió llamarla cuando terminó su relación impuesta y había aguantado el tiempo necesario para estar con ella, pero ahora era tarde. Ella lo habría visto en las revistas y tendría un concepto negativo de él y eso le molestaba.

Había sido idiota. Prefería mil veces hablar a diario con ella por las noches que haber salido con las mismas mujeres vacías de siempre, esas que ya no le satisfacían en absoluto.

Recordaba que sus cuerpos encajaban como un puzle, aún recordaba su aroma fresco y a rosas. Él llevaba una vida distinta.

Pero se estaba cansando de esa vida de mujeres, que no eran tantas como las revistas sensacionalistas publicaban y que seguro que ella había leído y lo había visto, lo cual le hacía sentirse más idiota si cabe.

No le apetecía estar con otras cuando pensaba en Estrella. Nueva York era Estrella. Además, ya no era un adolescente. Era un hombre que buscaba tranquilidad.

Quizá cuando volviera definitivamente, investigara qué había sido de Estrella. Incluso si podía retomar su relación, lo intentaría, de otra manera, pero lo haría y lo haría bien.

Pero no antes de volver de nuevo, cuando debía volver de nuevo a Italia, qué pensaba decirle, ¿espérame? No sabía nada de su vida, pero sí le gustaría verla.

Y uno de esos días se acercó a su trabajo y esperó a que saliera. Cuando la vio, estaba preciosa, seguía con su coleta larga y negra y su cuerpo parecía cambiado

Era una mujer muy guapa. Salió con uno de sus cocineros e iba dándole instrucciones y se despidió de él con un beso.

Vestía elegantemente, había cambiado su forma de vestir e iba maquillada, natural y con tacones. Se sorprendió al verla tan hermosa y se excitó.

Le dieron ganas de presentarse ante ella, pero se contuvo. Estaba bellísima y eso le hizo cambiar. Si iba a buscarla cuando volviera, debía ser un hombre distinto, que ella lo mereciera.

Tenía que cambiar su imagen de hombre nocturno y mujeres rubias de piernas largas. Lo haría, por ella, por esa mujer pequeña que merecía la pena.

Lo más seguro es que ella hubiese leído las revistas y lo que contaban de él no era nada bueno. El compromiso, la ruptura, las chicas... seguro que a ella le causaba una imagen pésima de él y eso no le gustaba.

Y sabía que iba a costarle reconquistarla, porque a ella ese tipo de hombres, no le gustaba y a él tampoco le gustaba el hombre en que se había convertido. Pero iba a solucionar eso. Todo tenía solución.

No quería que ella viera esa faceta suya después de haberla conocido, pero es que era verdad. Se había comportado como un imbécil y ya tenía treinta y tres años.

No era un crío rico y tonto, que era lo que pensaba ella de él. Estaba seguro. Y ese tipo de hombres como él a ella no le gustaba nada, no eran su tipo de hombres.

Tendría que hacer algo al respecto si volvía. Quería que ella tuviera un hombre que se mereciera. Él era un hombre honrado y trabajador en los negocios, pero había sido un loco con las mujeres. Peor le iba a demostrar a Estrella que había cambiado y esperaba que no fuese tarde.

Cuando volvió a Italia, intentó recomponer su vida nocturna y dedicarse sólo al trabajo. No volvería a salir con chicas tipo modelo, estaba harto.

Intentaría recuperar la relación que tuvo con Estrella cuando volviera, claro, si no estaba con nadie. Desde que la vio, es como si su vida hubiese dado un vuelco.

Pensar que pudiese estar con alguien, le hervía la sangre sin razón ninguna. No era nadie para pedirle explicaciones, porque él no las daba. Tenía sentimientos de culpa con respecto a ella.

No se había portado bien, ni había sido sincero. Pero es que nunca había dejado de pensar en ella.

Había tratado de volver a su vida de antes, pero le resultaba imposible y cuando la vio tan guapa y elegante, supo que no la olvidaría y que no sabía si llegaba tarde la próxima vez.

Posteriormente sus padres querían un compromiso con la hija de un banquero, pero no sentía nada por ella y si se hubiera casado, hubiera sido un fracaso total que hubiera terminado en un divorcio rápido.

Acababa de cumplir treinta y tres años y era hora de sentar cabeza. Atravesaba una fase crítica en su vida, por eso, nada de mujeres, trabajo y trabajo hasta terminar en Italia lo que había ido a hacer.

Acontecieron muchos eventos en la casa de la abuela, sus dos cumpleaños siguientes, los de la abuela Carol y al que por primera vez, no pudieron asistir sus hijos ni su nieto, el primero de la pequeña Carol y se acercaba el segundo.

Ella se encargaba de los catering, que por supuesto eran gratis y corrían de su cuenta. Después de vivir allí no iba a cobrarles nada.

La abuela le reñía pero ahí ella no cedía un ápice. Es más, elegía siempre lo mejor de lo mejor.

La abuela y ella eran muy felices. Era parte de la familia. En esos dos años, la habían visitado su nieto y su hija desde Italia y ella, esas veces, se había mudado a un hotel el tiempo necesario, para que nadie se enterara de nada.

Se había convertido en un miembro más de la familia. La niña era feliz en esa casa victoriana de inmensos jardines y flores olorosas.

No había sitio mejor para ver crecer a su hija. Era una niña morena de ojos oscuros como su padre.

Graciosa e inseparable de la silla de la bisabuela. Emily era una joya que cuidaba muy bien de la niña, mientras ella trabajaba sin parar y el tiempo que tenía libre se lo dedicaba a la niña y a la abuela.

La abuela Carol, parecía que había resurgido como el fénix de sus cenizas. Había rejuvenecido y era feliz.

Le gustaba organizar esto o lo otro para la niña y ella la dejaba porque eso le hacía tener algo que hacer. Y no se aburría. Y le daba vida.

Dibujaba con ella, y entre el enfermero, Emily, la abuela y la pequeña Carol, hacían un cuarteto inseparable.

Estaban preparando el segundo cumpleaños de la pequeña Carol que había crecido y que era el vivo retrato de su padre. La abuela lo decía siempre, y era cierto.

Era una niña muy educada y cariñosa y siempre estaba besando a la abuela y la abuela a ella.

Seguía mimándola con todo lo que podía, a pesar de que Estrella le reñía, no le hacía caso y la dejaba ser feliz, porque le hacía feliz estar con la niña y ella, también lo era.

Salían al jardín por la mañana, la abuela en silla de ruedas, el enfermero, y la pequeña daba la mano a la abuela bajo la supervisión de Emily, la cuidadora, una chica estupenda y a la que querían mucho.

Hablaba por los codos con esa media lengua que tienen los niños y señalaba los pájaros con la mano y cogía ramos de flores.

Estrella no quiso que fuera a una guardería. Quería que se criara con la abuela hasta ir a la escuela. Quería que la abuela disfrutara de su bisnieta y allí la niña era muy feliz.

En su primer cumpleaños, ella invitó a sus padres desde España, y les mandó un billete de avión. Se quedaron en la casa victoriana.

Carol no quiso que ella se gastara dinero en un hotel, cuando había tantas habitaciones allí.

Se quedaron una semana. Ella, se la tomó de vacaciones, para enseñarles a sus padres la ciudad entera.

Disfrutaron de su nieta, y hacía tantos años que no se veían... que ella les prometió, desde ahora ir al menos cada dos años a verlos. Ya que la empresa iba bien. Fue maravilloso tenerlos allí.

Les contó toda la historia. No iba a mentirles. Pero ellos estaban felices con su nieta y con verlas felices a las dos en aquella casa y la abuela era maravillosa con su hija.

Carol y ellos conectaron muy bien, aunque ella tenía que traducir siempre el idioma. Fue una semana genial para todos.

Y cuando se fueron y los llevó al aeropuerto lloró, porque los echaría de menos de nuevo. Pero tenía su vida allí y sus padres lo comprendían. Los quería mucho y ellos estaban muy orgullosos de lo que ella había conseguido.

Cuando vieron su empresa, se quedaron mudos. Jamás pensaron que llegara tan alto. Era el sueño de su hija y lo había cumplido. Ellos no querían menos que saber que estaba bien.

Estaba muy contenta porque se acercaba el segundo cumpleaños de la pequeña y habían

invitado a algunos niños de la urbanización y cuantos conocía Carol, de sus amigas, que ya habían estado en su primer cumpleaños.

Era Viernes y todo estaba preparado para la fiesta, con globos y serpentinas, palomitas, chuches, galletas de muñequitos y unos cruasanes pequeñitos con diversos alimentos que habían preparado en la empresa de Estrella.

Una gran tarta que le encargó la abuela de una pastelería exclusiva de Manhattan. El jardín estaba llenándose de niños, corriendo de un lado para otro y Carol estaba contentísima.

Ella, se tomó la tarde libre. Su hija, era más importante que nada en la vida.

Ángelo, había llegado de Italia la noche anterior para quedarse definitivamente. Viajaría de vez en cuando, pero su trabajo en Italia, ya había terminado. No quiso decirle nada a su abuela. Quería darle una sorpresa.

Primero pasaría por la empresa, saludaría a Adam y se pondría al corriente de todo en los próximos meses.

Por la tarde iría a casa de la abuela y se quedaría a dormir allí el fin de semana. Y el lunes volvería a su vida y también le quedaba pendiente saber de Estrella.

Adam se ocuparía de saber qué había sido de su vida en esos dos años y medio que había estado fuera. Y así pensaba encomendárselo a Adam el lunes.

Estaba desando verla, saber qué había sido de ella. Si estaba con algún hombre y era seria la relación...

Tenía que saberlo todo. Si tuviese una relación y no era seria, iba a luchar por ella. Lo sentiría mucho por el otro hombre.

Si no salía con nadie, le resultaría más fácil. Lo difícil o iba a ser convencerla a ella de que había cambiado. Quizá pensara que ya que estaba de vuelta, podría seguir su relación sólo por el hecho de acostarse con ella.

Pero la convencería de que había cambiado y no era esa la razón, porque acostarse podría hacerlo con otras mujeres que no le faltaban. Debía convencerla de que no había podido olvidarla.

Tendría mucho trabajo con Estrella. Ni siquiera se había despedido de ella con sinceridad, y ella no era una mujer cualquiera ni se convencía fácilmente.

Quizá ya no se acordase de él, después de esos años. Tenía que descubrir tantas cosas.

Ahora se arrepentía de haber terminado de esa manera la relación con Estrella, dejar que las cosas se apagaran no era la forma en que sabía que hubiese querido ella, al contrario.

Estrella era directa y sincera y no tenía pelos en la lengua en ese sentido. Habría preferido que le dijera que rompían la relación.

Esa era Estrella, pero él no había hecho tal cosa. Se había dedicado a dejar que la relación se apagara cuando ella le había dicho con anterioridad que lo dejaran. Le dio esa oportunidad.

¿Habría sufrido por él? Ángelo no quería haberle hecho sufrir. Era lo último que pretendía, pero no se había portado bien con ella al final.

Se había comprometido con la hija de un banquero y seguro que ella se había enterado y por eso no había acudido a los eventos que Adam había hecho para la empresa en esos años.

Quizá quería olvidarlo para siempre, no tener ningún contacto, con él o con lo que tuviese que ver con su empresa. O no quisiera perdonarlo por todo cuanto había visto en las revistas de él y de lo que Ángelo se avergonzaba. Pero que ya no tenía solución.

Y eso era lo que el lunes iba a empezar a descubrir.

Le encargaría el mismo lunes a Adam, todo, todo cuanto había acontecido en su vida en ese

tiempo. Quería poder tener la suerte de enamorarla de nuevo. Y esta vez iba en serio.

Quería formar una familia con ella. Eso a la abuela le encantaría. Siempre le había gustado Estrella y seguro que ésta le había hecho todas las fiestas con su catering y habían estado en contacto, peor a la abuela no le iba a preguntar por ella. Lo que quería saber de ella, Adam lo averiguaría. Era bueno en eso.

Estaba inquieto y ansioso y Estrella era una prioridad, por encima de la empresa. Así que quería que le tiempo pasara rápido y que llegara el lunes. Se enteraría de lo que había acontecido en esos casi tres años en la vida de ella y si podía recuperarla, lo haría,

Ahora iba a hacer las cosas bien, si tenía suerte, como no las hizo antes y le pondría un anillo en el dedo y se casaría con ella, porque no había otra para él. Y con ella las cosas tendría que hacerlas de ese modo.

Tenía miedo. Era la primera vez en su vida que estaba alterado, ansioso y con un miedo tremendo de haber perdido esa oportunidad en su vida.

Nunca en su vida, le había pasado algo así, que no pudiera olvidar a una mujer, que supiera que esa mujer fuera su futuro.

Había sido su pasado, siempre había estado presente por más empeño que puso en olvidarla, no quería olvidarla tampoco y la recortaba nítidamente como el primer día, o la primera noche que la cogió por la coleta en los jardines de la abuela y la besó como un reto.

Un reto que había perdido irremediablemente, porque se dio cuenta de que eso era amor, de que había estado enamorado de ella sin pretenderlo, sin querer enamorarse, pero lo había pillado desprevenido como una tormenta en verano.

Estrella se le había metido en la piel y se hizo inolvidable y no había podido desprenderse de ella. Y la recordaba a diario y quería tenerla de nuevo en sus brazos y hacerle el amor para comprobar que no era un sueño o una maldición, sino que era la realidad que lo iba a acompañar toda su vida.

No le costaría lo más mínimo cambiar por ella. No necesitaba a otras mujeres

Lucharía contra quien fuera necesario. Estrella volvería a ser suya. Suya para siempre porque ninguna era como ella. El problema era... ¿lo perdonaría Estrella, después de lo que había hecho? ¿Estaría ella enamorada de él? Estaba perdido con respecto a ella.

—Estrella, Estrella... ¿qué me hiciste?

CAPÍTULO 7

Había muchos coches en la entrada de la casa de su abuela. Parecía que había una fiesta. Había globos y serpentinas por todo el jardín y un montón de niños pequeños corriendo de un lado a otro ¡Una fiesta infantil! ¿Desde cuándo celebraba su abuela una fiesta infantil? Quizá algún nieto de alguna amiga suya...

Aparcó el coche y entró por la parte trasera del jardín. Allí había como veinte niños corriendo y pasándolo bien que se iban acercando alrededor de una mesa.

Una gran tarta que estaba a punto de partir una niña morena y pequeña a la que cantaban cumpleaños feliz con dos velas gigantes encima de la tarta.

Al lado de la niña estaba su abuela y... Estrella.

Se quedó de piedra y parado. Sintió que su corazón galopaba como un potro desbocado. ¿Qué estaba pasando allí? Y sobre todo... ¿Qué hacía allí Estrella?

La niña, con mucha fuerza, apagó las velas de un soplo y se oyó un aplauso general.

Estrella besaba a la niña y ésta la llamaba mamá.

Luego la niña besaba a su abuela y esta la besaba a ella. ¿Qué pasaba allí? Era un cuadro surrealista.

Estrella estaba incluso más guapa que cuando la conoció, y más elegante. Vestía de marca, sin duda. Había cambiado en esos casi tres años. Sin embargo, su pelo, que a él tanto le encantaba seguía igual de largo y precioso.

Como cuando la vio la última vez a la salida de su trabajo. Era una mujer elegante y se sintió duro por dentro y excitado. Tenía que averiguar qué pasaba allí.

Ya no tendría que encargarle a Adam que averiguara sobre Estrella. La tenía allí. En la misma casa de su abuela, cortando trozos de tarta, poniéndolos en platitos de cartón de su empresa y repartiéndoselos a los niños y a los mayores.

Se había perdido tener una hija con Estrella, porque sin duda era su hija. Fue lo primero que pensó. Y le dolió y le pesó en el alma.

Había llegado tarde. Miró a todos lados, pero no vio a ningún hombre cerca de ella.

Había parejas, pero ningún hombre a su lado o al lado de la pequeña, quizá estuviese trabajando el padre de su hija y no había podido acudir. Se fijó en la niña y por un instante sintió algo familiar que no pudo descifrar y enseguida hizo cuentas. Si cumplía dos años... ¿Podía ser suya?

Él no era tonto. Estrella podía haberse quedado embarazada los últimos días que pasaron juntos si la niña cumplía dos años. No podía haber conocido a otro hombre tan pronto, pues estuvieron al menos dos meses hablando por teléfono y ella no era de una mujer de ese tipo. Y estuvo observando a la pequeña un buen rato y supo con total seguridad que era suya y se fue envenenando contra Estrella.

Se acercó a su abuela y ésta lo abrazó toda emocionada. Estrella se quedó pegada al suelo con el corazón desbocado. Jamás pensó encontrarlo allí y más ese día, en el cumpleaños de su hija.

Abrazó a su hija como protegiéndola, pero la niña, ajena a los sentimientos de su madre, se fue corriendo a jugar con sus amiguitos.

Después de saludar a la abuela y contarle que había vuelto por fin, que ya hablarían, se acercó a ella:

—¡Hola Estrella! ¿Cómo te va? —recorriéndola con la mirada como la primera vez que la

vio.

—Muy bien, gracias y tú ¿cómo estás? Enhorabuena por tu boda. Leí en las revistas que estabas comprometido y que te habías casado —ella sabía que no se había casado, pero lo hizo para que él supiera que no había estado al tanto de su vida.

—Estoy soltero. No me he casado.

—¡Ah! Pues lo siento por ti. Leí hace tiempo en una revista que te casabas con la hija de un banquero.

—No lo sientas. Eso no llevaba a ningún lado —dijo más serio de lo debido—. Estás muy guapa y elegante.

—Gracias. Tú también, como “siempre” —dándole un doble sentido a la frase que él recibió como un golpe en el estómago.

—Veo que tienes una hija —cambiando de conversación y yendo al fondo del asunto. Era impaciente, impulsivo y directo. Como siempre también y como ella. Siempre habían sido muy sinceros. No había cambiado nada.

—Sí, tengo una hija. Ya la has visto, la que va corriendo por allá— le dijo señalando a la niña por el jardín.

—Es una niña preciosa. ¿A quién se le parece? — con segundas intenciones, le preguntó.

—Supongo que más a su padre, o eso dice tu abuela— obviando comentar nada acerca del padre.— Aunque también es morena como yo. Pero los rasgos y los ojos son de su padre sin duda alguna.

Ella intuyó que él estaba haciendo cuentas, pero si creía que después de dos años más un embarazo en solitario iba a venir de padrazo como si nada hubiese pasado, iba listo.

—¿Te has casado?

—No, Soy madre soltera. Tengo mucho trabajo. Ya sabes, y los hombres no están dispuestos a no poder salir los fines de semana.

—Esa conversación sobre los hombres, recuerdo haberla tenido contigo.

—Tienes buena memoria. Para lo que te interesa— le dijo como una puñalada que a él le llegó.

—Tenemos que hablar Estrella y antes de lo que crees— le dijo intimidándola— Ahora voy a hablar con mi abuela. —se dio la vuelta y la dejó allí como si cualquier cosa.

Era insufrible y terco. Además de mujeriego, egoísta y controlador, e insoportablemente arrogante.

Tenía la sensación de que Ángelo ya sabía que era su hija. Mejor, así se ahorra la mitad de la explicación.

La fiesta terminó con los niños cansados y rendidos de jugar. Cuando todos se hubieron ido, ella ayudó a recoger, mientras Emily bañaba a la pequeña Carol. La abuela, cansada, también se retiró.

Luego subiría a llevarla con la abuela y darle las buenas noches y le leería un cuento. Y bajaría a cenar cuando estuviese dormida.

Habían terminado de recoger y descansó un ratito. Luego subió a darles las buenas noches a Carol, él no estaba allí, seguro estaría sacando la ropa de su bolso y colocándola en la habitación en la que solía dormir.

Y después fue a ver a la pequeña Carol, su hija. Iba a leerle el cuento, pero la niña estaba tan agotada que se quedó dormida enseguida.

A ella le gustaba darle una vuelta a la abuela, siempre que estaba por la noche en casa y así se quedaba tranquila. Comentaban algunas cosas y le daba las buenas noches.

No tenía ganas de cenar, así que volvió a salir al patio y se sentó al fresco de la noche mientras Ángelo estaba hablando con su abuela. Se echó un chal por encima.

Estaba muy nerviosa y alterada por la llegada de Ángelo. Y temblaba y no precisamente del frescor de la noche, sino de los nervios que la atenazaban.

Sería inevitable que se enterara de que Carol, era su hija, aunque no era tonto y ya lo intuía y esperaba el momento en el que tenían que enfrentarse. Y temía que fuese en un rato, conociendo lo impulsivo que era Ángelo, si no había cambiado, que parecía no ser ese el caso.

Estrella, no quería que Carol tuviera un padre que salía en las revistas con mujeres cada noche. Ciertamente el último año no había salido ni en las revistas de sociedad. Salvo algunas entrevistas en revistas de negocios.

Quizá tuviera un compromiso serio y hubiese cambiado. Pero no podía permitirse no proteger a su hija, incluso si debía protegerla de su propio padre.

La abuela le dijo a Ángelo que estaba cansada, que cuando la acostara, el enfermero fuese a darle las buenas noches. Primero fue Estrella y cuando estuvo recostada en la cama, él entró y se sentó en el borde y Estrella fue al jardín un rato.

—Tenía muchas ganas de verte abuela. ¡Te he echado de menos!

—Y yo también a ti, cariño —mientras le acariciaba la cara—. Ya tenía ganas de que volvieras. Tenía muchas ganas de verte. Has pasado mucho tiempo fuera y me has tenido abandonada y sola en Nueva York.

—Parece que estás muy bien acompañada por lo que he visto, no te quejes tanto. ¿Las has invitado a quedarse a dormir? —dijo a bocajarro.

—¿A quién? —dijo haciéndose la tonta.

—Abuela, ya lo sabes, no te hagas la tonta, a Estrella y a su hija.

—No las he invitado, viven conmigo, desde hace hoy exactamente dos años y un mes.

—¿Cómo?, ¿pero si hemos venido a verte?

—Cuando venías, ella se iba a un hotel con Emily y su hija. Emily cuida a la pequeña, y yo, cerraba esa habitación.

—¿Me lo quieres contar?

—Un día, yo hacía una fiesta y la llamé, estaba de cuatro meses y medio y no noté nada, pero la vez siguiente que la llamé para que hiciera una fiesta con mis amigas, estaba de ocho meses y hablamos. Sabes que me gusta mucho. Es una mujer excepcional y yo estoy sola. Me encanta su hija, la quiero y a ella también. Somos grandes amigas. No hay nada de ella que yo no sepa.

—¿Te contó que salimos un tiempo?

—Claro. Te he dicho que es como una nieta para mí. Y me parece que no te has portado muy bien con ella, hijo. Es tan buena que no te guarda rencor. Pero eso, son cosas vuestras. Nosotras llevamos aquí una vida muy buena. Me ha rejuvenecido. Es tan guapa la niña...

—No dejaré que se aprovechen de ti, eres demasiado confiada abuela.

—¡Calla! Ella no haría eso. De hecho trabaja como una mula y no se ha ido de vacaciones para no dejarme sola.

—¿Es mía la niña? —se levantó y se pasó las manos por la cara y el pelo negro como el carbón.

—Eso debes preguntárselo a ella. Yo no puedo decirte nada. Se lo he prometido.

—O sea que sí.

—No seré yo quien te lo diga.

—Me voy a quedar este fin de semana aquí, si no tienes ningún inconveniente. De hecho traía ropa para eso.

—Esta es tu casa, ya lo sabes. Puedes venir y quedarte para siempre si quieres.

—Buenas noches abuela. Voy a hablar con Estrella.

—Si le haces daño, te las verás con tu abuela. No seas impulsivo hijo, que te conozco, las cosas no son como crees.

—Sólo quiero hablar con ella. No me la voy a comer, tranquila

La besó y le dio las buenas noches. Era extraño como la protegía su abuela. No la habría invitado a vivir con ella salvo si la niña fuese suya. Y estaba totalmente seguro.

No podría ser otra cosa e iba a averiguarlo, mejor dicho a confirmarlo. Porque estaba seguro, o eso creía.

La encontró balanceándose en la mecedora del patio, con un chal por encima de los hombros. Le pareció frágil y preciosa.

Su objetivo era buscarla y seguir con la relación que tuvieron si no había nadie en la vida de ella. Ahora todo era distinto. Estaba enfadado, porque si era hija suya había perdido dos años preciosos y ella no se lo había dicho.

—¡Hola de nuevo! —Y se sentó a su lado.

—¡Hola! No teníamos constancia de que volvías.

—Era una sorpresa que quería darle a mi abuela. He terminado mi trabajo en Italia, de momento.

—¡Qué bien! Me alegro por ti. En serio.

—Dejémonos de palabras vacías, Estrella, ¿es hija mía?

—Sí, es tu hija.

—Lo sabía. ¡Dios! ¿Por qué no me llamaste y me lo dijiste?— se levantó de un salto del sillón y dio algunas vueltas a su alrededor con las manos en las caderas, mientras ella permanecía balanceándose tranquila, o al menos lo aparentaba.

Se hizo un silencio entre ellos y cuando volvió a sentarse, Estrella le dijo, mirándolo directamente a los ojos.

—Te llamé varias veces y siempre cogían el teléfono mujeres distintas, la última tu prometida. Entonces y mucho antes, cuando dejaste de llamarme, me di cuenta de que lo que tuvimos no tenía la misma importancia para ti, que la que yo le di en su momento y seguí sola mi camino con mi hija. Ibas a casarte. No iba a estropear una boda tan estupenda con la hija de un banquero. Perdona, no es mi estilo. Ser madre soltera, tiene sus ventajas y tengo una vida maravillosa.

—En casa de mi abuela.

—No te voy a consentir esa insinuación. Es la bisnieta de tu abuela y la quiere. La ha rejuvenecido y las dos están muy unidas y tú no lo vas a estropear. Yo no vine aquí llorando ni contándole a tu abuela nuestra historia. Ella lo sabía y cuando me vio embarazada de ocho meses, sumó dos y dos. Yo puedo mantenerme sola y a mi hija. Mi empresa es importante y me da para ello. Fue tu abuela la que insistió en que nos quedáramos aquí con ella y poder cuidar a nuestra hija. Así que no te voy a consentir a ti ni a nadie que me trate de una busca fortunas. Yo me busco la vida honradamente.

—Está bien, está bien, perdona. Estoy enfadado y furioso ¿Cómo se llama?

—Carol, como la abuela.

—Esto cambia todo, lo sabes. —La miró a los ojos.

—No tiene por qué.

—Claro que tiene por qué. Voy a formar parte de la vida de mi hija, lo quieras o no.

—No voy a negártelo. Mañana le diré que eres su padre. Es pequeña y aún no sabe nada de la vida. Como no va al cole ni a la guardería hasta el curso que viene, no sabe de padres y madres.

Podrás estar con ella siempre que quieras, y me respetes. Eso sí, no me gustaría que creciera viendo cómo su padre sale cada noche con una mujer del brazo.

—¿Estás tratando de decirme cómo vivir mi vida?

—Tu vida, como la lleves no me importa lo más mínimo, nunca lo he hecho y nunca lo haré. No es mi estilo y lo sabes perfectamente. Pero como tú dices, ahora todo ha cambiado y tengo normas. Normas para proteger a mi hija, aunque sea de ti. Quiero que sea y crezca como una niña feliz y creo que estamos haciendo un buen trabajo. Ya lo comprobarás.

—Nos casaremos.

—¿Qué?

—Que nos casaremos. Por la niña.

—Es la excusa más ilógica que he oído. No pienso casarme contigo. Ahora mismo, para mí eres un extraño. No te conozco. Y sobre todo, no me gustas. No me gustas cómo actúas con las mujeres y no me gusta que me tomen el pelo. Yo también he cambiado. Busco compromisos serios si tuviese que casarme. Y sería con un hombre honrado y no playboy de revistas. Y no me gusta que me digan lo que debo hacer. Soy una mujer libre, como tú. Y aprende a pedir y a solicitar. No formo parte de tu empresa, sólo formé parte de tu vida, poco tiempo, pero a mí no me manda nadie ¡Que te quede claro!

Eso le dolió a él en el alma, pero Estrella, tenía toda la razón. Aunque no iba a ceder un ápice.

—¡Me conocerás! Tenemos tiempo. De momento me voy a venir a vivir a la casa de la abuela para estar todo el tiempo que pueda con mi hija. ¡Buenas noches!

Era insufrible, irritantemente sexy y estaba enfadado y ofendido, lo que faltaba, seguía imponiéndola y olía como siempre. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

Ella también estaba enfadada. Y más que nada porque los sentimientos que creía que había enterrado por él, sólo estaban dormidos. Estaba enfadada con él y con ella misma por sentir lo que sentía.

Con respecto a Ángelo le tocaba aguantarse. No pensaba hacer lo que él quería. No podía venir después de casi tres años a organizar la vida de todos en función de la suya. Mucho tenía que cambiar para que ella confiara en él de nuevo.

Ahora, sí que tenía reglas. No era la tonta que antes no le exigía nada. Había cambiado. Su hija la había cambiado.

Si quería pasar tiempo con su hija y conocerla no había problemas, pero con respecto a ella, eso... era otra cuestión.

Durmió tan poco como él aquella noche. De madrugada, se quedó dormida unas horas porque debía ir a trabajar esa noche y se iría de casa sobre las doce de la mañana.

Se levantó tarde y al bajar a la cocina a desayunar, se encontró un cuadro surrealista. Ángelo dando de comer a su hija y los dos encantados y riéndose.

—¡Buenos días! —lo saludó— ¡Hola mi pequeña! —dijo besándola—, ¿qué haces?

—Comiendo.

—¿Sabes quién es este hombre? Es papá.

—La niña lo miró enamorada:

—Papá...

—Eso es, es tu papá y te va a enseñar muchas cosas. Mamá va a desayunar con vosotros. ¿Has desayunado? —le preguntó a él.

—Aún, no, te estaba esperando, pero han dejado café hecho y huevos revueltos con jamón y tus tostadas. Nos han dejado solos. La abuela aún no se ha levantado.

Desayunaron en silencio y ella le comunicó que trabajaba desde las doce y volvería de

madrugada. Así que podía aprovechar para estar con su hija, si no tenía él trabajo.

—Estaremos bien juntos, así nos conoceremos, ¿verdad Carol?

—Sí, papá. —mientras mordisqueaba la tostada.

—¿Has visto eso? —le dijo a ella todo emocionado—, me quiere.

—Lo sé. Es una niña muy cariñosa.

Cuando terminaron de desayunar, salió un rato al jardín con la pequeña y dieron un corto paseo.

Ángelo las acompañó, miraba cómo ella trataba a su hija y sintió celos.

Pero él también se ganaría el amor de su hija con el tiempo. Y el de ella. Costase lo que costase. Estaba más guapa si cabe que cuando la conoció y pensó en el tiempo perdido, en que ninguna mujer era como ella. Y ella, ahora, era la madre de su hija. Una locura.

Era la madre de su hija y eso le daba cierta ventaja para enamorarla y tener lo que habían compartido tan especial.

No podía haber sido más imbécil. La miraba y deseaba tirarla como un poseso en la tierra y poseerla hasta que gritara su nombre. Lo excitaba.

Había cambiado, vestía con trajes más elegantes y tenía un cuerpo que se moriría por quitarle esos trajes y morderle los pezones como a ella le gustaba. Levantarle la falda y... tenía que dejar de pensar en eso. Primero era enamorarla.

Nunca la había olvidado a pesar de que algunas mujeres habían pasado en ese tiempo por su cama. No tantas como la prensa rosa decía. Pero no había sido ningún santo y aunque las comparaciones eran odiosas, era ella la única por la que había sentido algo, incluso miedo. Pero ahora ya no lo tenía.

Estrella, debía irse al trabajo y le dijo a Ángelo que iba a despedirse de la abuela.

—Dame un beso mi niña preciosa. Nos vemos mañana, sé buena con papá, con la abuela y con Emily.

—¿Y para mí no hay beso ni abrazo?

—De momento, tendrás que aguantarte —lo miró irritada.

—Una pena... con lo guapa que estás.

A las doce se fue con el corazón encogido, pero a la vez, respetaba que padre e hija debían conocerse. Seguro que aunque como pareja, dejaba que desear, sería un padre estupendo. Llegaría a querer a Carol. Era una niña especial y era suya.

Cuando llegó al trabajo, se le olvidó todo, porque se metió de lleno en el evento que tenían esa noche y el domingo por la tarde—noche y todo era movimiento en la cocina, incluso en su despacho, revisiones, y carreras.

Cuando terminó esa noche y recogieron, eran más de la una de la madrugada. Dejaron preparados parte del evento del día siguiente, cerró su despacho y se fue a casa. Había sido otro éxito, del que salieron dos fiestas más.

Su comida gustaba mucho. Era de especial calidad, fresca y novedosa y siempre cambiante y con nuevos platos y tapas.

Inventaba tapas o cuando llamaba a casa, en España, o su hermana iba a sitios o de vacaciones, le comentaba tapas nuevas que ella las iba incorporando a la carta.

Cuando llegó a la casa eran más de las dos de la mañana. Al entrar vio luz en el despacho y se asomó por si la habían dejado encendida. Allí estaba.

—¡Buenas noches! ¿Qué haces a estas horas? —le preguntó a Ángelo.

—Te esperaba. Mientras, trabajaba un poco.

—No tienes por qué esperarme. Cuando trabajo de noche, llego tarde.

—Quería hacerlo.

—¿Y qué tal ha estado la niña contigo?

—Estoy derrotado, es una charlatana de cuidado. Es un encanto. Me ha dado mil besos y lo hemos pasado de maravilla. Si me das permiso, la puedo llevar al parque mañana, hacemos un picnic y vemos los patos.

—No sé.

—Vamos, Estrella. Es mi hija también, ya no soy un desconocido para ella y me gustaría pasar a solas un rato con ella y disfrutar.

—Está bien, pero me prometes estar de vuelta antes de las cuatro. Suele echarse una siesta.

Cuando iba a salir del despacho, le cogió la mano y tiró de ella hacía la mesa. Se levantó y la besó en los labios.

—¡Buenas noches pequeña

—¡Buenas noches! No debes hacer eso —le dijo enfadada.

—Me gusta hacerlo.

Subió los escalones hacia su habitación con el sello de los labios de Ángelo en los suyos. Se duchó y le dio un beso a su pequeña y cayó muerta en la cama de cansancio, soñando con ese beso del pasado que se hacía presente.

A la mañana siguiente, se levantó antes, pues debía irse sobre las ocho de la mañana, porque tenían unos aperitivos al mediodía y no volvería tan tarde. Así podía pasar parte de la tarde del domingo con su hija, cuando su padre la trajera del parque.

Ángelo estaba desayunando, porque sabía que ella se levantaba ese día temprano y quería aprovechar todos los momentos con ella.

—Has madrugado para ser domingo. —le dijo porque parecía que la estaba siguiendo.

—Quería verte antes de que te fueras a trabajar.

—Ten cuidado con la niña en el parque por favor.

—Estrella, lo tendré, no te preocupes. Pero tenemos que hablar de nosotros y de la niña. Así que he pensado que si el lunes lo tienes libre...

—Sí, lo tengo libre.

—Pues cenemos esta noche, cuando se acueste Carol.

—No sé Ángelo si es una buena idea.

—Lo será, tenemos que ponernos al día. Y además tenemos que hablar de la niña.

—Está bien. Pero no vamos muy lejos. Estoy cansada.

—Buscaré un buen restaurante por aquí cerca. No te preocupes.

—Bien, hasta luego. Que lo paséis bien en el parque. Y ten cuidado.

—¡Hasta luego, guapa!

Lo miró con los ojos entrecerrados. Daba por hecho que nada había cambiado y eso la frustraba. Actuaba como si hubiesen reanudado la relación que tuvieron y no hubiesen pasado esos tres años.

Le daban ganas de darle un puñetazo en esa sonrisa suya preciosa y esa seguridad que siempre tenía.

Se sentía desarmada. No podía reprocharle nada, pero sentía rabia o celos de que no la hubiese valorado como merecía. Estaba hecha un lío.

Desde que había llegado, había puesto su mundo patas arriba. Tenía que hablarlo con alguien y esa sería Carol. Encontraría un momento para hablarle a la abuela.

Estaba confusa y confundida y sabía que Ángelo tenía un plan y eso la ponía nerviosa y en tensión.

Para ella, el día transcurrió con normalidad y volvió a casa a las tres y media de la tarde. Se duchó y buscó a Carol. Le contó todo lo que sentía.

—¿Tú lo amas aún?

—Sí abuela. No sé qué hacer, me ha propuesto matrimonio, como si tuviese que hacerlo por la niña y me niego a eso. Y lo dice en tono de ordeno y mando. No puede hacer lo que quiera cuando quiera. No puede venir después de tres años a organizar nuestra vida y la de la pequeña. Sigue siendo el mismo impulsivo de siempre.

—A lo mejor puedes darle una oportunidad. Todos hacemos tonterías en la vida y quizá ha llegado el momento en que ha crecido y esté preparado para tener una familia. Además, si lo amas y él se ha enamorado de su hija, podéis formar una bonita familia. Sé que mi nieto siente algo por ti. Se le nota cuando te mira. No te ha olvidado.

—Pero es atracción sexual. Y ¿por qué ha tenido tantas mujeres? No ha venido antes por mí. Y eso no me consuela nada. Es más, me siento celosa y humillada.

—Esas mujeres no han significado nada en su vida. Los hombres son así, pueden salir y acostarse con mujeres y que no signifique nada. Contigo puede tener atracción sexual, eres muy guapa, pero puede sentir algo por ti distinto. O las dos cosas. Debes descubrirlo, por ti y por la niña. No te cierres cariño. Perdonar hace grande a las personas. Lo importante es que después te respete. Antes, como tú decías no teníais una relación. Erais amigos con derecho a roce. Pero ahora, las cosas han cambiado. Tenéis una hija maravillosa. No te rindas. No pierdas lo que quieres. Lucha por él. Quizá haya cambiado. Y sobre todo no le niegues a tu hija una familia contigo y con su padre, unidos y amándose por cabezonería.

—Siempre sabes qué decir y me tranquilizas Carol. Por eso te quiero tanto. —Y la abrazó.

—Y yo a ti, porque quiero que seas mi nieta legalmente. Cuando yo muera esta casa será vuestra, de los dos. Es un sitio perfecto para vivir. Sé que te gusta mucho y a la niña también. Y me gustaría que este legado, no se perdiera.

—Me encanta. Pero no te vas a morir. Tienes que seguir a mi lado. Siempre. No sé qué haría sin ti... Te quiero tanto, como si fueras mi abuela.

—Si pudiera tener más vida... ¡Mira ya parece que vienen!

Ángelo traía a la niña dormida, pero vio cómo se abrazaban la abuela y Estrella, y se emocionó. Verdaderamente se querían y Estrella había mirado y cuidado a su abuela y eso no tenía precio para él. Llevaron a la pequeña Carol a la cuna y dejaron a Emily con ella.

Las saludó a las dos. Le dio un beso a su abuela. Y le dijo a ella

Antes de que me preguntes, sí, se lo ha pasado en grande. Su padre la ha mimado, le he comprado comida para los patos y ha comido una hamburguesa infantil y helado de chocolate. Quería traerse un pato — ella se rio de la ocurrencia— Es lo que su papá no le ha podido conseguir. Se ha tirado por los toboganes y columpios e incluso ha hecho un amiguito.

—Fenomenal. Gracias. Me alegro de que se lo haya pasado bien y de que te quiera —dijo riendo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó a ella. No la dejaba respirar. Era tremendo.

—Pensaba darme un baño en la piscina, y relajarme, pero estando tú, me da vergüenza.

—Vamos, no seas tonta. Me pongo el bañador y nos bañamos juntos. Hace una tarde magnífica para hacer ejercicio.

Se bañaron en la piscina. Ella llevaba un bikini que resaltaba las curvas de su cuerpo y Ángelo no pudo menos que excitarse.

Se tiró al agua y nadaron un rato, echándose una carrera. Luego descansaron en uno de los bordes. Él se puso frente a ella, demasiado cerca y le echó la coleta por detrás.

—Eché de menos tu pelo. Es precioso. Tan largo y liso...

—¿Cuándo? ¿Cuándo estabas con otras? —Le reprochó sin necesidad.

—¿Estás celosa? — mirándola a la cara y poniendo ambas manos a su lado acorralándola. Estrella se avergonzó de haberle reprochado nada, porque no debía — Siempre. Siempre te he recordado y siempre te he comparado con las otras mujeres con las que me acosté después de ti, que no fueron tantas como la prensa rosa dijo. Nunca he sentido con ellas, lo que sentía contigo. Tu piel y tu olor, no se me han olvidado. Me siento estúpido por haberte hecho daño y sobre todo por no poder haberte contestado, borrarían mis llamadas. Ten por seguro que si hubiese visto tu número, hubiese contestado.

—Las veces que volviste, no te pusiste en contacto conmigo, ni me buscaste.

—No podía, sabía que me iba de nuevo. La distancia haría lo mismo y no quería ni estaba dispuesto a un ir y venir contigo. Podías tener a alguien en tu vida. Tampoco sabía si tenías a alguien. Estuve tentado mil veces de llamarte, pero no lo hice por esa razón. Pero un día fui a verte al salir del trabajo. Ibas con un cocinero. Estabas guapísima, pero no pude acercarme, me iba de nuevo, pero me prometí hacer lo posible por merecerte. Por eso no he tenido relaciones con ninguna mujer desde hace un año. Sólo me dedique a trabajar.

—No me creo que hayas estado un año de ayuno sexual. Y, ¿tu prometida?

—Veo que esto es un interrogatorio. Mi prometida, fue cosa más de mis padres que mía. Cuando supe que eso no llegaba a ningún lado, corté la relación. Y tienes que saber, que hace un año, me prometí que no saldría con ninguna mujer. De hecho, no me habrás visto en las revistas. Ya te lo he dicho. Quería recuperarte. Cuando te vi, me di cuenta de lo imbécil que había sido y vine dispuesto a recuperarte, cuando te encontré aquí.

—Es cierto. No has salido en las revistas de la prensa rosa. Pero eso no quiere decir que no hayas salido con alguna mujer.

—Quería enderezar mi vida. Estaba harto de mujeres vacías de piernas largas. Me he dedicado a trabajar mucho para volver pronto. Y aunque no me creas iba a investigar si salías con alguien, cómo te había ido, iba a pasar por tu casa.

—¡No me lo puedo creer! —dijo ella con incredulidad.

—Créelo, iba a conquistarte de nuevo, porque nunca he dejado de pensar en ti. Quería sentar cabeza contigo. Volver a tener lo que tuvimos, pero comprometidos, eso sí, si estabas libre. Y ahora me encuentro con que tenemos una hija que nos une. No puedo dejar pasar eso por alto, Estrella. No puedo.

—Pero no me amas.

—¿Me amas?, ¿tú?

Ella no contestó. Le pilló desprevenida y él le dijo que podían intentar salir y conocerse.

—Podemos salir juntos, a cenar o a pasear como antes, pasar tiempo juntos y con nuestra hija. Tener una oportunidad de ser una familia. No te estoy pidiendo retomar donde lo dejamos, sino un nuevo comienzo para los dos, de forma diferente. Te pido un compromiso, contigo, independientemente de nuestra hija. Me atraes y me excitas y me sigues gustando mucho y nunca, nunca, Estrella, he sentido con ninguna lo que sentí contigo haciendo el amor. No he podido olvidarte. Tu cuerpo, ese pelo que me encanta y tus grandes ojos. Tus pezones duros cuando los besaba.

—¡Calla! No quiero oírlo. Sabes decir las palabras adecuadas. Eres un conquistador nato.

—Solo me interesa conquistarte a ti. A nadie más. Por tu culpa llevo un año de ayuno sexual y

si estuviésemos solos te poseería ahora mismo aquí en la piscina.

Se acercó más a ella para que sintiera su erección bajo el agua. Ella tembló y se le endurecieron los pezones cuando él se arrimó a ella y arrimó su sexo duro al suyo, acorralándola con las manos contra el borde de la piscina.

—Y aún existe esto entre nosotros, llámalo como quieras, pero me excitas. Y tú también te excitas, reconócelo. Reconoce que lo sientes tanto como yo, que no me has olvidado.

Lo reconozco —dijo Estrella bajando los ojos —Eres un hombre guapo y sexy. Siempre lo has sido. Les gustan a las mujeres y yo no soy una excepción.

Se arrimó más a ella. Metió la mano entre sus sexos y tocó el de ella, que cerró los ojos sintiendo lo que no había sentido hacía casi tres años. Lo necesitaba. Le apartó la braguita del bikini y movió su sexo como sabía, porque era suya. Estrella no podía moverse, solo sentir esa mano experta que tanto ansiaba, gimiendo, hasta que estalló en un orgasmo inesperado que él tapó con un beso intenso y feroz.

—¿Dime que no me necesitas! —le pidió él.

—Eso no es justo, sabes que me gustas, mucho.

—Pues podemos empezar por ahí de nuevo. Algo es algo. Me conformo con eso, de momento.

—El sexo no lo es todo, Ángelo —le dijo recobrando la respiración.

—El sexo siempre ha sido una parte muy importante e imprescindible entre nosotros, pero no es sólo eso lo que yo busco contigo.

—¿No?— le dijo ella desconfiada

—No, ya te lo he dicho, busco un compromiso serio. Ahora tengo una hija y la madre de mi hija es la que iba a elegir para ello, pero me he encontrado a la familia hecha. Solo faltan las formalidades. Te quiero en mi vida, Estrella y no cejaré hasta que seas totalmente mía. ¿No te gustaría que fuésemos una familia, con el padre de tu hija? Nos llevamos bien en la cama, nos compenetrábamos bien, éramos cómplices. Yo quiero eso en mi vida y tener tu cuerpo por las noches calentando mi cama. A ninguna otra. Te seré fiel Estrella. Te demostraré que he cambiado. Llevo un año luchando, trabajando como un loco por volver a tu lado.

—No sé qué decirte Ángelo. Necesito tiempo. Entrás en mi vida de nuevo como un huracán adaptando la vida de todos a tus deseos.

—No eres justa. No he sabido nada de mi hija en dos años, Estrella. Pero tendrás todo el tiempo que quieras, pero no sola. Estaré contigo y con mi hija. Yo no te reprocho que no me lo hayas dicho. Has tenido dos años para ello y si hubieses querido me lo habrías dicho. He tenido una hija durante dos años que no sabía que existiera. El que haya tenido mujeres no es una excusa para no decírmelo. Habrás tenido tus motivos, pero no soy culpable de ello. Y no te lo reprocho, pero sí que me duele que nunca me lo dijeras y no me digas que no has tenido oportunidades para ello.

—En eso tienes razón y te pido perdón por ello. No tengo excusa, por muy celosa que pudiera sentirme, tendría que habértelo dicho. Siempre podría haber buscado una forma. Pero no lo hice para dejarte libre. No quería que tuvieras compromisos conmigo por ello.

—Pero eso debía decidirlo yo, ¿no te parece? Nuestra relación era la que era. Pero una hija, es distinto. Tú la quieres más que a tu vida pero yo también. Ponte en mi lugar. No he podido estar ahí. Pero ahora todo será diferente. Y quiero que tú formes parte de esa vida que quiero crear con vosotros

—Tienes razón. No debí ocultártelo, perdóname, de verdad. Pero no lo hice con mala intención. Quería que fueras libre y que hicieras tu vida a tu manera. No quería que te sintieras atado a mí por una hija.

—Pero es mía también. No debías haber tomado esa decisión por mí. Si yo lo hubiese sabido, hubiera estado contigo desde el momento en que me hubiese enterado de que estabas embarazada, no lo dudes.

—Lo siento, lo siento tanto... Estaba sola y dolida y justo cuando me enteré de que estaba embarazada supe que te habías comprometido y me sentí humillada de que en tres meses me hubieses olvidado tan pronto. Me sentí utilizada como las demás mujeres con las que estuviste — Las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—No pasa nada pequeña. No llores, has llevado todo el peso tú sola, pero ahora estoy yo para ayudarte y compartirlo. Haremos lo que sea mejor para todos.

Y la abrazó fuerte y la consoló.

Ángelo, no iba a reprocharle nada. Estrella había tenido sus motivos y él tampoco la había llamado. Todos esos malentendidos iban a solucionarlos por el bien de su hija. No iba a dejarlas a ninguna de las dos.

Tenía algunas ideas para formar su familia y empezaría por conocer a su pequeña, pasar la mayor parte del tiempo con ella, amarla y ser un buen padre. La pequeña, lo había enamorado, era idéntica a él y era su niña.

Era preciosa y graciosa como su madre, impulsiva como él. Nunca imaginó ser padre, al menos de momento, pero cuanto más conocía a la pequeña, más padre se sentía, más se preocupaba por todo.

Luego estaba la abuela, que se la veía más feliz que nunca. Estrella no había querido llevar a la pequeña a la guardería. Habían contratado a una chica para que pasara el mayor tiempo posible con la abuela y todos estaban encantados con la decisión y a pesar de todo, lo hizo para darle vida a la abuela, que estaba loca con su biznieta, que encima Estrella había elegido su nombre.

Se ve que Estrella, era una mujer que hacía feliz a la gente a costa de su generosidad y por eso la amaba y la amaría siempre. Ahora estaba seguro que de que era la mujer de su vida, que no había otra mejor para él, que era generosa y guapa y que la deseaba como a ninguna.

Debía darle un tiempo, pero cómo dárselo con lo que la deseaba, y ella no era inmune a sus manos y a sus besos. Lo había comprobado en la piscina. Era tan hermosa...

Y sobre todo, él no había aportado un dólar a la vida de su hija, ni ella le había pedido nada. Era una mujer coraje. Bien, que vivía en casa de la abuela, pero los gastos de su hija no consentía que la abuela los pagara, ni la ropa ni a Emily, ni los seguros médicos de ambas.

Y cuando celebraban una fiesta, no cobraba nada y ponía lo mejor, e incluso traía siempre algo del catering para que la cocinera no tuviese que hacer de comer los fines de semana y porque sabía que a la abuela le gustaba la comida.

La abuela era generosa con ella, pero ella, no se quedaba atrás y se preocupaba por todos y había visto como trataba al servicio, como si fueran parte de la familia.

Era única e inigualable y por eso la adoraba. También porque había educado a su hija de forma magnífica, con tantas horas como pasaba en el trabajo.

Y había estado sola pariendo a su hija, sin él, y eso era lo que más le dolía. No haber visto nacer a su pequeña. Haberla apoyado y ayudado. Sus primeros pasos y sus primeras palabras. Pero eso, ya no tenía solución a menos que tuvieran otro hijo y entonces sí que sería distinto. Pero hablar de otro hijo era adelantar acontecimientos. Si ella supiera qué estaba pensando, lo trataría de loco de remate.

Lo único que sabía con certeza es que tenía una hija de la mujer que amaba y que pensaba casarse con ella antes de lo que Estrella creía. Su hija no iba a entrar al colegio con sus padres separados. Que las cosas se le presentaban más fáciles de lo que en un principio había pensado.

Por la tarde sentado al lado de la abuela, mientras ella, se arreglaba para salir con él a cenar...

—Abuela... ¿eres feliz aquí con Estrella y mi hija?

—Soy la mujer más feliz del mundo. Desde que estaba tu abuelo vivo, nunca fui más feliz, cariño. ¿Qué piensas hacer?

—La amo, nunca la he olvidado a pesar de todo lo que hayas visto. Quiero casarme con ella y ser una familia.

—A ella le gusta la casa y la pequeña ya está acostumbrada y la ha inscrito en el colegio que hay en la urbanización.

—No pienso irme a ningún sitio donde no estén ellas. Me gusta la casa también.

—¿No te importa tener a tu abuela y al resto del personal?

—Abuela, que cosas tienes, no, no me importa.

—Lo digo porque sois jóvenes.

—No me importa abuela, de verdad. Haré lo que diga Estrella y estoy segura de que ella no va a dejarte. La he visto cómo es parte de esta casa y con el servicio como si fueran su familia y a mí me gusta también estar aquí y lo sabes. No te dejaremos sola.

—Gracias cariño, pero tiene que tener cuidado con Estrella, ir paso a paso. Ella te ama, no te ha olvidado, pero te ha visto con mujeres en las revistas y ha sufrido mucho.

—¡Maldita sea!, abuela, he sido un estúpido. Si te hubiese hecho caso antes...

—Entonces, no serías mi nieto. Pero estoy seguro de que ella te perdonará y seréis una familia feliz y si la haces desdichada yo mismo te mataré con mis propias manos.

—Abuela... tu nieto soy yo.

—Ella también lo es y vuestra hija, es mi biznieta. Y es una mujer valiosa, encantadora, la mejor madre y una luchadora nata. Se preocupa por todo y por todos y jamás, jamás habla de mi dinero ni de nada, que lo sepas. Al contrario, trae todo lo que puede y se ha encargado de la niña. Salvo cuando yo quiero regalarle algo y vivir aquí. Pero que sepas que es una joya que no sé si te mereces.

—Me haré merecedor de ella. La admiro abuela, y a ti te quiero tanto... si no fuese por ti...

—Y si no fuese por ella, yo estaría más triste que un pez globo. Y ahora esto tiene vida.

—Ya viene.

—Trátala bien, hijo.

—No hace falta que me digas más. Es mi mujer.

Y la abuela sonrió porque era cierto.

CAPÍTULO 8

Cuando la peque se levantó de la siesta, estuvieron jugando un rato con ella. Estaban todos sentados en el jardín. La tarde, era preciosa y el olor de las flores en el jardín hacía del lugar un lugar maravilloso. La abuela estaba muy feliz, porque la casa estaba llena de vida. Y ahora, la casa estaba completa. Ella, sabía que iban por buen camino y que su nieto y Estrella, estaban hechos el uno para el otro.

Y los veía felices y que eso iba a buen puerto. Esos dos se querían. Ella lo sabía mejor que nadie. Y llegarían a la mejor solución para todos.

Sus nietos, su bisnieta y ella sabía cómo se miraban y ahí había atracción y química entre ambos, que tenían que resolverla. Le gustaría tanto verlos casados...

Hacer una gran boda en los jardines y cuando ella faltase, que la casa siguiera tan viva como ahora. Llena de gente y no solitaria como había estado tantos años tras la muerte de su marido.

Cuando anocheció, se vistieron para ir a cenar. La niña ya estaba en la cama. Mientras ella, se vestía, Ángelo mantuvo una conversación con la abuela en el jardín mientras la esperaba.

Estrella, se puso un vestido negro, estrecho por encima de las rodillas, sin mangas, unos tacones altos de plataforma y se dejó el pelo suelto, sujetado atrás con horquillas.

Unos pendientes en forma de cruz y un bolso de mano. Por encima se echó un chal rosa palo.

Ángelo, se puso un traje azul, con camisa azul marino y zapatos marrones.

A ella le gustaba cómo vestía Ángelo. No le gustaban los hombres con pantalones anchos o de pinzas. En cambio, le parecía muy sexy con pantalones estrechos, de corte italiano.

Y sobre todo, le parecían excitantes los hombres con reloj. Según ella, les daba un aspecto de hombre especial y sexy. Y por eso, le encantaba Ángelo físicamente, porque tenía todo lo que le encantaba en un hombre.

Por todo ello y su andares seguros, porque era alto y fuerte, guapo e inteligente. Pero como todo hombre tiene su fallo y el de él, eran las mujeres y eso no lo llevaba muy bien. Tenía miedo de que volviera a dejarla o que volviese a las andadas.

—¡Estás muy guapa! —le dijo con admiración.

—Gracias, tú también.

—Has cambiado desde que te conocí.

—¿Porque visto con ropa más elegante?

—No, no solo es la ropa, eres tú. Mi hija te ha cambiado.

—¿Ahora es solo tu hija?

—Nuestra hija, perdona —le dijo en tono irónico.

—Menos mal que algo he puesto —Él se rio con ganas.

—Venga, te llevo a un restaurante cercano, como querías.

Ella besó a la abuela y él también y se despidieron de ella que los había estado observando sin decir nada.

Tardaron quince minutos en llegar al restaurante.

—Como te prometí, no muy lejos.

—Gracias, te lo agradezco. Si no es por trabajo, no me gusta alejarme de Carol, ni de la abuela tampoco, es muy mayor y aprovecho todo el tiempo que puedo con ellas.

El restaurante era pequeño, pero precioso e íntimo. Llegó el camarero y pidieron.

—Tengo que agradecértelo yo, que cuides tan bien tanto de una como de otra. ¡Estás preciosa!

¿Te has dejado el pelo suelto para mí?

—Me he dejado el pelo suelto.

—Mentirosilla —dijo acercándose a ella y soltándole un beso en los labios.

—¡Eres un arrogante! Y un bobo vanidoso.

—¿Eso quiere decir que me perdonas? ¿Qué podemos salir juntos como pareja?

—¡Qué raro!... nunca me lo pediste y yo nunca te pedí nada y ahora quieres comprometerte.

—Y casarme, que no se te olvide, y contigo, con nadie más.

—Y casarte, sobre todo eso, ¿Qué ha cambiado?

—No creas que es por nuestra hija, que también. Ya te comenté en la piscina, que hace un año dejé toda la vida nocturna que llevaba y me siento bien. Quería volver a ti y ahora que tengo una oportunidad, no voy a desperdiciarla.

—Me cuesta creerte, Angelo.

—Debes hacerlo. Hace un año, desde que te vi salir del trabajo que lo supe, que no quería estar con ninguna mujer que no fueras tú y tuve que esperar rezando para que no tuvieses otro hombre. Y no me he acostado con nadie, por decimoquinta vez te lo digo.

—Eso me cuesta más creerlo.

—Bueno, he tenido yo solo, pero yo solo pensando en ti. Y es muy satisfactorio, no creas.

—¡Calla, no me digas eso!

—Es que es cierto. Me di cuenta de que no había ninguna como tú. Y no veía el momento de verme de nuevo. Saber que tenemos una hija tan maravillosa, tan vulnerable, que me ha enamorado y saber que la tengo contigo, es el mejor regalo que Dios me ha dado y que no me merezco.

—Sí te lo mereces. No tuvimos ningún compromiso. Yo siempre pensé que lo nuestro tendría un fin. Y debí decírtelo antes, lo siento tanto...

—No pasa nada preciosa. Lo importante es que ahora estamos juntos. Un fin para un nuevo comienzo.

—No sé...

—Danos una oportunidad. No quiero que mi hija crezca ni vaya a la escuela con sus padres separados. Quiero que nos vea juntos como los demás niños, no quiero que tenga traumas por ello, que la metamos en la cama cuando despierte, con nosotros y jugar. Te quiero a ti en mi cama. No me hagas esperar mucho Estrella.

—¿Te das cuenta de que acabas de llegar y ya estás poniendo reglas cuando debía ser yo las que las pusiera? Siempre has sido un hombre impulsivo y terco.

—Lo sé, me conozco, tengo que vivir con ello, pero no dejes que el tiempo pase, Estrella, ¡perdóname! He sido un estúpido, un imbécil, pero ya no puedo deshacer eso, solo enmendarlo. Quiero hacer las cosas bien ahora.

—Si no tengo nada que perdonarte, de verdad.

—Eres la mujer más maravillosa del mundo. Dudo que nadie tenga tanta suerte como yo. Te lo digo en serio. Eres perfecta. Y quiero que seas mía. Tenemos una hija en común. Dedicaré mi tiempo a haceros felices a las dos. No te arrepentirás nunca.

Cuando terminaron de cenar, y llegaron a casa, él paró el coche, y se quitaron el cinturón de seguridad, pero no se bajaron. La miró a los ojos en la oscuridad de la noche y la atrajo con la cabeza hacia la suya y la besó.

Ella le correspondió. Sintió un río de lava entre sus piernas. La abrazó por la cintura, echó el asiento para atrás y se la subió a sus piernas como un adolescente. Mordió sus pezones por encima del vestido y le bajó la parte delantera, liberando sus pechos.

—Son más grandes de lo que recordaba.

—Nos van a ver, loco —dijo temblando entre sus manos.

—Estamos en la oscuridad. Nadie nos verá pequeña.

Los lamía y besaba sus pezones, mientras le levantaba la falda del vestido y le arrancaba el tanga que llevaba. Ella dio un salto y lo miró excitada.

Se abrió los pantalones y se puso un preservativo y entró en ella de un empujón. Ella lo recibió como quien llena su casa. Empezaron a moverse hasta que ella, echó la cabeza hacia atrás.

—Él no había visto nada más hermoso, ni nunca había estado más excitado que con ella. Esa postura de adolescente en el coche hizo que el clímax llegara antes de lo que pensaban. Fue un clímax potente y salvaje.

—Perdona, no podía aguantar más —dijo juntando la cabeza con la de ella mientras recobraban las respiraciones.

—No ha sido necesario. Hace casi tres años que no lo hago.

—¿En serio?, ¿no has tenido relaciones con nadie?

—No. Después de ti, no. ¿Cómo y con quién iba a tener relaciones? Mi vida ha sido el trabajo y nuestra hija. Y tu abuela.

El, se abrochó los pantalones y le puso bien el vestido con delicadeza. La besó en los labios, la abrazó.

—Me gusta que no hayas tenido relaciones. Soy un egoísta, lo sé, pero ahora saber que otro te hace lo que yo te hago, no me agradaría nada.

—Eres un machista redomado.

—Más bien celoso. Te quiero para mí solo.

—No creo que tengas problemas con eso, salvo con tu ego, como siempre.

—Me encantas. ¿Dormimos juntos esta noche?

—Para eso tendremos que dormir en tu habitación. La niña duerme en el anexo con Emily.

—Pues te vienes a la mía. Mañana podemos hacer el cambio y poner en la mía a la pequeña con Emily y dormir solos. No queremos que Emily nos oiga, ¿no? Quiero dormir contigo todas las noches.

—No sé...

—Venga. No seas tontilla. Cómo nos vamos a conocer de nuevo si no.

—Claro, acostándonos.

—Acostándonos y abrazándonos y besándonos y hablando. De todo se puede hacer en la cama, Estrella. Tenemos que ponernos al día de todo. Dame un beso, anda

Y esa noche, ella cedió a sus deseos y al suyo propio, y durmieron en la habitación de Ángelo. Hicieron el amor apasionadamente por lo menos, dos veces más. Ella no tenía que ir al trabajo al día siguiente, pero él sí, e iba dormir muy poco. Se quedaron dormidos abrazados. Cuando se despertó, él se había ido al trabajo.

Esa mañana se encontró a la abuela en el jardín, y habló con ella de lo que había pasado. La abuela se alegró y le pareció estupendo que hicieran vida juntos antes de tomar una decisión.

Decidieron que cambiarían la habitación de la niña a una frente a ellos, así Emily podría dormir en la cama y la niña aún en su cuna. Y eso hicieron, además, quitarían la cama de la habitación anexa. Podían poner una sala para ver la televisión o de lectura, o el despacho de ella que tenía junto a la ventana.

Cuando se lo dijeron, estuvo de acuerdo y esa noche la habitación estaba cambiada cuando él llegó del trabajo. Todos se encargaron de arrimar el hombro y ayudar en el cambio.

Todo quedó precioso. Y a eso de las doce llegó un paquete con la ropa de Ángelo y la

sirvienta se encargó de ponerla en su vestidor.

Y la niña y Emily, se cambiaron a la habitación de enfrente dándoles la intimidad que necesitaban.

Cuando vino Ángelo por la tarde-noche, todo estaba colocado. La ropa de él en el otro armario que tenía la suite y compartirían el baño. Ahora eran una familia.

La abuela dormía en la otra ala de la casa, otra suite en la que dormía en el cuarto anexo el enfermero. El resto del personal dormía en la última planta.

Cuando Ángelo llegó, la niña corrió a sus brazos. Estaban sentadas en el jardín, madre e hija. La niña estaba jugando y ella leía una revista de cocina y hacía unas anotaciones.

—Papá, papá.

El la levantó en volandas colmándola de besos y haciéndole cosquillas. La niña se reía y se colgó del cuello de su papá. Eran felices. Estaba muy orgulloso de que la pequeña se hubiera enamorado de él, como él de ella. Estaban forjando un lazo estrecho y maravilloso.

—¡Esa es mi niña guapa!

Después se acercó a ella y la besó en los labios.

—¿Qué tal el día pequeña? —le dijo en un tono amoroso.

—Muy bien. Hemos hecho el cambio. Tu ropa está en uno de los vestidores de la habitación y hemos cambiado a la pequeña a la habitación de enfrente.

—Eres una mujer muy eficiente. Me encantas. ¿Lo sabes? Esta noche estaremos solos —y volvió a besarla y esta vez el beso se alargó y la niña se reía separándolos porque no había visto besar ningún hombre a su madre.

Estrella se sintió un poco agitada y nerviosa, pues de verdad se estaban pareciendo a una familia y eso la desazonaba un poco, aún no tenía la confianza suficiente y no se fiaba de Ángelo del todo. Pero no cambiaría por nada la vida sin él.

Esa noche durmieron solos en la habitación y aunque los dos madrugaban al día siguiente que era martes, se durmieron tarde, haciendo el amor.

Cuando descansaban desnudos, ella, le preguntó por su vida en Roma, sobre todo por su prometida rubia.

—¿En serio quieres hablar de ello, Estrella? —preguntó él sorprendido.

—Sí, si vamos a tener un nuevo comienzo quiero saber que ha ocurrido en esos tres años que hemos pasado separados.

—Está bien, si tú quieres..., lo haremos, pero que conste que no quiero recordar algo que pueda herirte.

—Ya estuve herida, y por ello quiero superarlo, que tú me lo cuentes. Me dolió mucho perderte, ya sabes, aunque nouviésemos un compromiso, pero me acostumbre a ti— ella obvió decirle que se había enamorado de él. Aún no era tiempo de decirlo— y me dolió sobre todo la forma en que terminamos.

—Lo sé, hubieras preferido algo directo y sincero. Y me arrepiento de haberlo hecho de otro modo. Me arrepiento en el alma. No sé cómo pude hacerlo, siendo tú tan maravillosa. He tenido mucha suerte de tenerte de nuevo entre mis brazos.

—Bueno, nunca me prometiste nada y yo nunca te prometí ni te pedía nada. Fue algo mutuo, una historia bonita, excepto el final.

—Cuando estaba en Palermo y en Roma, pensaba en ti, en serio. Pero mis padres me prepararon una encerrona con unos amigos suyos de toda la vida. A ella, la conocí de pequeña, pero ni la recordaba. Los padres hablaron de casarnos y unir a nuestras familias. Dos buenas empresas, ya sabes. Ella creo que tampoco estaba enamorada de mí. Nos vimos arrastrados por la

vorágine de los deseos de nuestros padres, pero, eso estaba abocado al fracaso desde el principio.

—Sí, pero te vi, cuando la trajiste a Nueva York y yo me cambié a un hotel de Manhattan, para que no supieras que vivía con la abuela. Y vi en una revista que os ibais a casar y habías traído a tu novia. Se veía besándoos. En distintas revistas de distintas formas.

—Sabes cuándo una revista, el reportero te dice... ¿un beso, un beso para la foto? Pues no teníamos más remedio. Éramos más amigos que novios y cuando volvimos, nuestros padres habían ido a las revistas a anunciar nuestra boda. Y tuvimos que revocar la boda entre los dos, para desgracia de nuestros padres. Y eso fue todo mi compromiso.

—Pero luego te vi con más mujeres en revistas.

—Sí, es cierto, cielo. No tantas como la prensa rosa dice, pero sí salí y me acosté con varias mujeres —ella se sintió triste y derramó un par de lágrimas.

—¿Te das cuenta de por qué no quería contarte nada? Te hace daño y no quiero verte sufrir, pequeña. Pero te juro que nunca significaron nada, para mí, sólo era un desahogo de una noche. Y te juro que contigo, nunca lo fue. Tú eras distinta para mí, desde la primera vez que te vi, al lado de la abuela en su cumpleaños. Tan pequeña y con esa sonrisa preciosa, tratando tan bien a mi abuela. Y me quedé a observarte. ¿Recuerdas?

—Sí, eras vanidoso e insoportable —le dijo recobrando el humor y bajando la mano hasta su sexo.

—No toques ahí, es peligroso. Sabes que no me puedo resistir a tus manos.

—¿No?

—No. Esas manos, me hacen maravillas.

Pero ella no pensaba hacerle nada con las manos, sino con la boca y bajó a su sexo, que ya estaba preparado y empezó a lamerlo y chuparlo como a él le gustaba.

—Eres muy mala —decía entre gemidos y jadeos agarrándose a las sábanas.

—¿Tú crees?

Y él no pudo pronunciar palabra alguna, porque lo que esa mujer le hacía le impedía hablar ni decir absolutamente nada que no fuese gemir de placer hasta conseguir liberarse.

—Tienes aguante para ser tan chiquitilla —le dijo al reponerse.

—Sí, lo tengo. Tengo un guapo moreno que me recarga las pilas por la noche.

—Sólo ha sido la primera noche, preciosa.

—Pues eso, espero que me las recargue todas las noches.

—Eso ni lo dudes.

Se quedaron un momento en silencio y ella volvió a sus brazos, recostándose en su pecho. Le gustaba estar así con él. Sentir su respiración pausada cuando se estaba durmiendo y su pelo revuelto por haber hecho el amor.

Era tan guapo... Era un pecado. Su pecado. Nunca podría resistirse a él. Y esperaba que todo cuanto le había dicho fuese cierto. Sufrir dos veces no lo soportaría.

Si él supiera lo enamorada que estaba de él. No se lo diría, si por esa razón podía perderlo de nuevo, lo mantendría en secreto.

Lo quería tanto... A pesar de cómo era, lo quería, con todos sus defectos. Ella también los tenía. Pero en los días en que estaba allí, había sido un padre excelente con su hija y un hombre encantador con ella.

No le había reprochado los dos años que había estado sin decirle que había tenido una hija y eso sí era reprochable.

Sabía que había cometido un error no diciéndoselo y él había sido generoso con ella en ese sentido. Se puso en su lugar y nada tenía que ver que él estuviera con otras a saber que tenía una

hija. Se arrepintió de no habérselo dicho.

Ese error quizá fuese mayor que el que él estuviese con otras mujeres cuando no se habían hecho ninguna promesa. Y sin embargo, él lo que había hecho es ponerse manos a la obra para hacer una familia.

Quizá debiera darle una oportunidad y dejar de pensar en ella solamente. Y en lo que sufrió.

Lo miró y se había dormido. Estaba desnudo y era hermoso, con el pelo revuelto, parecía más joven y sonrió al pensar cómo hacía todo, rápido, impulsivo, confiado y con una seguridad absoluta en lo que hacía. Con ellas era igual.

No sabía por qué lo había perdonado tan pronto, pero había sido tocarla y ella no se podía resistir a sus manos y a su cuerpo perfecto para ella. Estaba locamente enamorada de ese hombre.

No podía decir que la había hecho sufrir, sino que ella había sufrido por él, por eso aún desconfiaba.

Sentía cierto miedo a que volviera a su vida de siempre y entonces sí que sufría y ya no lo perdonaría jamás.

Era irresistible para ella. No se había resistido ni un día desde que volvió y eso significaba que no lo había olvidado y que era el amor de su vida.

El hombre que nunca pensó tener en ella. Ese hombre que la había amado y le hacía el amor como nadie, con el que tenía orgasmos maravillosos y que se había ganado a su hija en dos días.

Tenía unas cualidades que ni su hija podía resistírsele. Ya lo había comprobado. En cuanto entraba por la puerta, la pequeña Carol iba corriendo hacia él como una loca. Y su padre la cogía y la besaba

No podía dejar de mirarlo. Era su hombre. Era su hombre ahora y ella haría cuanto fuese para que siguiera siendo suyo siempre.

Ella estaba aún despierta y lo miraba y lo besó varias veces en los labios.

—¡Duérmete pequeña! No pienses tanto. Ya solucionaremos nuestros problemas.

—Creía que estabas dormido.

—Si me miras tanto no puedo dormirme.

—Eres malo, me has pillado. Te estaba mirando. Eres tan guapo...

—¡Qué boba! Comparado contigo soy un sapillo.

—Sabes que no, que todas las mujeres te miran por la calle.

—Y a ti los hombres y me voy a poner celoso.

—No porque te haría algo especial.

—Otra vez...

—Estás muy bueno, pero bueno, vale. Durmamos guapo —y él sonrió.

Y la apretó más a su cuerpo. Y sabía qué iba a hacerle.

—No decías que...

—Después.

—Ummmm...

CAPÍTULO 9

Los días pasaban con absoluta normalidad. Cuando Ángelo venía del trabajo o ella más temprano, jugaban con la niña en el jardín, o chapoteaban en la piscina si era más temprano y aún daba el sol. Y la abuela estaba más feliz que nunca. Había cumplido su sueño de ver a su nieto con una mujer guapa y trabajadora, además de que para ella, Estrella, era como una nieta.

A veces, salían de compras por los alrededores o a algún parque cercano para que la niña socializara. Y se llevaban a la abuela y a Mark.

Luego la bañaban, le daban de cenar y le leían un cuento, a veces, él, otras ella o los dos juntos.

Después cenaban con la abuela y comentaban el día del trabajo con ella, descansaban un rato en el jardín y se iban a la cama.

Él, quería que se acostara desnuda para sentir el olor de su piel y su calor. Hablaban de muchos temas y ella le contó que sus padres estuvieron en la casa, viendo a su nieta. Habían llamado a los padres de Ángelo y les habían mandado fotos de la pequeña y le habían contado la historia. Y pronto irían a ver a su nieta.

Estaban reconociéndose de nuevo. Hacían el amor de mil formas distintas y dormían abrazados como amantes.

Cuando Estrella tenía trabajo y llegaba de madrugaba, él aprovechaba para trabajar en el despacho y no se acostaba hasta que llegaba y se duchaban juntos y le daba un masaje para relajarla.

Una de las noches en que llegó tarde y él estaba en el despacho, le dijo que se duchara y que bajara, mientras terminaba un proyecto que tenía. A ella le extrañó verlo en pijama ya duchado, porque nunca lo hacía hasta que llegaba ella, pero no dijo nada, se ducho y se puso el pijama y bajó al despacho.

—¡Ven aquí! —dijo. Y la sentó encima de sus piernas—. Por favor, abre el primer cajón y dame un sobre amarillo por favor.

Ella abrió el cajón y encontró sólo una cajita de terciopelo rojo. La sacó. Había un anillo de compromiso con un diamante blanco maravilloso. Él la miraba con adoración.

—Es para ti. ¡Te amo Estrella! Te quiero, y no por nuestra hija y por la gran madre que eres, te amo porque eres la mujer de mi vida, porque no puedo vivir sin ti. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella, se emocionó y se le cayeron las lágrimas.

—Eh, eh, nena, no quiero que llores, quiero que seas feliz —abrazándola.

Se la puso en el dedo.

—Aún no he recibido mi respuesta.

—Sí, sí, sí. ¡Te amo! Te quiero desde el primer momento en que te vi en la fiesta de cumpleaños de tu abuela. Desde ese momento estoy enamorada de ti... Le dijo toda emocionada contemplando el anillo.

—¿En serio? Lo sabía...

—¡Qué tonto eres!

—No, soy el hombre de tu vida y te seré fiel y no habrá más mujeres en mi vida que tú y mi hija. Y ahora sí que nos vamos a la cama.

La cogió en brazos y la subió al dormitorio. Y allí hicieron el amor con la pasión de dos enamorados que se comprometen para siempre.

Al día siguiente, era Domingo y ninguno tenía que madrugar.

A la mañana siguiente, la abuela supo que estaban comprometidos y se puso manos a la obra para preparar la boda. En cuanto le vio el anillo, se puso como loca ya a organizar.

—Abuela, vamos a esperar un poco.

—Nada de poco, a mí no me queda mucho tiempo y quiero ver a mi nieto casado. Ese era mi sueño. Y ahora tengo mucho más, una bisnieta.

—Mi regalo para vosotros ya sabéis que será esta casa, el dinero que tengo y mis acciones.

—Abuela, no hables ahora de eso —le dijo Ángelo. Que parece que estás haciendo un testamento.

—Ya lo tengo hecho, por eso os lo digo. Yo sabía que esto terminaba en boda, desde mi cumpleaños y mi nieto te miró como a ninguna mujer ha mirado —dijo dirigiéndose a Estrella.

—Abuela, eres una casamentera —le dijo sonriendo su nieto y besándola.

—Carol, muchas gracias, que sepas que viviremos aquí, si Ángelo está de acuerdo. A mí me encanta esta casa. Es buena para la niña. Está cerca de todo y lo suficientemente aislada para tener tranquilidad— le dijo a la abuela Estrella en tono cariñoso.

Se acercó y le dio un abrazo a la abuela.

—Ángelo quiere vivir donde quiera vivir mi mujer —dijo Ángelo.

—Gracias cariño. Si quieres podemos poner fecha a la boda. La abuela tiene que planearla.

—Por supuesto, abuela, ¿qué te parecería que la hiciéramos aquí? Dijo Estrella, porque sabía que a la abuela le haría una ilusión tremenda.

—Me encantaría. Vamos a ponerle fecha primero y luego organizamos lo demás. Ya verás qué boda. No se habrá visto otra igual por los alrededores.

Ángelo y Estrella se miraban y sonreían. Hacer a la abuela feliz era una prioridad para ellos.

Se pusieron manos a la obra y planificaron la boda, pusieron fecha para el mes de Septiembre que era un mes en el que no hacía ni calor ni frío. Y era un mes bonito.

La abuela se empeñó en hacer una boda por todo lo alto, aunque ellos preferían una más íntima, accedieron por los deseos de la abuela.

Contrataron a un experto en bodas que casi hablaba más con la abuela que con ellos. Y la dejaron hacer todo menos la ropa.

Estrella, encargó a una empresa española de vestidos de novia uno de corte feria de Sevilla, en blanco y una mantilla pegada al pelo, larga. Y un ramito de novia de flores secas.

Se la enviaron y cuando llegó y se lo enseñó a la abuela, le encantó. Dijo que no había visto nada más hermoso. Quería ir estilo español, como ella siempre había soñado. Él, por el contrario iría de smoking.

Hubo que arreglar el bajo del vestido y la cintura estrecharla y lo llevaron a un modisto amigo de Carol, que se lo terminó en unos días.

El resto de la ropa la compró en Nueva York, en una boutique de lujo. Por un día que era especial, se lo permitiría. Los zapatos y la ropa interior.

Hicieron todo lo posible por traer a la familia de Estrella desde España y los padres de él de Italia acudirían sin duda a la boda de su único hijo.

Los alojaron en un hotel de lujo que era propiedad de los Santerini, los invitaron a todos una semana con los gastos pagados. La hermana de Estrella, también acudió con su marido.

Estaban encantados. Les pagaron también los pasajes. No querían que gastasen nada. Pues ellos tenían suficiente para invitarlos.

Todo lo pagó Ángelo, aunque ella se enfadó con él porque parte era su familia, pero él le dijo que ahora todos eran familia y el hotel no le costaba nada, y los pasajes eran un regalo. Que el

dinero de los dos era de ambos.

Por un lado lo quería por su generosidad más que a nadie, pero por otro, como ella era tan ahorrativa, le pesaba que le pagaran algo a ella o a los suyos.

—Vamos a ver Estrella, comprendo que eres una mujer ahorrativa e independiente, pero quiero pagar la boda. No te sientas mal porque te pague algo, además, has pagado dos años de la vida de mi hija y no te he dicho nada porque a partir de ahora pagaremos con lo que tengamos. Si yo tengo más no importa. Vas a ser mi mujer y nos casaremos con todas las consecuencias, incluso económicas, así que no seas bobita. Te quiero mucho y no quiero que nos enfademos por cuestiones económicas, ¿vale? Tienes que acostumbrarte. Te va a costar, pero tienes que acostumbrarte a tener un marido rico. Además tu empresa va muy bien y en cuanto nos casemos no pagarás alquiler, así que fijate los beneficios que vas a tener.

—Será que vamos a tener...

—Eres terca cielo...

—Y tú guapo.

—Me encanta que me lo digas. Siempre.

La cogía después y le hacía el amor desesperadamente a esa que iba a ser su mujer ahorrativa y terca con el dinero. Y peleona.

Pero la amaba más que a nada en la vida, junto con su hija y su familia. No podía escoger a una mujer mejor. Se preocupaba por todo y por todos, que todos estuvieran bien y fuesen felices.

Era un diamante en bruto y era suya. Nunca pedía nada para ella. Hasta que la obligaba a comprarse esto o lo otro. O se lo compraba él.

Comprendía que había sido independiente muchos años y estaba acostumbrada a ahorrar e invertir bien en su empresa y se compraba poco para ella, excepto en ropa y no demasiada y poco más, el resto era para la pequeña.

Hasta la abuela le decía que quería pagar parte de la comida y como no la dejaban, no cobraba las fiestas y siempre traía algo de la cocina. No quería ser una mantenida, decía.

Quería que lo entendiera en ese sentido. No había puesto un dólar en su hija esos dos años ni mientras estuvo embarazada.

Así que a él le costaba ayudarla y que lo entendiera en el tema económico. Era una mujer difícil y terca en ese sentido y tenía que trabajar con ella, para que aceptara su dinero. A él no le importaba tener más o menos millones, consideraba que eran una familia, pero a ella le costaba aceptarlo.

Una noche, cuando faltaba un mes para la boda, ella le dijo:

—¿Vamos a ir de luna de miel?

—Sí. Si tú quieres. Deberíamos ir. Una boda sin luna de miel... además ¿desde cuándo no tomas vacaciones cielo?

—Desde hace un montón de años. Ya no me acuerdo. Me gustaría desconectar. Lo necesito, aunque sean pocos días... Además, ahora que tengo dos supervisoras y la secretaria pueden llevar bien la empresa, confío en mis trabajadores.

—Ahí lo tienes. Te mereces unas vacaciones tranquilas.

—Me gustaría, lo que me apena es dejar a Carol solita. Y a la abuela.

—No estará solita, estará con la abuela y con Emily. Y está Mark y el resto del personal. Y en cuanto volvamos entrará en el colegio. Y la abuela seguro que tuvo su luna de miel. Se quedará encantada con la pequeña, tomando el mando.

—¿Y dónde vamos a ir? —preguntó toda ilusionada.

—Donde tú quieras mi *amore*.

—¿Podemos ir a España y a Italia? Tú vas a Italia, pero yo hace años que no he ido a España y me gustaría ir. Quiero ver nuevas tapas e incorporarlas. Te prometo que no le dedicaré mucho tiempo. Solo el tiempo que vayamos a comer. Quiero enseñarte España, las playas del sur. Me encantaría ver de nuevo Sevilla. Podemos aprovechar y volver con mi familia. Luego podemos ir unos días a Italia.

—¿Cuántos días quieres estar, cariño?

—¿Quince? Si no, no puedo ver lo que quiero.

—Que sean quince. Hace mucho que nos merecemos los dos unas vacaciones. Y nunca hemos ido juntos a ningún lado. Te prometo, que cada año iremos de vacaciones a lugares que queramos.

—Gracias, mi amor, te quiero tanto...

—No menos que yo. Te voy a demostrar cuánto.

—Oye que aún no estamos casados, conténgase, señor Santerini

—Pues estaremos en pecado. Tú eres mi pecado.

Y se amaron toda la noche.

La iglesia estaba preciosa. Adornada con rosas blancas. La novia no podía estar más nerviosa y guapa.

El vestido de volantes desde la rodilla hasta abajo y encaje, estrecho en todo el cuerpo, sorprendió a todos. Las mangas hasta el codo terminaban en tres volantes también.

Era un vestido de diseño inspirado en la Feria de Sevilla y le recordaba a los vestidos de gitana que ella había utilizado de jovencita y desde pequeña en la feria. El cuello, terminaba en pico, dejando asomar una pequeña parte de sus senos.

No se había visto un vestido así en la alta sociedad y todos quedaron admirados de la mantilla y de cómo iba la novia. Estaba preciosa.

La pequeña Carol llevaba un vestidito largo de encaje, por los tobillos y llevaba pétalos de rosas rojas y blancas en una cestita. Había más de doscientos invitados.

La mayoría ella no los conocía, pero su marido y la abuela sí. Les dio día libre en el trabajo e invitó a todos sus trabajadores que por una vez, no sirvieron. Todo estaba perfecto.

Cuando la novia entró del brazo de su padre a la iglesia, porque los dos eran católicos, y la llevó al altar donde estaba el novio, apareció un coro rociero, cantando la “Salve rociera” y ella se emocionó tanto que lloró, porque era un regalo que su marido había traído de España especialmente para ella. No podía ser más feliz.

El coro amenizó la misa, cantando la salve y a ella le parecía que se casaba en España. A todo el mundo le gustó esa misa y la música del coro. De hecho, los días posteriores, no se hablaba de otra cosa en las revistas de sociedad.

Se dieron el “*sí quiero*” muy emocionados. Se besaron y mientras los invitados iban a la casa de la abuela donde se celebró la comida que habían preparado para la ocasión, ellos fueron a hacerse fotos al parque.

El jardín de la abuela era grandioso y las mesas se colocaron de manera que todo el mundo tenía su espacio. Decorado con lujo y coquetería. Todo fue perfecto, la comida, la boda, la ceremonia, la cena y hasta la noche de bodas que no quisieron pasarla en ningún hotel, pues su casa era lo más parecido a ello.

—Ahora sí que eres mi esposa de verdad. Ya eres mía del todo, señora Santerini —le dijo Ángelo por la noche en el dormitorio cuando todo hubo acabado.

—Me he casado con un machista, señor...

—Y celoso, que no se te olvide.

—¿Quién me lo iba a decir?

—¿Sabes?, me ha encantado tu vestido. Estabas preciosa. Nunca pensé que elegirías un vestido así. Has superado todas las expectativas y estabas tan preciosa... Y ahora todo Nueva York querrá un vestido como ese. Y has salido en las revistas.

—Sí, y será con la única mujer con la que salgas en las revistas o te las verás conmigo— y él se reía—. Este tipo de vestido, es típico sevillano, se usa para ir a la feria. Pero lo hacen también de novia y era un sueño por cumplir. Me prometí que si alguna vez me casaba, ese sería el estilo del vestido elegido. Y ahora tendrás que quitármelo. No te quedará más remedio.

—Pues es espectacular. La mantilla, me gusta más que el velo. A ver cómo te lo quito, estoy deseándolo. Pero me da pena porque es tan bonito y estás tan preciosa —le decía mientras la miraba en el dormitorio y ella estaba sentada en la cama.

—Tú estabas muy guapo.

—Yo siempre he sido guapo, nena.

—Tú, lo que tienes es mucha cara, nene.

—Y tengo más cosas para ti. Ven aquí, payasita...

Y le fue quitando el vestido despacio como un ritual lento y cuidadoso. Se quedó en ropa interior, tumbada en la cama, mientras lo miraba, cómo él se quitaba la ropa. Le encantaba verlo desvestirse.

Le parecía un momento mágico y sexy que su marido se desvistiera y ver asomar ese cuerpo de escándalo que tenía y del que ella disfrutaba y le encantaba.

Y le enseñó como ella se derretía en sus brazos a pesar del cansancio del día. Cuando la tocaba, ella le respondía como no lo había hecho ninguna mujer y eso a él le encantaba. No creía que se pudiera cansar de ella jamás.

Tenía todo lo que quería en una mujer. Ahora sí que lo tenía todo y era completamente feliz.

Tanto miedo que tenía al matrimonio y a tener una sola mujer y ahora no concebía la vida de otra manera que no fuese con su mujer, su hija y su abuela.

Su abuela era la abuela más feliz del mundo. Y eso lo había conseguido Estrella. Si no hubiese sido por ella, él jamás hubiese pensado en vivir en esa casa y con la abuela.

Pero ella, había conseguido que no estuviera sola sus últimos años. Que la quisieran como se merecía y sobre todo, Ángelo se emocionaba al ver cómo las dos se querían y eran tan amigas.

Ella, le contaba y consultaba todo a la abuela y la quería sinceramente y la abrazaba y la dejaba organizar todo por el simple hecho de ver que ella se sentía útil a pesar de estar en la silla de ruedas.

Eso, no lo hubiera conseguido ninguna mujer, salvo la suya. Era la mejor mujer del mundo, por eso la amaba, porque ella, amaba a los demás incondicionalmente. Y se merecía todo. Y la haría feliz toda su vida. No merecía menos.

Ni sabía cómo habían congeniado tan bien las dos. Pero que dos personas de tan edades diferentes se quisieran tanto, eso no lo había visto él en su vida. Su abuela era más abuela de Estrella que de él mismo.

Cuando llegó la hora de irse de viaje de novios, y después de despedirse de la abuela y de la pequeña Carol, se fue con el corazón encogido, porque nunca se había separado de ella.

—Abuela, cuídame bien. La quiero.

Abrazó a la abuela con lágrimas en los ojos.

No se habían separado en tres años y dejarla, se le hacía largo, igual que a la pequeña. Pero la pequeña no se enteraba. Era una niña aún. Y tenía a su Nani, como ella la llamaba.

—Disfruta, cariño, es tu luna de miel. Nadie mejor que tú, la merece. No has ido de vacaciones en años y te mereces un descanso. Pásalo bien y haz feliz a mi nieto y pasadlo bien. No penséis en nada y en un abrir y cerrar de ojos estaréis aquí de nuevo —le decía la abuela.

—Vamos cariño, sólo son quince días. Antes de que te des cuenta, estaremos aquí de nuevo —la cogía de la mano Ángelo porque iban a perder el avión y debían aún recoger a su familia en el hotel.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo— Besó de nuevo a todos y se fueron.

—Tengo una esposa algo llorona.

—Sí, lo siento— y puso su cabeza en su hombro en cuanto subieron al taxi que habían pedido para ir al aeropuerto. Antes pasarían por el hotel para ir todos juntos al aeropuerto. Su familia y ellos.

La besó tiernamente y la consoló hasta que ella se tranquilizó.

Cuando llegaron al hotel. Su familia subió al taxi, que era un microbús para que cupiera toda la familia e ir juntos. Lo habían alquilado para toda la familia, pues irían con su familia hasta España.

El vuelo fue bueno y ameno, ya que iba toda la familia, así que no se aburrían nada. Era cansado también, pero tenía ganas de ir a su tierra, hacía años que no iba y ya tenía ganas.

Cuando llegaron a Madrid, tomaron el Ave para Sevilla. Al llegar, ella la vio distinta y preciosa. Estaba más bella en primavera con el olor a azahar, pero en Septiembre, no estaba menos maravillosa.

Hacía algo de calor, pero era magnífico estar en casa. Su familia que también se vino de vuelta de la boda los invitaron el primer día a comer en su casa. Luego ellos se fueron, despidiéndose de su familia Estrella, muy emocionada.

Sus padres insistieron en que se quedaran en casa a dormir, pero ellos preferían un hotel y no molestarlos, así que después de la comida, se fueron a un hotel.

Se alojaron en uno de los hoteles más bonitos de Sevilla, con encanto, el Alfonso XIII, porque él quiso siempre lo mejor para ella.

Alquilaron un coche para ver Andalucía, lo que ella quisiera ver y así irían más cómodos y a su aire.

Sevilla era tan distinta a Nueva York... tan tranquila. Allí. La gente no iba con prisas ni corriendo por la calle. Y había espacio suficiente para no chocarse con la gente.

Había tanta luz... a él le encantó también con esos edificios bajos y o era una ciudad agobiante.

Tenía salidas, no tenía la sensación de estar encerrado en una mole de edificios altos y nuevos, al contrario.

Fueron por algunos pueblos del Aljarafe sevillano para comer, pues tenían muchas tapas típicas que ella en un par de cuadernos de viaje que él le regaló antes de la boda, impresos con su nombre y la palabra “TAPAS” y que a ella le hizo mucha ilusión.

Iba anotando todas las tapas nuevas que no conocía. No se separaba del cuaderno. Ni se separó en los quince días que duró la luna de miel.

Llevaba siempre un bolso grande y amplio donde llevaba siempre un montón de cosas y Ángelo se reía con ella y su bolso.

—Sí, riéte, pero cuando mis tapas nuevas las prueben los neoyorkinos se van a enterar y mi empresa dará más beneficio que la tuya.

—Cielo, eres... mis beneficios contigo será un colesterol por las nubes.

—Mis tapas no tienen colesterol bobito. Llevan aceite de oliva. Quiero ir a un lugar que me

han dicho donde tienen tapas veganas. Están de moda y quiero incorporarlas a la carta. Haré una carta sólo de tapas veganas. Será una novedad estupenda. Y la gente chic y las chicas con las que salías, comerán un trozo de lechuga y le costará cien dólares. Me vengaré de todas ellas.

—¡Qué mala eres!, celosita.

—No en serio, creo que será una buena elección meter una carta de tapas veganas. Vamos a encargarnos de hacer una a la española.

—Esa es una muy buena idea. Innovadora, y yo te ayudaré escribiendo. Cogeré el otro cuaderno y vamos anotando los dos. Pero esta ayuda te costará cara. Me la cobraré en carne.

—Bueno estaría bien cobrada. Me gusta el precio.

Así que en Sevilla fueron a un par de sitios donde probar tapas veganas y anotaron toda la carta sin que se dieran cuenta. Era una idea, porque luego ella las transformaba en suyas propias y las cambiaba.

A veces, él le hacía una foto a la carta con el móvil, pero no querían despertar sospechas. Otras las anotaban.

Y luego, ella haría sus combinaciones propias, que era lo que más le gustaba e inventarse otras.

Pero todo no fue trabajo. Hacían el amor y visitaban lugares con encanto y paseaban cogidos de la mano como dos enamorados en su luna de miel.

En Sevilla, le enseñó Triana y su rincón preferido del barrio de Santa Cruz, las callejuelas, el Parque de María Luisa y la Plaza de España, la Catedral, la Giralda y la Torre del Oro. Y una noche fueron a un tablao flamenco.

Una tarde fueron al parque de ocio de Isla Mágica, donde se había celebrado la Exposición Universal de 1992 y pasaron allí la tarde.

Por las tardes echaban una siestecita de descanso, después de comer.

—Empieza a gustarme esto de la siesta española.

—A ti, lo que te gusta no es la siesta, querido. Te gusta lo que hacemos en la siesta.

—Eso es verdad. Lo que me gusta es tenerte debajo de mí en las siestas. Besarte y amarte hasta que te quedes muerta de amor por mí.

—Ya me muero de amor por ti.

Y la desnudaba, se bañaban, y se metían en la cama desnudos, la besaba apasionadamente y mordisqueaba sus pezones.

Ella tocaba su sexo y lo movía como a él le gustaba. Luego entraba en ella, a veces, rápido y sin espera, otras despacio y lentamente hasta que ella gritaba, gemía y le decía que no esperara.

Nunca su cuerpo había encajado tan bien. Estaba hecho para él.

Se despidieron de sus padres y visitaron Málaga y Cádiz que era un sitio que tenía unas tapas estupendas, de pescado, aunque estas eran más bien para probarlas ellos, porque iba a ser difícil elaborarlas o encontrar ese pescadito allí. Ahumados, como el bacalao o el salmón, sí, peor pescadito como el de Málaga o Cádiz, no.

Cádiz tenía también unas playas magníficas en las que se bañaron. Y disfrutaron del tiempo y los atardeceres, en los que a ella, le encantaba pasear por la playa antes de ir a ducharse y cenar.

También visitaron Alicante y Valencia para ver las distintas cazuelas de paellas y nuevos platitos.

Ella quiso visitar san Sebastián, porque una vez había ido y tenían unos pinchos estupendos. Eran innovadores y maravillosos y estaban buenísimos y la presentación le encantaba.

Allí estaban los mejores pinchos. Se alojaron en el hotel Cristina y frente al hotel, había un bar con unos pinchos estupendos y buenísimos.

Y la playa de la Concha, era maravillosa. Y allí, en otros bares, también anotaron tapas y pinchos nuevos que habían surgido desde que ella estuvo, pero su hermana la había puesto en esos años al tanto.

La última vez, ya no recordaba cuantos años hacía que no iba, y el norte de España, era experto en pinchos, el sur en tapas.

La verdad es que llevaban las libretas casi llenas de anotaciones, que iba a incorporar a su carta de tapas y pinchos, más las fotos de cartas que llevaban en los móviles.

Tuvo que comprar más libretas con las que luego trabajaría y llevaría a imprimir con diseños novedosos y su logo.

Y, Finalmente se despidieron de España en Mallorca. Visitaron las Cuevas del Drach. Y le compró un collar, una pulsera y un anillo de perlas auténtica Majórica.

—Cariño, sabes que no quiero que me regales joyas. No quiero que te gastes dinero en eso. Además tú nunca compras joyas a nadie.

—Eso no es cierto, te compré el anillo de compromiso y eso es una joya. Y las alianzas.

—Pero eso es distinto. Sabes que me pongo pocas joyas.

—Pues cuando salgamos a algún evento de la empresa, te las pones.

—Bueno, me las pondré en ese caso. Pero no me compres joyas, no quiero que te gastes dinero en ese tipo de cosas.

—Ahora, es distinto. Eres mi mujer y toda mujer debe tener perlas y me gusta regalarte cosas, o joyas. No eres una mujer cualquiera. Eres la mía. Y me vas a dejar darte ese gusto.

—Bueno, pero solo pocas. No quiero enfadarme contigo.

—Eres la leche Estrella. Todo para que no me gaste dinero. Pero para qué queremos tanto dinero. Trabajamos mucho y podemos permitirnos algunos caprichos. No lo hago más porque te divorciarías de mí. Voy a tener que comprarme la ropa en los mercadillos a este paso.

—No seas exagerado. No te veo yo a ti con ropa de mercadillo pequeño. Eres un presumido de cuidado. Tu ropa, vale setenta veces más que la mía. Pero me gusta que te vistas a sí, estás imponente y guapo y me encanta.

—Menos mal, ya me estabas asustando.

Allí, en Mallorca se quedaron en la casona de vacaciones que tenían sus padres, un par de días, para descansar en el aire fresco del campo.

Era una preciosidad y estaba retirada de todo, pero descansaron maravillosamente en el silencio del campo. Era un lugar, donde había casonas y terrenos maravillosos, lejos unos de otros. Y dieron paseos agradables e inolvidables por la mañana y al atardecer.

—Aquí puedes gritar lo que quieras amore. Nadie te va a oír.

—Eres de lo que no hay. Pero según qué me hagas, así gritaré. No voy a contenerme contigo. El hombre más sexy de mi vida.

Los dos días que pasaron en la casona, fueron magníficos, recargaron las pilas y comprendieron por qué sus padres habían comprado esa casa.

Ellos porque estaban muy lejos, si no, compraría una para ellos. Pero ya tenían la casa de la abuela que era una preciosidad y de la que Estrella estaba enamorada.

—Cielo... Le dijo Estrella después de hacer el amor, cuando estaban acostados en la cama.

—Dime *amore*... Si alguien me hubiese dicho que terminaría casándome contigo, no me lo hubiese creído en la vida. Te veía en las revistas y decía: qué tipo más tonto y presumido arrogante —y Ángelo se reía—. No eras mi tipo y yo el tuyo tampoco y mira dónde hemos acabado.

Para que veas. La vida nunca es lo que parece. Yo tampoco pensé en casarme, pero ni contigo

ni con nadie y fíjate. Eso sí cuando te vi por primera vez, supe que eras una bruja y que me embrujarías, quería descubrirte. Me pareciste diferente a las mujeres con las que salía. Eras un reto para mí.

—Siempre tan competitivo.

—Sí. Lo reconozco.

—Me consideré que no estaba tu altura. Un tipo imponente, guapo, sexy y con esa mirada, y rico, no iba a fijarse en una chica como yo.

—Para que veas. De vidente no tienes nada, pequeña.

—Te voy a dar...

—¡Ay, mi pequeña brujilla! Te adoro. Y te subestimas. Eres tú la mujer más guapa y sexy que yo, y además los hombres te miran y me pongo celoso y si te conocieran como yo te conozco, tendría que retarme con medio Nueva York.

—¡Qué exagerado eres! Pero eres mío ahora —Y lo cogía abrazándolo por la cintura.

—Ahora y para siempre. ¡Ven aquí!

Y pudo gritar. Nadie la iba a oír en medio de aquél campo maravilloso y apartado de todo el mundanal ruido.

En Italia, visitaron Palermo, Venecia, Florencia y Roma, anotando algunos platos de pasta y tapas típicas de algunos bares.

Estaban en Roma por la mañana antes de levantarse y al día siguiente salían para Nueva York.

—Sabes, estoy cansada. Esto es un tour, más que unas vacaciones. Hoy no pienso salir de la habitación. Pero ni de la habitación ni de la cama. Tengo que descansar.

—Estoy de acuerdo contigo, nos quedaremos y haremos el amor todo el día como adolescente.

Tan solo piensas en eso. Entonces, estaré más cansada.

—Es que no me canso de ti, guapa. Descansaremos, mañana ya nos vamos a casa. Echo de menos a la pequeña tanto como tú y eso que llamamos todos los días.

Y así lo hicieron, ese día no salieron de la habitación, hicieron el amor, durmieron, vieron la televisión, y pidieron que les llevaran para cenar de la carta lo que les apetecía. Y volvían a hacer el amor.

—¿Ha sido un bonito viaje, verdad? —dijo Estrella toda encantada. Cansada pero renovada.

—Sí, lo recordaremos cuando seamos viejitos. Pero haremos a partir de ahora un viaje todos los años, aunque sea más cerca.

—No pensaba yo que tuvieras una vena romántica, pequeño.

—Soy italiano. Soy romántico y de sangre caliente. Ven que te lo demuestre.

Ella le tocaba bajo las sábanas... y siempre estaba preparado.

—Por Dios, no te cansas.

—Contigo nunca. Además las lunas de miel están para algo.

—Pero si tú siempre estás de luna de miel...

—Y qué quieres, es por tu culpa.

—Me vas a matar.

—Sería una buena muerte. Morir por amor.

—Contigo no me importaría. Nunca.

Fueron unas vacaciones maravillosas. Ángelo estuvo todo el tiempo pendiente de ella, mimándola, ayudándola con el tema de las tapas. No le importaba, porque sabía que era importante para ella.

Era la primera vez que iban a un lugar, juntos, solos. Llamaban todos los días a su pequeña princesa, lo pasaban bien y habían hecho el amor todos los días varias veces.

Él era un hombre muy sexual, pero reconocía que nunca había tenido tanto sexo seguido salvo con su mujer.

En ese terreno estaba satisfecho. Ella era activa y cuando él la tocaba, se desmoronaba y le seguía. Nunca le decía que no le apetecía y además tomaba la iniciativa por igual. En cuanto venía del trabajo, aunque fuese de madrugada, se duchaba y estaba lista para él, por eso la amaba con locura.

Y el hecho de estar viviendo en la casa con la abuela, no les importaba, porque cerraban su habitación y él le enseñaba mil posturas donde le hacía el amor como un loco apasionado o lentamente o la cogía a horcajadas o en el baño. No le importaba.

Era una mujer de la que estaba perdido. Lo excitaba y lo tenía loco, como un adolescente caliente a todas horas.

En el trabajo estaba deseando salir cuando sabía que ella estaba en casa para entrar en ella y poseerla. Ninguna mujer lo había tenido en esa constante tensión sexual jamás, nunca

Y la amaba. Nunca pensó en amar a una mujer ni casarse ni tener hijos y ahora, lo tenía todo y era más feliz que nunca.

Y no quería un hijo solo. Con el tiempo le darían un hermano a pequeña Carla, pero de momento dejaría ese proyecto parado ahí o Estrella lo mataría, por no dejar de planear cosas.

Había tenido mucha suerte en la vida después de todo, se lo mereciera o no, como decía su amigo, tenía mucha suerte con todo. Incluso viviendo en esa casa en la que nunca pensó vivir y a la que Estrella enseñó a amar.

Esos jardines y esa paz con su familia, no tenía precio. Y vivir con la abuela tampoco.

Estaba seguro de que Estrella no se cambiaría de allí por nada ni nadie, ni siquiera por él.

Pero allí, tenían a la abuela que se hacía ya muy mayor, sus jardines, el cenador que le encantaba a ella y a la abuela y en las que a veces las veía leer allí cuando volvía del trabajo si Estrella estaba en casa y volvía temprano y esos jardines en los que su hija disfrutaba.

Y la piscina, en la que apenas se bañaban, sino los dos y podía a arrimar a su mujer bajo el agua y tocarla como Ángelo sabía y a ella le gustaba.

Era una casa demasiado grande la que le hizo su abuelo a la abuela, pero era un sueño, aunque ya necesitaba una reforma completa tanto de mobiliario como de obra, pero debía esperar. La abuela no estaba en condiciones de un cambio para una obra y aún mantenía el estilo antiguo de aquellos años.

—A la casa de la abuela le hacen falta unas obras— le dijo Ángelo mientras iban en primera rumbo a Nueva York.

—Así está bien —decía ella—. Tiene un toque vintage.

—Eso no es un toque vintage. Las madreas crujen. Es antigua, aunque es preciosa. Los muebles son demasiado oscuros y la escalera necesita un repaso tanto como el despacho.

—Ya estás haciendo planes, pero esos planes deben esperar. La abuela no está para obras, italiano.

—Podemos llevarla al ático.

—Que no, que no haremos nada de momento en esa casa.

—Vale cariño, como tú quieras.

—No vamos a gastar dinero pudiendo disfrutar de esto que tenemos.

—Ya estamos, se trata de dinero ¿no?

—No, se trata de la abuela. Mientras ella viva, no se cambiará una silla de esa casa.

—Sí, mi sargento.

—No lo digo por eso, bobo, ya va para los ochenta y cuatro años y no sería recomendable y

no lo veo necesario. Pero te prometo que más adelante podemos remodelarla.

—Como tú quieras pequeña.

—Deja reposar un poco a la gente. En eso te pareces a tu abuela. Se te ocurre una idea y ya estás haciendo planes...

—Es verdad. Te quiero pequeña

—Y yo también, pero deja la cabeza en el trabajo nada más.

—¿Nada más?

—Me conformo con lo otro si es necesario.

—¡Qué mal te portas conmigo!

—Sí, quejate.

—No me quejo preciosa. Me encantas y si no fuera porque vamos en este avión...

CAPÍTULO 10

Volvieron del viaje y llevaron regalos para todos. La niña estaba contentísima de tener de nuevo a sus padres. La abuela Carol, les dijo que se había portado muy bien, y como la llamaban a diario.

Volvieron a su vida, a la normalidad. Su relación se consolidaba conforme pasaba el tiempo. Las empresas de ambos, iban muy bien. Bastante trabajaban ellos

Estrella trabajaba mucho y cuando volvía de noche, él la esperaba en el despacho trabajando. Nunca se acostaba hasta que ella llegaba.

Estrella le reñía, pero era terco como una mula y no le hacía caso. Le decía que la cama estaba sola sin ella y no podía dormir.

Cuando llegó Octubre, la pequeña entró en la guardería. Le gustaba tener amiguitos y lo pasaba bien y ellos pensaron que unas horas era bueno para ella y socializar.

Si ella no trabajaba, la iba a buscar, si no, se encargaba Emily.

Emily empezó a salir con Mark. De tanto estar juntos, les pareció de lo más normal. Se alegraron mucho por ellos. Pretendían seguir trabajando en la casa.

Estrella y Ángelo, asistían a veces a algún evento, salían al menos dos o tres veces al mes a cenar solos, a bailar a ver un espectáculo o a alguna cena de la empresa de Ángelo y se quedaban a dormir en el ático.

Ángelo nunca quiso venderlo, quería conservarlo para cuando se quedaran en la ciudad y porque era el único sitio al que había llevado a una única mujer: La suya.

Y así, Estrella salía más que nunca y empezó a delegar parte del trabajo a sus supervisoras para salir y divertirse. Lo que nunca había hecho y que se merecía.

Pero vivían con la abuela, a la que mimaban y querían como a nadie. Era el sostén de la casa.

Y Carol era feliz con su familia.

Por fin su nieto se había casado y tenía familia y había elegido a la mejor mujer que podía tener.

Había tenido mucha suerte. Y ella también. Y ellos nunca pusieron inconveniente en vivir con ella, siendo una pareja que podían estar solos. Pero en la casa tenían espacio para todos. Eran felices allí.

Estrella visitó al ginecólogo a la vuelta de su luna de miel y empezó a tomar pastillas anticonceptivas, lo que mejoró sus relaciones un cien por cien.

Ángelo decía que iba a morirse dentro de ella cualquier día y ella se reía, porque era un italiano exagerado, más que los andaluces.

—Sí, riéte, pero si me convierto en eyaculador precoz, será por culpa tuya.

—No tendrás ningún problema en ese sentido. Yo, sí que voy a tenerlo contigo, eres un tipo peligroso y no podemos hacerlo delante del servicio.

—Pero te buscaré en cualquier rincón del dormitorio. Estará cerrado a cal y canto y en el despacho y cuando abramos la piscina. Es solo para nosotros.

Y el primer día que lo hicieron sin nada, solo piel con piel encadenados, era ella la que tenía que apagar con besos sus gemidos.

—Oh dios nena, no puedo... esto es fantástico, *amore*.

—Estás loco, no puedes gritar tanto...

—Pues tendremos que pasar más por el ático que lo sepas.

—Eso me lo pensaré.

Y lo hicieron como adolescente y amantes que se ven a escondidas, en cuanto tenían un rato libre. Allí iban, desnudos de palabras y libres de ataduras.

Cada año, se tomaban vacaciones, quince días al menos. Habían visitado Canadá y Alaska, Los países Nórdicos, Argentina...

Cada día eran más felices. La pequeña Carol crecía y cuando tenía tres años y medio, en uno de los viajes que hicieron en verano, decidieron dejar las pastillas a un lado y darle un hermanito o una hermanita a Carol.

No querían que se llevaran muchos años. Y no tardó Estrella en quedarse embarazada. Ese mismo mes que dejó de tomarlas, se quedó.

Ángelo estaba que no cabía en sí de gozo, porque ahora podría disfrutar del hijo desde el principio y ver cómo a Estrella le iba creciendo el vientre.

Y eso era algo que no iba a perderse de nuevo. Y la abuela no podía estar más contenta. Decía que este iba a ser niño. La bruja iba a ser al final la abuela.

La consentía más de lo debido y ella se quejaba a la abuela.

—Abuela, es un pesado, no me deja ni a sol ni a sombra y me llama todo el día. Cree que estoy enferma en vez de embarazada— mientras tomaban un café una mañana que ella tenía libre.

Y la abuela se reía, con ella.

—Cariño, te quiere demasiado. Y ya sabes que se toma las cosas muy en serio.

—Pero a veces se pasa. Es el amor de mi vida, pero cualquier día le voy a dar...

—Yo sabía que estabais hechos el uno para el otro. Y que sepas que mi nieto te quiere como a nadie. Me habéis hecho muy felices Estrella, que estéis aquí conmigo, es un regalo de Dios para mí.

—Vamos abuela, si no hubiese sido por usted, yo aún estaría en mi apartamento de Nueva York y no en estos preciosos jardines que me encantan, ni con usted, que tanta falta me hace, y a la que quiero con toda mi alma— y la abrazaba y la besaba y Carla, se emocionaba porque sabía que se lo decía de corazón.

—Hija no siempre estaré, pero quiero que me prometas que os amareis siempre mucho, que le tengas paciencia a mi nieto impulsivo y loco, pero que te ama y queráis a vuestros hijos. Esta casa no debe quedar vacía. Tiene que ser de la familia, aunque se le hagan reformas necesarias.

—No hable así, será de la familia, lo sé. No sé si este pequeño querrá, pero la pequeña Carol ha crecido aquí y seguro que eso es algo. Ya se verá en su momento. Por ahora estamos muy bien todos.

—Se te va notando ya el vientre. ¿Aún no ha dado pataditas? —le dijo Carol cambiando de conversación.

—Aún no, abuela. Debe ser más tranquilo. Cuando vaya esta semana sabremos el sexo. Me lo dijo el ginecólogo. Tengo ganas ya de saberlo y preparar la habitación.

—La Nani va a tener trabajo.

—Sí, pero la pequeña ya es mayor para quedarse sola durmiendo. Le dejaremos la puerta abierta y Emily dormirá con el pequeño o la pequeña. Cuando llegue el momento haremos los cambios necesarios. Le haremos a Carol una habitación de dulce para que se acostumbre.

—Sí, tienes razón —dijo la abuela.

Cuando la semana siguiente fue al ginecólogo le dijo que era un niño. Estaba que no cabía en sí de gozo.

Ángelo no pudo acompañarla porque tenía una reunión importante. Era lunes y ella no tenía que trabajar y en cuanto salió del ginecólogo se fue a la casa y la primera en saberlo fue la abuela.

Loca de contenta, le dijo que lo llamara o le mandara un mensaje a su nieto y se lo dijera. Las

dos estaban tan felices...

—Espere abuela. Lo llamo y pongo el altavoz para que lo escuche.

—El teléfono sonó y Ángelo lo cogió.

—¡Hola mi amor! ¿Te pilló en mal momento?

—No cielo, estoy haciendo unos informes. ¿Has ido al ginecólogo ya?

—Sí, acabo de venir. Vas a tener un hijo.

—¿En serio? ¡Qué alegría! Vamos a tener la parejita. Te quiero tanto... en cuanto pueda voy a casa.

No hay prisa amor. Estoy con la abuela y estamos haciendo ya planes para la habitación.

—Te amo, mi amor. ¡Cuídate!

—Yo también te amo. Hasta luego.

Y la abuela y ella empezaron a hacer planes para la habitación del pequeño.

—Habrás que ponerle nombre —dijo la abuela.

—Esta vez lo tengo pensado abuela. Le pondremos Ángelo, como su padre. Esto se va a llenar de nombres de los Santerinis —dijo orgullosa.

—Me encanta el nombre. A su padre le va a gustar que su hijo se llame como él.

—Aún tengo que consultarle, pero no creo que ponga objeciones. A mí me encanta el nombre.

—Estaba encantada, el embarazo lo llevaba muy bien. Tenía que reconocer que tenía mucha suerte con ellos.

—No vomitaba ni se mareaba. Ni tampoco engordaba mucho porque ella se ponía manos a la obra y se alimentaba muy bien, pero con cositas a la plancha y ensaladas.

Tomaba pocos dulces, uno a la semana, se permitía, de chocolate, que le gustaban tanto y de hacer ejercicio ya se encargaba su marido, con más cuidado.

Quería protegerla y pensaba que le hacía daño al bebé y ella le decía que no había problemas, pero era muy cuidadoso y tierno a la hora de hacer el amor, porque pensaba que le hacía daño.

Era inmensamente feliz. Su familia aumentaba, tenía una hija maravillosa, al igual que su marido. Éste, no podía ser más atento y amoroso con ella y con su hija. Era su ojito derecho.

Ahora sólo salía en revistas de negocios. Había cambiado mucho e iban a completar la familia. No podía pedir nada más a la vida.

Había incorporado y mejorado su empresa, cada temporada y era una de las pioneras y más solicitadas del mercado.

Como Ángelo no consintió que pagara alquiler, ella invertía de vez en cuando en la empresa y obtenía altos beneficios.

Ya tenía cuatro supervisoras y dos cocineros más, y ella ya no asistía a los eventos. Con el despacho tenía suficiente trabajo.

Aparte de la recepcionista, tenía a una secretaria que le ayudaba en el despacho y a la cual le había enseñado todo lo necesario.

Así cuando se fuese de permiso maternal, la secretaria se encargaría de todo, sin tener que dejar sola la empresa.

La vida le iba maravillosamente bien, tanto que a veces tenía miedo de merecerse lo que tenía.

Dios la había recompensado con todo cuanto deseaba, una gran familia, una casa maravillosa, una familia a la que adoraba, incluso consiguió que los padres de Ángelo la quisieran como a una hija y quisiera tanto a su hijo y mirra por la empresa de ambos.

Que su hijo dejara de ser tan loco y se convirtiera en un hombre responsable. Claro que loco era con ella y le encantaba. En eso no quería que cambiara.

Tener un hombre tan guapo y sexy, era para ella una suerte y además que la quisiera y que

estuviese de acuerdo en vivir con la abuela sin importarle, hacía que lo amase por encima de todo.

Ahora que estaba embarazada, lo tenía pendiente de ella a todas horas, se compró dos libros y sabía más de partos y embarazos que ella misma y tenía que aguantarse.

Le faltaba que le hiciese la comida, pero desde luego iban a caminar cada vez que coincidían, aunque ella estuviese cansada, la hacía andar media hora mínimo. Y eso le venía muy bien a ella, después de todo.

Cuando se sentaba con su hija pequeña en el jardín, era la mujer más feliz del mundo. Su hija era el vivo retrato de su padre y ya le habían dicho que iba a tener un hermanito. Y cuando vino Ángelo, le dijo que su hijo se llamaría como él y este se emocionó.

Le dijo que podía llamarse como alguien de su familia que ya Carla, se llamaba como la abuela, pero ella no quiso.

Y él la besó apasionadamente. Siempre tan comprensiva, nada egoísta, mirando por los demás.

Llevaba la casa como nadie y a todos los tenía encantados. Todos la querían, más que a él, pero eso a Ángelo no le importaba, al contrario, presumía de cómo era ella. La mejor del mundo para él. La mejor amiga, madre, esposa y en el sexo...única.

EPÍLOGO

Unos años después...

La primavera florecía en los jardines. El olor a azahar de los naranjos inundaba el jardín trasero y el delantero.

La pequeña Carol tenía ya cinco años y era toda una niña preciosa y parlanchina. Ya estaba en la escuela y era una líder. Todos los chicos la seguían.

Se parecía cada día más a su padre, impulsiva, terca y cabezota. Pero era una niña muy generosa y dulce cuando quería.

Físicamente, era el vivo retrato de su padre, guapa y más alta de lo normal para su edad.

Era la niña mimada de su padre. Su princesita adorada. Toda una Santerini, como su bisabuela.

Su madre la observaba y sabía que heredaría la casa victoriana de los abuelos cuando llegara la hora. Le encantaban los jardines. Y de vez en cuando preguntaba por la abuela Carol y la recordaba.

El pequeño Ángelo, había nacido de noche, en un parto tan fácil como el de su hermana. Sin embargo, a pesar de tener el pelo negro como el de ambos, tenía los ojos verdes claros como su madre. Iba a ser un Santerini como su padre también.

Le iba a gustar a todas las mujeres. Era guapísimo y tenía como referente a su hermana a la que adoraba y estaba siempre tras ella.

El jardín estaba lleno de globos y serpentinas para la fiesta infantil que se celebraba. El pequeño Ángelo cumplía dos años de edad y corría tras su hermana jugando.

El patio estaba lleno de niños corriendo de un lado para otro esperando la tarta, de globos y serpentinas, como la primera vez que entró Ángelo tras años de ausencia de Nueva York y se encontró una hija inesperada.

La abuela había fallecido una noche mientras dormía, un año antes. Afortunadamente había conocido a su segundo bisnieto y había disfrutado de él un año de su vida y el embarazo de nuevo de Estrella. Había sido tan feliz...

Mientras contemplaba cómo jugaban los niños, Estrella echaba de menos a la abuela, que tanto le gustaban esas fiestas.

Ellos, seguirían viviendo en esa casa que tan buenos recuerdos le traían y en la que los niños eran tan felices.

Habían reformado totalmente la casa cuatro meses antes, modernizándola por dentro y cambiando todos los muebles.

Sin embargo mantuvieron la fachada tal cual estaba, la pintaron y repararon y pintaron el cenador para Estrella y para los niños. Allí iba a leerles cuentos a los niños, o cuando iba sola a leer poemas de poetas andaluces y españoles, que le encantaban.

Durante la reforma, tuvieron que cambiarse al ático de Ángelo, pero por fin estaban en casa y había quedado todo precioso.

Mantienen al mismo personal de servicio, excepto Mark y El mayordomo que se jubiló y se fue con sus familiares a Inglaterra. Mark trabajaba en una casa cercana. Ellos lo recomendaron a sus vecinos porque tenían un familiar enfermo. Emily seguía cuidando a los niños pero ya no se quedaba allí a dormir por las noches.

Iba por la mañana y se encargaba de los pequeños y se iba cuando Mark terminaba su turno en casa de los vecinos. Sobre las siete de la tarde. Para esa hora ya estaba —Ángelo en casa y si no,

tenían a la sirvienta y a la cocinera.

Estaban los niños que no cabían en sí de gozo porque les habían puesto unas habitaciones maravillosas elegidas por ellos mismos.

Era domingo y estaban sentados en las hamacas al lado de la piscina. Los niños dormían la siesta. Su marido se acercó a ella, le echó el pelo hacia un lado, y la besó en el cuello.

—Te quiero. No habrá nunca una mujer más bella que tú. Ni pensé que la felicidad era esto. Me has dado dos hijos maravillosos.

—Yo también te quiero. ¿Son preciosos, verdad?

—Son como su madre.

—Si la abuela estuviese con nosotros aún... —dijo con cierto deje de nostalgia y emoción al recordarla.

—Seguro que nos ve desde arriba. Fue muy feliz los últimos años de su vida. Y todo, gracias a ti. Tengo tanto que agradecerte en ese sentido... la hiciste feliz e imprescindible para todo y eso le dio tanta vida...

—Ella quería una gran familia y quería que viviésemos en esta casa. Y yo soy muy afortunada de tener esa familia y esta casa maravillosa. Y ahora con la reforma, ha quedado tan preciosa... a los niños les encantan sus habitaciones y la nuestra es perfecta.

—Eres la mujer más romántica del mundo —le dijo mirándola a los ojos— y tienes un pelo y unos ojos que son mi debilidad.

—Creía que tu debilidad sobre mí era otra —con una mirada pícaro que él reconocía

Y se levantó, la cogió en brazos y la echó a la piscina.

—Noooo, ¡Angelo! ¡Te voy a matar!

Él se tiró tras ella y la acorraló contra una de las paredes de la piscina.

—¡Dime que soy guapo! Como tú me lo dices...

—¡Guapo!

—Y sexy, como tú me lo dices —Bromeaba él.

—Y vanidoso.

—Lo sé pequeña. Ven aquí. ¿Recuerdas cuando vine de Italia y me enteré de que tenía una hija?

—Sí, claro que me acuerdo.

—¿Y cuando nos metimos en la piscina después de tres años?

—Sí.

—Y me acerqué a ti, todo excitado.

—Sí.

—Pues tócame, pequeña. Estoy igual que aquella vez.

Ella lo tocó y estaba duro y excitado para ella.

—Pues voy a hacerte lo mismo que aquél día.

Y se acercó a ella besándola en la boca y bajando su mano retiró la parte de debajo del bikini y abrió sus pliegues y movió su sexo con sus manos húmedas por el agua y ella se estremecía entre sus manos como una marioneta.

Ese hombre sabía lo que ella deseaba y cómo lo deseaba, por eso era su hombre y la conocía bien.

Y estalló en mil pedazos en un orgasmo que sólo él le provocaba.

Cuando recobró la respiración, él la besaba en la boca y la cogía por sus caderas, pegándola a su cuerpo. Se introdujo en ella sin miramientos y allí, apartados de todos, hicieron el amor sin cansarse uno del otro.

El amor era eso.

Y cuando llegaron al clímax más absoluto. Le dijo.

—Así me gusta, que me respondas. Soy tu hombre.

—Eres el tipo más arrogante que me he echado a la cara.

—Tampoco te has echado tantos— le dijo burlándose de ella y tirándola de nuevo al agua y jugando con ella —ni dejaré que te eches ninguno más. Para eso me tienes a mí, pequeña.

—Ja, te crees único e inigualable, vanidoso...

—Tú eres la única e inigualable para mí.

Se acercó a ella y la tomó entre sus brazos. Y le dijo cuánto la quería. Cuánto la amaba.

Se echaron una carrera en el agua, jugando como dos adolescentes.

—Pareces un niño. Siempre quieres ganar.

—Nunca podrías ganarme. Soy más alto —le decía jugueteando.

—Bobito eres...

—No te enfades, te echo otra y te dejo ganar.

—No me hace falta.

—No te enfades, guapa —dijo jugueteando con su pelo y tocando sus pechos y sus pezones duros.

—No podría enfadarme contigo, nunca. Te amo guapo. Menos mal que te amo.

—Menos mal que me amas...

—No cambiarás nunca.